

LA CIUDAD DESDE LA VENTANA

Revista Literaria Ilustrada
Marzo-abril de 2020



LA CIUDAD DESDE LA VENTANA

Revista Literaria Ilustrada

Coordinación

Pablo Nacach

Revista realizada de manera telemática entre los meses de marzo y abril de 2020, durante el Estado de Alarma decretado por la crisis del COVID-19, en el marco de los siguientes Talleres de Lectura:

Universidad Autónoma de Madrid

Vicerrectorado de Relaciones Institucionales, Responsabilidad Social y Cultura/Oficina de Actividades Culturales.

- *Taller de Escritura (Campus de Cantoblanco).*
- *Taller de Lectura "Literatura y Filosofía" (Campus de Cantoblanco, t. mañana).*
- *Taller de Lectura "Literatura y Filosofía" (Campus de Cantoblanco, t. tarde).*
- *Taller de Lectura "Literatura y Filosofía" (Campus de Medicina y Enfermería).*

Universitat de Barcelona

Vicerectorat d'Arts, Cultura i Patrimoni/Vicerectorat d'Igualtat i Acció Social.

- *Taller de Lectura "Mujeres escritoras II".*

Universitat Politècnica de Catalunya

UPCArts/Servei de Biblioteques/Biblioteca Rector Gabriel Ferrater.

- *Taller de Lectura "El Boom latinoamericano".*

Biblioteca Jaume Fuster de Barcelona

Biblioteques de Barcelona.

- *Taller de Lectura "Llegir és escollir".*

Copilotxs coordinadorxs de grupo

Alejandra Díaz (UAM Taller de Escritura), Virginia Medina (UAM Taller de Lectura TM), Lara Blanco (UAM Taller de Lectura TT), Francesca Del Castillo (UAM Taller de Lectura Medicina y Enfermería), Adrià Ibáñez (UB), Amanda Verdugo (UPC), Mariona Perramon (Biblioteca Jaume Fuster)

Diseño y maquetación

Almudena Alfaro

Colaboración especial en la edición

Ana Tudela

Ilustración de portada

Lucía Yubero

Ilustración de contraportada

Lara y Andrea Blanco

Material pedagógico no destinado a la comercialización

Contenidos publicados bajo licencia CC by – SA: Creative Commons (Atribución–No Comercial–Sin Derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0))



Con Raquel y Olga



[ÍNDICE]

Calle tomada	<i>Pablo Nacach</i>	1
Una ventana al interior <i>Eugenia Gutiérrez, Héctor Montón, Miguel Rubio y Caetana Lombardía</i>		3
[DESDE EL CEREBRO]		6
La casa	<i>Sandra Mora</i>	7
Cartografías intangibles	<i>Mariona Perramon</i>	9
La ciudad y la escarcha	<i>Pavlo Verde</i>	11
El reflejo del encierro	<i>Miguel Rubio</i>	12
41°21'39"N 2°09'57"E	<i>María Castillejo</i>	13
Palabras en el alféizar	<i>Héctor Montón</i>	15
Soledades	<i>Pedro López</i>	17
Barrio	<i>Amanda Verdugo</i>	19
Las puertas	<i>Jean Velasco</i>	21
Madrid amanece vacía	<i>Bera Villavicencio</i>	23
[DESDE EL CORAZÓN]		26
Se fueron las palomas	<i>Jorge Burón</i>	27
Cosas de ahí fuera...	<i>Begoña Robledo</i>	29
Costumbrismo perpendicular	<i>Caetana Lombardía</i>	31

[ÍNDICE]

Mis propios pensamientos	<i>Eugenia Gutiérrez</i>	33
La ciudad adentro	<i>Sara Abad</i>	35
Una ciudad sin luna	<i>Lara Blanco</i>	37
Ellas	<i>Francesca del Castillo</i>	39
De mapas y distorsiones	<i>M^a Alejandra Díaz</i>	41
Cuentos de una ciudad perdida	<i>Sandra Moreno</i>	43
Etapas del conflicto	<i>Sònia Bergnes</i>	45
[DESDE LOS PULMONES]		48
Ciutat lenta, ciutat buida	<i>Pau Martí</i>	49
Deberías haberme dicho...	<i>Almudena Anés</i>	51
La desaparición de la calle	<i>Miguel Rodríguez</i>	53
Lo agridulce del hecho	<i>Carmen Gómez</i>	55
Sin vistas al mar	<i>María Atares</i>	57
Arde	<i>Victoria Duque</i>	59
Tus hijos te saludan	<i>Maria Botam</i>	61
Nuestra ciudad invisible	<i>Virginia Medina</i>	63
Ninguna conversación...	<i>Lucía Yubero</i>	65

[ÍNDICE]

[DESDE EL ESTÓMAGO]		68
Fue en un pueblo con mar	<i>Teresa López</i>	69
La nueva ciudad impuesta...	<i>M^a Luisa Infantas</i>	71
Locura o amor	<i>Carmen Blázquez</i>	73
Madrix	<i>Cristina Martínez</i>	75
Tania llamó Gerardo al cactus	<i>Pablo Romero</i>	77
Madrid, la ciudad vacía	<i>Silvia Sanz</i>	79
Madrid sin pulso	<i>Ana Irene Alonso</i>	81
La ciudad que se deja...	<i>Mathis Arzur</i>	83
La hora mágica	<i>Natalia Callado</i>	85
Sin salida	<i>Alberto Rizzo</i>	87
Saber que no sabemos	<i>Rubina Chandnani</i>	90
Lo peor de estar a solas	<i>Juan Luengo</i>	91
[DESDE EL HÍGADO]		94
Fiel compañía	<i>Judith Martínez</i>	95
La nueva vida	<i>Javier Poveda</i>	97
El Retiro	<i>Ana Fernández</i>	99
Madrid dormido	<i>Martina Manzano</i>	101

[ÍNDICE]

Tres tercios de un pánico...	<i>Muna Robles</i>	103
Las ciudades invisibles	<i>Adrià Ibáñez</i>	105
La anarquía de los rituales...	<i>Julia García</i>	107
Oasis sonoro	<i>Amanda del Rey</i>	109
Puerta del Sol	<i>Álvaro Tasende</i>	111
Caperucita	<i>Andrea Alvarado</i>	112
Mi ciudad amada	<i>Vanessa Menéndez</i>	113
La ciudad que se esconde..	<i>Natalia del Buey</i>	115
[DESDE EL ÚTERO]		118
La caída del silencio	<i>Lara Fuentes</i>	119
Cuentistas e ilusionistas		121

Calle tomada

Pablo Nacach

«-¿El condenado no conoce su sentencia? -preguntó el explorador.
-No -respondió el oficial-. Sería inútil anunciársela.
Ya la conocerá en carne propia»

Franz Kafka, *En la colonia penitenciaria*

Nos gustaba la calle porque aparte de espaciosa y antigua... Sería perfectamente posible comenzar el relato de lo que aquí y ahora nos sucede invirtiendo la paráfrasis de lo que ocurre en “Casa tomada”, el cuento de Julio Cortázar en el que un hombre y su hermana se ven obligados a marcharse de su casa para acabar en la calle con lo puesto, expulsados por una intangibilidad que bien podrían ser fantasmas personales, políticos o víricos.

Desde la ventana observamos hoy la calle desierta, hasta hace escasas semanas un sendero bullicioso atiborrado de gente, patinetes, perros y polución que transitábamos con la naturalidad del urbanita contemporáneo, disfrutando de uno de los derechos fundamentales más orgullosos de nuestras democracias liberales: la libre circulación de personas. Las virtuales *windows* del ordenador se han hecho carne en nosotros, capturándonos en un fondo de pantalla que fabrica una realidad enajenada y lejana, compacta y separada: quieta.

Pero volverá el movimiento y regresaremos a las calles, saldremos de las pantallas como se sale de los laberintos -saltando- y daremos otro paso al frente para fundar una normalidad que no sea ni la anterior ni la actual, porque lo que gobiernos, medios de comunicación y la OMS llaman “pandemia global”, nosotros lo tomamos como un ultimátum para reinventar la sociedad.

Soy de Letras desde la cuna, pero estos números me fascinan: 53 textos de narrativa, ensayo, poesía y teatro y otras tantas *selfies* autorales; 28 ilustraciones en acuarela, óleo, lápiz o plumilla; un prólogo escrito a 8 manos; 7 coordinadoras de grupo; una diseñadora y maquetadora; una editora general... un total de 63 participantes y un servidor que han hecho posible *La ciudad desde la ventana*, una revista literaria ilustrada que enlaza talleres de lectura de Madrid y Barcelona, tendiendo puentes de ida y vuelta entre ambas ciudades.

Organizada únicamente por vías telemáticas, charlando por videoconferencias y enviando mensajes de móvil y correos electrónicos, estudiantes con quienes he coincidido tan sólo un par de clases o con quienes llevo años compartiendo lecturas y emociones han confeccionado una revista que le pone el cuerpo a la realidad. Porque si las impresiones que estos jóvenes nos enseñan aquí las han ido a buscar a una ventana interior, es desde el cerebro que piensa y desde el corazón que palpita, desde los pulmones que reflexionan y desde el estómago que procesa, desde el hígado que produce y desde el útero que prepara la vida donde han podido encontrarlas.

Sintiéndome como la profesora de piano del personaje que Bill Murray interpreta en *Atrapado en el tiempo*, fascinada porque su pupilo ha conseguido la excelencia tras una única lección, contemplo feliz *La ciudad desde la ventana*, una revista transgresora y jovial que sin duda dará mucho que hablar y, necesariamente, mucho más que leer.



Ilustración: Alicia Arenas

Una ventana al interior

Eugenia Gutiérrez, Héctor Montón,
Miguel Rubio y Caetana Lombardía

«No hay barrera, cerradura ni cerrojo que puedas imponer a la libertad de mi mente»

Virginia Woolf, *Una habitación propia*

Todos los participantes de *La ciudad desde la ventana* estábamos acostumbrados a encontrar las puertas abiertas sin que ofrecieran resistencia, conviviendo en un espacio abstracto lleno de personas y momentos. En lugares abiertos con ruido intrínseco, los animales se escondían en rincones inasumibles para un observador nefasto: el ser humano. Corríamos sin destino, apenas rozando nuestro hogar, para descansar lo mínimo y construir conocimientos e ideas que serían útiles allá fuera, en la vida continua y verdaderamente importante. No mirábamos por las ventanas porque para entender el mundo que nos rodeaba ya teníamos las pantallas. Nos relacionábamos con el movimiento y la prisa, sin tiempo ni espacio para buscar ciudades alternativas. Quizá también, desocupado lector, te sientas identificado con ese mundo, que ahora sin embargo se ha puesto en pausa, clausurando sus puertas a cal y canto. ¿Tendremos la oportunidad de aprender a mirar más allá, de asomarnos a una vida inédita a través de nuestras cerraduras más íntimas? ¿Habrá llegado el momento de enseñar y aprender a escuchar y escucharnos? ¿Podremos trazar las coordenadas de un mapa capaz de afirmar una identidad a la vez tan interior como colectiva, tan socializada como personal? Tenemos tiempo para no correr, para andar con esa *lentezza* que pedían los renacentistas para la lectura de todos los textos. Gozamos de una estupenda ocasión para redescubrir un espacio por fin conciso, para aprender a mirar en perspectiva desde nuestras ventanas y asumir que una ciudad es mucho más que esta superficie, ahora cerrada, ya vacía.

Asomarse al exterior cuando no hay nada que mirar, cuando a la vista se ofrece únicamente un escenario de sombra y asfalto, es una tarea que puede mitigar nuestro deseo de libertad. Asfixiados por la presión de las paredes y dialogando con la desesperanza de ver que ahí afuera nada cambia, sentimos la necesidad de recogernos, de abrir una ventana interior y descubrir una urbe propia.

De esta y no de otra manera ha ido adquiriendo forma la revista que tienes entre tus manos, un catálogo que reúne las calles, las historias y los personajes de quienes han encontrado dentro de sí una vía de escape para contar una situación excepcional. Tampoco es casualidad que *Macbeth* o *El Quijote* se escribieran en tiempos de reclusión, ni que en un contexto similar aflore toda la elocuencia de los jóvenes estudiantes que hoy llenamos estas páginas con temores y esperanzas, rabias y tristezas, sueños y solidaridad. Esto es, por tanto, un ejercicio de reconstrucción y de fuga, una voluntad de afrontar el horizonte que nos toca vivir desde una visión reflexiva y auténtica: personal.

Detrás del cristal de las ventanas somos capaces de percibir diferentes realidades, en las que el espacio-tiempo, marchito en múltiples sentidos, resulta el reflejo de una extraña circunstancia, puesta extrañamente en común. La dichosa ventana revela los caminos de cada uno, desde los pasajes más estrechos hasta las avenidas más frecuentadas, por donde pensamientos vivaces deambulan ahora en todas las direcciones, para morir sin llegar a ningún lugar. Pero esta parálisis metropolitana puede derivar en un examen intrapersonal, en el regreso a un barrio propio donde, sin darnos cuenta, se construyen juicios, se mudan pensamientos y se edifican ideales. Una mirada por la ventana, fugaz o perenne según cómo se quiera recorrer la manzana, alcanzará para percatarnos de que las ideas de siempre nunca serán lo que fueron.

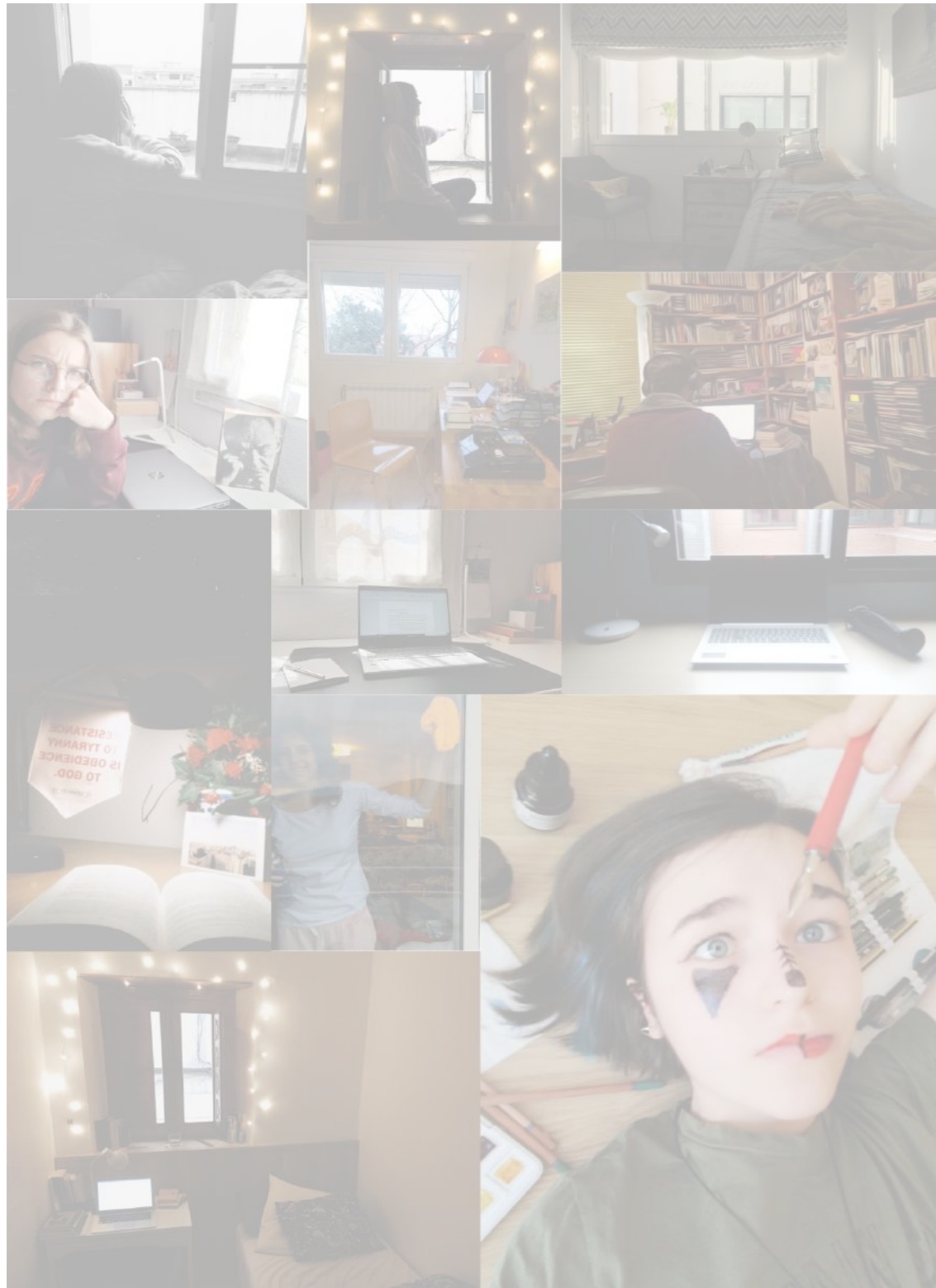
He aquí, en definitiva, la miscelánea de nuestras intimidades. En este proyecto de pérdida y reconstrucción, de asfixia y voluntad, hemos hurgado en nuestro interior para que nos permita afrontar la inquietante pausa, las frustrantes puertas cerradas. Nos hemos enfrentado a una realidad insólita, un recorrido personal por calles sin asfalto, salpicadas en nuestras pantallas por un creciente alarmismo autoritario. En la imaginería massmediática, incluso toda urbe es hoy la Dite que plasmara Dante en *La divina comedia*, “rodeada de altas fosas que parecen de hierro, salida del fuego eterno que le arde adentro en este bajo del infierno”. Como reacción, desde las páginas de *La ciudad desde la ventana* manifestamos nuestras revelaciones e inventos, nuestros hallazgos y ficciones, a través de una serie diseñada de textos, ilustraciones y fotografías que son el resultado de la escucha, la búsqueda y la creación, en este histórico momento en que la ciudad ha cambiado de dimensión, y nosotros con ella. El mapa ya está empezado, y comienzan a adivinarse trazos de un nuevo entendimiento, de una comunidad naciente de jóvenes que estamos aprendiendo a mirar por nuestra ventana interior.

Ilustración de fondo: M^a Alejandra Díaz

[DESDE EL CEREBRO]

«La casa es del tamaño del mundo; mejor dicho, es el mundo»

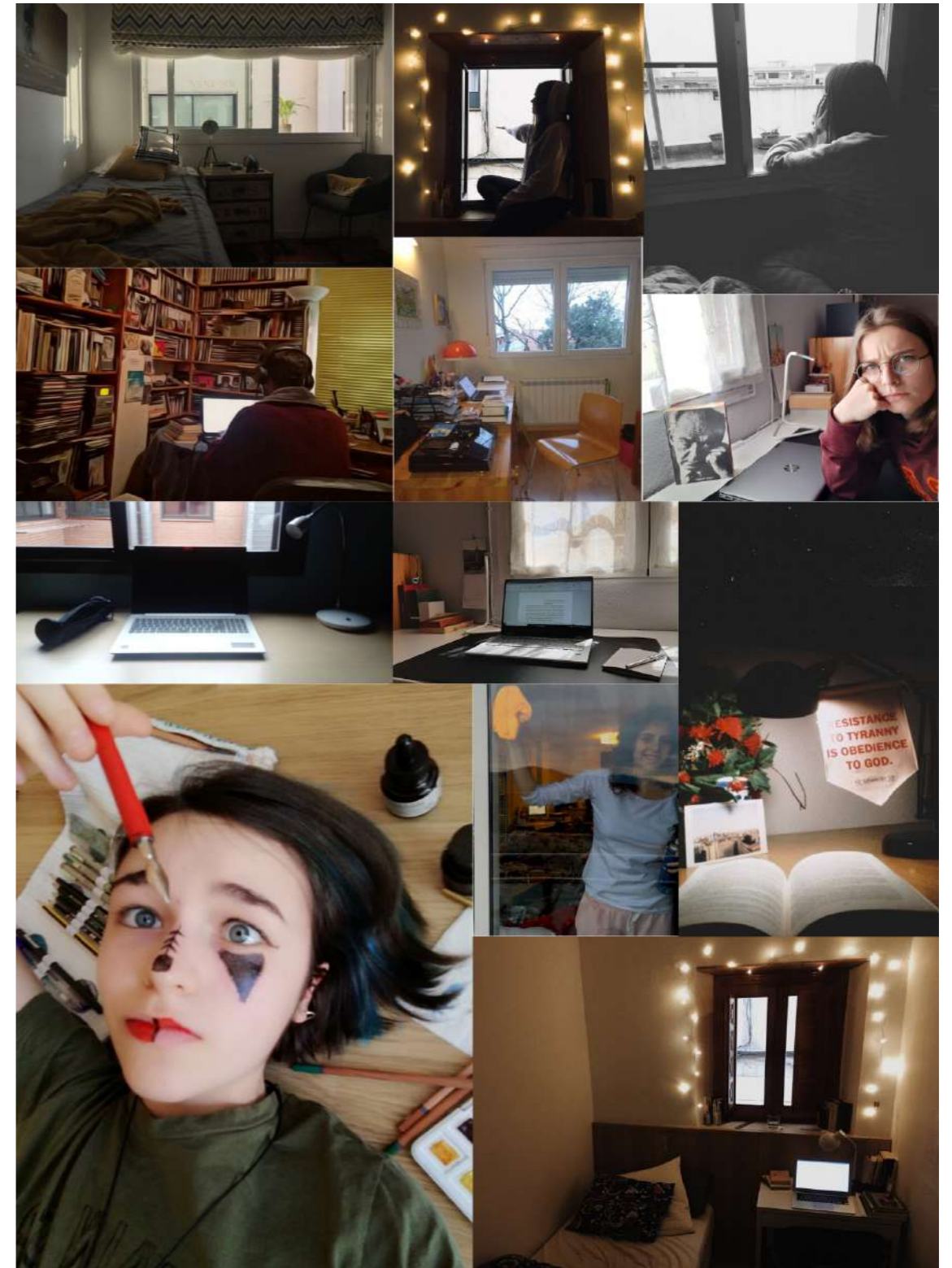
Jorge Luis Borges, *La casa de Asterión*



[DESDE EL CEREBRO]

«La casa es del tamaño del mundo; mejor dicho, es el mundo»

Jorge Luis Borges, *La casa de Asterión*



La casa

Sandra Mora

Dice Baudelaire que la miniatura es vastedad. Es difícil contradecirlo, puesto que, en estos días, la casa parece haberse convertido en una miniatura de la ciudad. Se ha vuelto recipiente de potencialidades casi infinitas, que imitan obedientemente los espacios sociales que antes buscábamos en el exterior y que ya no importan. En la casa ahora es posible acercarse a la cafetería-restaurante a tomar un refrigerio, así como a una zona-gimnasio para desentumecer un cuerpo que se queda grande para vivirlo en las cavidades del estrecho espacio propuesto. También se presta el parque a que se lo viva a través del hueco vertical de la ventana e incluso la biblioteca se ofrece en dos metros cuadrados, compuestos por una estantería, una mesa y una silla.

En esta ciudad miniaturizada, copiada al detalle, al cabo de unos cuantos días se hace difícil seguir pensando la ciudad, que ya nos empieza a parecer un derroche inexplicable, un gasto absurdo, con sus desgarbadas alturas y sus peligrosas profundidades, la inabarcable anchura de su espacio y la inasumible profusión de seres humanos que la ocupan.

Es importante explorar la posibilidad de que en la casa ciudad estemos, quizás, solos, que es el único momento en el que podemos asumir sobre nosotros la extensión de lo que significa ser libre. Así la soledad se transforma en intimidad. Podemos hablar en voz alta, presentar nuestra desnudez al espacio vacío, hacer nuestras necesidades, masturbarnos, y esta flexible intimidad recibirá con la misma indiferencia sin prejuicios cada una de nuestras acciones.

No obstante, en la vastedad de la casa ciudad somos uno y varios, el uno contra el mismo, y nos permitimos entrar en negocio mental con nuestra miríada de enemigos interiores, uno por cada miedo silenciado, cada recuerdo no suficientemente resignificado y cada rencor no apaciguado. No estamos solos, pues, si nos ceñimos a la definición del término. Así, es posible que con el tránsito de los días podamos observar cómo se puebla la casa ciudad de versiones miniaturizadas, esta vez nuestras, que nos reciban en nuestros recorridos ciudadanos, en un extraño tercer espacio que no son nuestros cuerpos ni los de los otros, sino la proyección de nuestro propio cuerpo hacia el exterior.

Se hará cada vez más patente, a partir de ese momento, rodeados de nosotros mismos, el olvido de la ciudad, que ya había empezado a parecernos un coloso perteneciente a otra época, más ciclópea, y que nos habla en una lengua que ya no entendemos. Nuestros ojos rehuirán el contacto con las fotografías que nos recuerden la existencia de otras personas que no sean nosotros y de otros espacios que no son la casa, quizá habrá incluso que cegar alguna ventana, no sea que entre demasiada luz exterior. Seguirán transcurriendo los días y nos expandiremos por el espacio disponible como una materia gaseosa que todo lo llena. A partir de cierto punto, ya no habrá nada fuera. Quedará la casa.



Ilustración: Adrià Ibáñez

Cartografías intangibles

Mariona Perramon Aragonès

Vivíamos en el centro de la gran urbe simmeliana: una proyección acelerada de fotogramas cuyo cometido era intensificar la vida nerviosa del ciudadano. Tomábamos el metro abarrotado de trajes corpulentos y obligaciones empaquetadas, donde cada persona luchaba para preservar la originalidad de su existencia. Ante el flujo continuo de impulsos sensoriales, se fortalecía la aversión silenciosa entre emisores y receptores permutables como código de relación. Al final del día, la soledad empapaba a todos los cuerpos por igual.

Entonces prohibieron la calle. Se cerraron fronteras varias y la libre circulación de los ciudadanos quedó limitada. Vallaron playas, atrancaron parques y desinfectaron autobuses; clausuraron la educación, obligaron a los privilegiados a llevarse torre, pantalla y teclado a casa, y el ocio mundial se vio aplazado. Los helicópteros militares persiguieron a los *runners* más temerarios y el ejército instaló hospitales de campaña, mientras se echaba de la calle a los vagabundos que se alimentaban de ella. Se impuso el uniforme higiénico protocolario y la norma de circular sin acompañante; y era imprescindible llevar el tique del súper de la esquina para no ser multado por el Estado. La gran urbe, caracterizada por el alto grado de libertad que ofrecía al individuo, desapareció de un día para el otro porque ya nadie la habitaba. La primavera tiñó de cerezos los campos, pero dentro de casa, el invierno seguía marchitando los pensamientos. La muerte se lloraba a distancia y para adentro, y la virtualización de la vida desembocó en una atrofia cada vez mayor de los rasgos distintivos de la persona. Se hacía natural skypear con la familia y brindar online con los amigos, las artistas del momento ofrecían directos desde sus sofás, y una amiga hizo match con el saxofonista del tercero y se tocaban a metro y medio de separación.

Desde que nos encerraron dentro de una plataforma, la virtualización universal de la vida cotidiana desbordó instantáneamente el dilatado mapa del Imperio imaginado por Borges. Si bien nada es grande ni pequeño sino por comparación, empezamos a vivir en una copia del mundo más grande y precisa que el propio mundo. De lo real sólo ha quedado lo fisiológico.

«A lo que parece, en el mismo momento en que me encontraron durmiendo en el suelo, después de haber llegado a tierra, se había enviado rápidamente noticia con un propio al emperador, y éste determinó en consejo que yo fuese atado en el modo que he referido, lo que fue realizado por la noche, mientras yo dormía»



Mariona Perramon Aragonès, *Cuerpo atado por una ciudad*

«Cuando los trabajadores creyeron que ya me sería imposible desencadenarme, cortaron todas las cuerdas que me ligaban, y acto seguido me levanté en el estado más melancólico en que en mi vida me había encontrado»

Jonathan Swift, *Los viajes de Gulliver*

La ciudad y la escarcha

Pavlo Verde Ortega

La ciudad es escarcha cerrada y pobre. Quiso ser firmamento, delgada aurora. Quiso creerse extranjera en la tierra y en la Tierra. La ciudad se alargaba como la fronda. Esculpía su imperio pausadamente, después veloz, al ritmo de sonidos desconocidos. Con su luz pretendía limpiar el cielo para así atravesarlo a cada instante y ver a Dios al fin como a un igual, tan vulnerable. El hormigón armado hasta los dientes, el acero encendido, la gasolina, también la carne, corteza entre los huesos y la placenta. Todos participaron en aquel rito. Babel volvió de nuevo. Era imparable. Resplandecía. Lo llamaron Progreso, era un océano.

Y entonces ocurrió, como un augurio. Él no tenía nombre, tampoco aliento. Buscaba vida, la rozó en nuestra piel como hojarasca. Las sienas que tocaba sudaron polvo, mas no era suficiente con aquel tango: quería más y trepó por los cuerpos para saciarse. Se agrietaba el dominio de las mayúsculas. Él nos dejó sin tiempo para más juegos. No era el metal, sino la carne cómplice la que sufría. La ciudad orgullosa quedó desnuda. Su vida fue tributo de la no-vida. Aquel silencio tenía explicación, mas no un *porqué*. Nosotros, los vivientes, a cal y canto. La nada se agolpaba tras la ventana. Calles desiertas de certeza, de orgullo y de sentido.

El precio de inventar un *más allá* para luego invadirlo y conquistarlo es el vacío de todos los imperios, de las ciudades. Él no tiene la culpa, tampoco sueños. Él es Nada inocente capaz de hacer de nuestras ambiciones nuestra prisión. Más acá del delirio aún persisten los cuerpos encerrados y sus personas. Saldremos pronto nuevamente a las calles, como una rambla. ¿Qué seremos entonces? ¿Y la ciudad? ¿Podremos olvidar tras el asedio? Solo nos queda abrazar la evidente fragilidad. La ciudad aspiraba a lo absoluto. Quisimos ser de mármol; somos de noche. “Mañana” es un verbo imposible de conjugar.

El reflejo del encierro

Miguel Rubio

El momento idóneo para mirar por la ventana, resulta ser el instante en que el silencio resulta ensordecedor; cuando allá afuera en parques y plazas solo quedan palomas y un sentido sin su propio ser. ¡Mas no oses tú, intrépido oteador, flirtear con el alféizar! Pues en las solitarias avenidas no queda nada que vislumbrar. Ten el coraje de hacer de los párpados el espejo de tus ojos y arrástrate por tus callejones, explora los más inadvertidos recovecos y descubre el porqué de la inverosimilitud del silencio que envuelve hasta las más grandes metrópolis.

No malgastes tu energía curiosa en edificar vastas reflexiones, la causa de toda polis se yergue en el propio individuo, y no es otra que la soledad. ¿Cómo si no explicas que en la imaginación afloren multitudes y bullicios cuando se oye la palabra ciudad? Cualquier desamparo se diluye en su seno perdiéndose entre sus calles, pues la ciudad es la más sofisticada invención para paliar los efectos del abandono. ¿Quién sino más que un puñado osa aventurarse más lejos de los últimos arrabales? Solo aquellos que verdaderamente desean sumergirse en el destierro sobreviven a base de aire puro; el resto dependemos de humo, marabuntas, paradas de metro y una luz verde para cruzar.

Este es, y no otro, el sentido de las urbes, que estos días se despliega ante nosotros al carecer del motivo de su existencia: los incontables transeúntes solitarios que hoy quedan resignados a asomarse a la ventana.

41°21'39"N 2°09'57"E

María Castillejo Fernández

Mira que t'he rondat vegades, mira que... crec que tots els barcelonins o pseudo barcelonins com jo t'hem «rondat» a quatre rodes, però el cert és que t'he vist, mig amagat i de reüll molts cops. No hi he vingut mai. Crec que no és molt popular pujar-hi.

Millor, seguiré sense esmentar-te directament, no fos cas que esdevinguessis zona d'interès turístic, un *resort* urbà més de la Barcelona posa't guapa. Preferiria que seguissis sense sortir al *Time Out...* si. Crec que ets el meu lloc desconegut predilecte de la ciutat. No sé perquè. Per aquí on ets, sempre fa olor a sopa d'au escaldada, o de cereal torrat o què sé jo del que es torri en aquesta muntanya d'antics bandits i "quinquis" nous. Sí, tu que tens forma de balena catxalot i mires des de la terra al mar, o al merder que n'hem fet d'ell. Què serà que siguis el meu lloc desconegut preferit? La panoràmica de grues i contenidors de colors en moviment no deu ser gaire millor del què és uns quilòmetres més enllà. Tampoc serà per l'aire fresc, allà adalt segur que es respira destil·lat el combustible dels transatlàntics i de tantes altres coses que es mouen per Barcelona. Què deu ser, què deu ser doncs?

Deu ser que no et conec i tendeixo a romantitzar. I que estàs en un dels culs de Barcelona, en un cul pelat i trist, amb un cementiri als peus, envoltat de plantes que punxen, de figueres de moro i d'atzabares mortes. I que ets vell i tinc gust per les arquitectures, encara que no siguis gran cosa... Una mica d'història: diuen que vas costar 207.498,42 pessetes, van matar el director d'obres del port durant la teva construcció, eren els temps de la rosa de foc, tot va ser prou accidentat. Amb el canvi de segle els que vivien dins teu, van ser substituïts per l'automatització, tu seguies: dos flaixos blancs cada deu segons que s'estenen fins a vint-i-sis milles nàutiques. I encara et vas quedar més sol.

Que novel·lesc sembles! guarda't dels plans que es fan pels teus veïns, els teatres del paral·lel, i que els moderns no caiguin en la temptació de museitzar-te. Segueix sobre el penyal, sol, mig abandonat, mig accessible. L'altra meitat deixa-la pels ciclistes de diumenge i els raris que de tu venen i van pel camí de Can Tunis. Ara que et faig senyals des de la meua posició estàtica, potser que m'hi acosti un dia, quan torni el bon temps, del meu cul de món cap al teu.

Mira que te he rondado veces, mira que... Creo que todos los barceloneses o pseudo-barceloneses como yo te hemos «rondado» a cuatro ruedas, pero lo cierto es que te he visto, medio escondido y de reajo muchas veces. No he venido nunca. Creo que no es muy popular subir hasta donde estás.

Mejor, seguiré sin nombrarte directamente, no vaya a ser que te conviertas en zona de interés turístico, un *resort* urbano más de la «Barcelona ponte guapa». Preferiría que siguieras sin salir en el *Time Out...* sí. Creo que eres mi lugar desconocido predilecto de la ciudad. No sé por qué. Allí donde estás, siempre huele a sopa de ave escaldada, o a cereal tostado o a lo que sea que se tueste en esa montaña de antiguos bandidos y "quinquis" nuevos. Sí, tú que tienes forma de ballena cachalote y miras desde la tierra al mar, o a la pocilga que de él hemos hecho. ¿Qué debe ser lo que te hace ser mi sitio desconocido favorito? Sospecho que la panoràmica de grúas y contenedores de colores en movimiento no es mucho mejor donde estás que a algunos unos kilómetros más allá. Tampoco será por el aire fresco, allí arriba seguro que se respira destilado el combustible de los transatlánticos y de tantas otras cosas que se mueven por Barcelona. ¿Qué será, qué será entonces?

Será que no te conozco y tiendo a romantizar. Y que estás en uno de los culos de Barcelona, en un culo pelado y triste, con el cementerio a tus pies, rodeado de plantas que pinchan, de chumberas y de agaves muertas. Y que eres viejo y tengo gusto por las arquitecturas, aunque no seas gran cosa... Un poco de historia: dicen que costaste 207.498,42 pesetas, que mataron al director de obras del puerto durante tu construcción, eran en los tiempos de la «Rosa de fuego», todo fue bastante accidentado. Con el cambio de siglo los que vivían dentro de ti, fueron sustituidos por la automatización, tú seguías: dos destellos blancos cada diez segundos que se extienden hasta veintiséis millas náuticas. Y aún te quedaste más solo.

¿Qué novelesco pareces! Guárdate del destino que se planea para tus vecinos, los teatros del paralelo, y que los modernos no caigan en la tentación de museizarte. Sigue sobre el peñasco, solo, medio abandonado, medio accesible. La otra mitad déjala para los ciclistas domingueros y para los raritos que de ti vienen y van por el camino de Can Tunis. Ahora que te hago señas desde mi posición estática, puede que me acerque un día, cuando vuelva el buen tiempo, de mi culo de mundo hacia el tuyo.

Traducción de la autora

Ilustración de fondo: Adrià Ibáñez

Palabras en el alféizar

Héctor Montón Jule

AMerche le preocupaba que volviera a ausentarse porque no tenía forma de recibir noticias suyas. Si al menos conociera a alguno de sus hijos, podría llamarles y preguntar qué había pasado, pero las condiciones de su amistad no habían facilitado ese tipo de confianza. De todas formas, el hecho de no haberlo visto en los dos últimos días no tenía por qué significar nada malo, quizá no le había apetecido volver a asomarse o, simplemente, no habían coincidido. Solo que Merche siempre se desvivía por los demás y se ponía en lo peor; “así las desgracias no te pillan por sorpresa” decía, y razón no le faltaba. Además, la persiana bajada podía dar ciertos indicios que alimentaban su preocupación. En una situación diferente, habría sido tan sencillo como abrir la puerta de su casa, bajar las escaleras y cruzar la calle para llamar al timbre de su vecino. Pero con ese dichoso virus rondando cerca, ni se atrevía ni le dejaban hacerlo.

Desde que todo esto empezó, poco entretenimiento tenía más que ver la tele, hacerse la comida y acariciar al gato. Lo cierto es que, a su edad, ese era más o menos el ritual diario. Pero Merche todavía guardaba fuerzas para dar largos paseos por las avenidas de su manzana hasta descansar en cualquier banco donde el sol no le golpeará con dureza. Y si algo echaba verdaderamente de menos era el café de las doce, en el que tenía tiempo de charlar con sus amigas y disfrutar de un poco de compañía. Entendía que las medidas adoptadas para frenar el contagio afectaban a todos, aunque le daba rabia pensar que otros tenían a sus familias cerca mientras ella se veía obligada a pasar sola este mal trago. Lo único que había conseguido animarla fue encontrarse con su vecino en una de esas que salía a regar las plantas del alféizar. Lo hacía entre tres y cinco veces al día a sabiendas de que acabaría ahogándolas, pero eso le servía para asomarse y sentirse menos encerrada.

–Qué extraña se ve la ciudad desde la ventana, ¿no cree?

A Merche le sorprendió escuchar una voz ajena después de tantos días. Ni siquiera había reparado en la presencia de su acompañante hasta que lo oyó; estaba demasiado abstraída en la contemplación de aquel paisaje desierto.

–Disculpe si la he asustado –se adelantó, dándose cuenta de la intromisión. Su aspecto revelaba intenciones sinceras, con el pelo revuelto, la cara mal lavada y el pijama todavía puesto.

–No se preocupe, es que llevo tiempo sin hablar con alguien a menos que sea por teléfono.

–Ya somos dos. Mis chicos deben estar cansados de que los llame cada noche. A veces ni lo cogen, pero yo sé que están en casa. ¿Dónde si no?

–Bueno, los jóvenes, que llevan su vida –respondió ella en un intento de consolarle, pues se conocía bien esa historia –. ¿No es triste que ya ni se escuchan las campanas de la iglesia? Una pierde la noción del tiempo.

–Si le digo la verdad, es de lo poco que agradezco de todo esto –y acto seguido soltó una carcajada, para no ofender las creencias de la anciana.

La conversación continuó de una trivialidad en otra hasta que, sin darse cuenta, el sol acabó por ocultarse. Cuando ya no alcanzaban a distinguirse las caras, se despidieron con pesar, aunque con la esperanza de volverse a ver. Y así fue como, sin haber convenido la hora exacta en que debían de hacerlo, al día siguiente se encontraron, y al otro, y al otro, convirtiéndose en una costumbre que les ayudaba a soportar el tedio del aislamiento. Pero ahora que Merche salía a las plantas del alféizar y veía esta ciudad vacía –acaso animada por el vuelo de algún pájaro inocente –, y recordaba las razones de su reclusión, la enfermedad, el contagio, la persiana bajada de su amigo el vecino... Apenas se atrevía a pensar qué le habría obligado a no asomarse más en los dos últimos días.



Ilustración: Ana Aparicio

Soledades

Pedro López

Será cierto eso que dicen de que nuestras casas se sienten incómodas últimamente porque les estamos privando de su tiempo de soledad y descanso? Algunos dicen notar su enfado al descubrir grietas en los techos y grifos que gotean, o un congelador que se escarcha. Comprendo el desánimo de los pisos; de las casas no tanto, pues habiéndose situado siempre en pueblos y aldeas, en la lejanía de la agitada ciudad, saben lo que es pasar seis días a la semana con la abuela metida dentro y otro con la familia entera. Sin embargo, de los pisos, víctimas de una vida condenada a mantener el equilibrio en temor constante de descolgarse por un lado y precipitarse al vacío en el que están suspendidos, de ellos sí me compadezco. Todo el día andamos paseando por los pasillos y habitando los cuartos y aun asomándonos al balcón cada atardecer para hacer un ruido bobo con las palmas, poniendo en peligro su sacrosanto equilibrio. Entiendo el disgusto que se llevaron hace quince días los pisos al enterarse de que no tendrían su tiempo de descanso solitario. Aún mejor comprendo la desesperación que produce el ir siendo testigo de cómo el disgusto inicial aumenta cada día que pasa: más ansiedad y más incertidumbre. No obstante, vería de mal gusto el solamente pronunciarme por el sufrimiento de los pisos.

¿Y los cines? ¿Quién habla por los museos y por las bibliotecas o por las estaciones y los aeropuertos? No pretendo en ningún momento negar la difícil vivencia que les toca a las casas, pero donde unas se quejan de falta de soledad, a otras se les sale el aislamiento por las orejas. Vaya, que el único alivio que han tenido estos días es la risa ante la idea de reclamar un tiempo de descanso. Los pobres cines, hace días que sienten un hambre voraz, un vacío indescriptible porque en sus huecas entrañas ya no suenan estruendos ni alegres melodías. Como ellos, las bibliotecas también atestiguan este sufrimiento, y sobre todo están tristes porque no hay quien les haga cosquillas al sacar y meter los libros en las estanterías. También los teatros, que se han quedado sin risas y llantos, hasta echan en falta aquellos estrepitosos aplausos que rompían la tensión de la representación más intensa.

¿Y los restaurantes y bares? Cerrados a cal y canto caen en tan profunda depresión que ni los ojos abren cuando el sol asoma por encima de los tejados de la ciudad; recuerdan con nostalgia las risas y las borracheras, las familias reunidas y los olores succulentos. Por último, la especie más prolífera: las tiendas (máxima expresión en centros comerciales). Aunque no sean completamente de mi agrado, y no hablo aquí de tiendas “útiles”, he de mencionar aquí su hastío. Las muy desgraciadas, sin gente que entre y salga constantemente a todas horas, ya no tienen forma de evacuar sus intestinos y ahora han de quedarse con toda esa basura inservible en su interior hasta quién sabe cuándo. Diferente es la situación de los supermercados, realmente sería ésta. Las casas se enfadan por el robo de su intimidad, pero de ellos podría decirse incluso que están siendo violentados. Ni el papel higiénico se les respeta en estos días en los que son el último estandarte de la metrópolis.

En fin, los únicos que están disfrutando este cambio de paradigma son los parques, vestigios de un modo de vida olvidado ya por nosotros los posmodernos, respirando hoy un aire renovado. Ah, gozo simplemente con imaginar la paz que les invade, en armonía con sus flores y sus patos, liberados temporalmente de tanto culo gordo que estropea su césped, de tanta zapatilla de *runner* que desdibuja sus caminos.



Lucía Yubero *El triunfo del papel higiénico*

Barrio

Amanda Verdugo Acosta

El barrio era un perro viejo, sucio y cansado que se había echado a dormir, por fin, sobre su lecho maloliente. Quizá, teniendo en cuenta las circunstancias, aquella vez tenía sentido que al volver a casa después del turno los edificios le parecieran parte orgánica de la ciudad: extremidades vivas del cuerpo de un ser que ya no era un perro, sino una amalgama amorfa de órganos extraños. Ahora que la vida estaba delimitada a los hogares, cada balcón, cada puerta y cada ventana bombeaba vida con una eficiencia nunca vista. Los ojos, las bocas y los dientes infinitos descansaban a aquella hora, pero por la mañana los pequeños mundos que componían cada uno de los órganos volverían a despertarse. Unos pocos habitantes de los planetas, como ella, saldrían entonces al exterior, diluyendo parte de la fuerza vital del monstruo en las calles vacías.

No se había sentido nunca tan unida con el barrio como cuando entró por la puerta del piso y dejó las llaves sobre la encimera. Sería el sentimiento de comunidad que afloraba aquellos días o el saber que por vez primera la calle era hostil y que no quedaba más remedio que refugiarse en la Cosa. Ahora que había llegado a casa volvía a formar parte ella también de su sustento vital. Sintió que el animal estaba enfermo. Era uno de esos días en los que sentía que la muerte se hacía tangible. Quizá, teniendo en cuenta las circunstancias, esta vez tenía sentido que se sintiera así. Estaba presente, de alguna forma, en todas las cosas: la taza de café del desayuno que seguía en el fregadero, su marido durmiendo en el sofá, el cuadro del salón que llevaba veinte años allí colgado... Era como si el olvido al que estaban condenadas hubiese posado una tela mórbida sobre ellas.

Pensó en Juan, el paciente de la última habitación que había limpiado, y se preguntó si volvería a verlo al día siguiente. Todo era polvo. Nunca había sentido un cansancio parecido. Arropó a la niña después de desinfectar la ropa del exterior y no le besó la frente, por si acaso. Para ella deseaba un futuro en un universo lejano: que fuese parte de un monstruo diferente, con ojitos más dispersos, grandes, bien cuidados y, aunque monstruo igual, con una cama de un aroma a césped recién cortado para cuando ella volviera de trabajar. Se sentó entonces en la cocina y se dedicó a temer a la muerte que los rodeaba tanto a todos en aquel momento, tal y como había hecho desde niña. Le añadió al ritual prender un cigarro y la ironía la acompañó un rato.

«Si queréis creerme, bien. Ahora diré cómo es Octavia, ciudad telaraña. Hay un precipicio entre dos montañas abruptas: la ciudad está en el vacío, atada a las dos crestas por cuerdas y cadenas y pasarelas. Uno camina por los travesaños de madera, cuidando de no poner el pie en los intersticios, o se aferra a las mallas de una red de cáñamo. Abajo no hay nada en cientos de metros: pasa alguna nube; se entrevé más abajo el fondo del despeñadero»



Ilustración: Adrià Ibáñez

«Ésta es la base de la ciudad: una red que sirve para pasar y para sostener. Todo lo demás, en vez de alzarse encima, cuelga hacia abajo: escalas de cuerda, hamacas, casas en forma de bolsa, percheros, terrazas como navecillas, odres de agua, piqueras de gas, asadores, cestos colgados de cordeles, montacargas, duchas, trapecios y anillas para juegos, teleféricos, lámparas, tiestos con plantas de follaje colgante.

Suspendida en el abismo, la vida de los habitantes de Octavia es menos incierta que en otras ciudades. Saben que la resistencia de la red tiene un límite»

Italo Calvino, *Las ciudades invisibles: Las ciudades sutiles 5*

Las puertas

Jean Velasco

Alguna vez nos habíamos preguntado por qué existen las puertas? Es curioso pensar en esto, ya que este objeto tiene un importante valor del que no nos percatamos. Su función es simplemente crear un espacio privado y separar el exterior de un nuevo interior en el que normalmente hallamos algo fundamental para el ser humano: la privacidad. Este espacio cerrado, por ejemplo una habitación, a su vez se convierte en externo pues nos permite desenvolvernos en el verdadero espacio interno: nuestra conciencia.

Así nos trasladamos de un espacio más amplio a uno más reducido y específico, lo cual puede reproducirse inversamente. ¿Cuál es el espacio cerrado más amplio que le sigue? Un barrio quizás. ¿Luego qué? ¿Un municipio o la propia ciudad? Toda ciudad tiene sus “puertas” o al menos sus homólogos en función con los mismos propósitos. Nos sentimos protegidos en un espacio seguro, que conocemos, que disfrutamos y que compartimos. Esto último claramente para satisfacer el carácter social de nuestra especie. Para nosotros dicha estructura es sorprendentemente conveniente, ya que deja a nuestro alcance cualquier servicio que podamos necesitar en cuestión de minutos. En dichas circunstancias no tendríamos motivos para salir de este asentamiento.

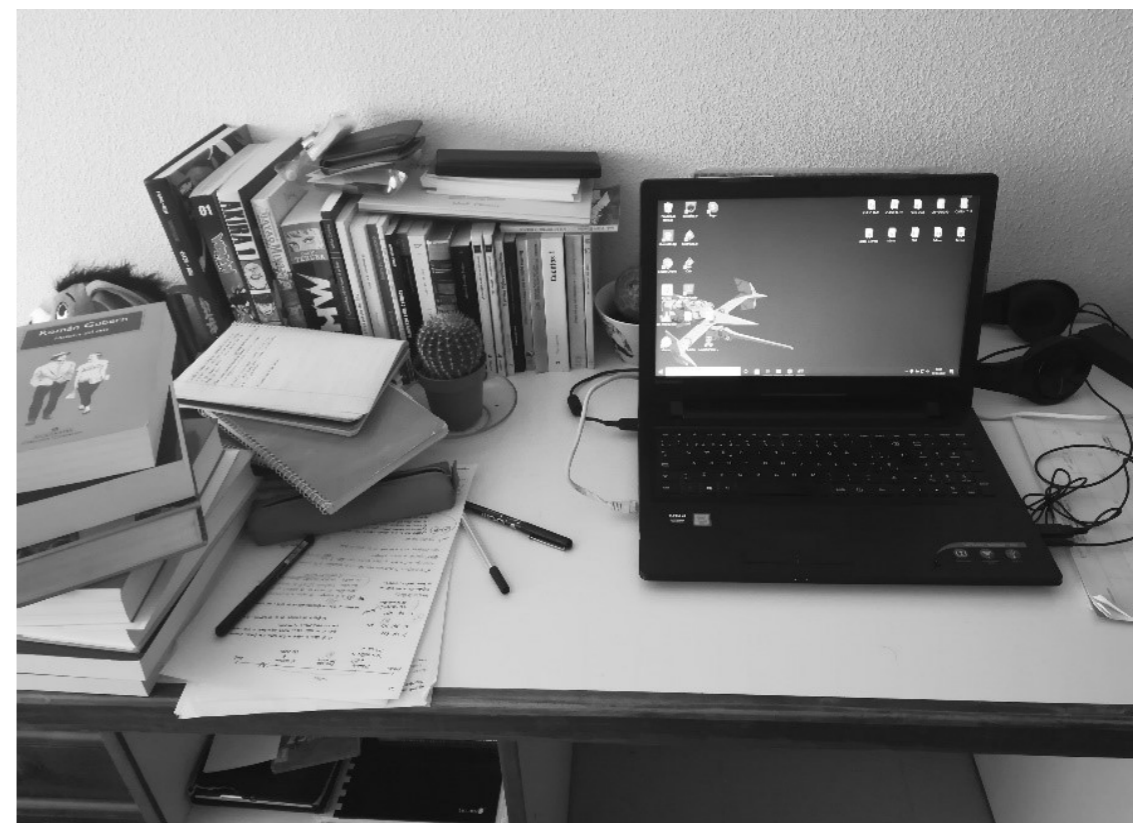
La vida se volvería más complicada al vivir fuera de la ciudad porque implicaría el gasto de un recurso muy importante: el tiempo. En una sociedad donde el tiempo para realizar cualquier actividad o desplazamiento dicta prácticamente todas las decisiones del día a día, es difícil no estar inmerso en la dinámica de la ciudad.

Algunos entienden por qué a veces es mejor permanecer tras esta gran puerta, pues se encuentran comodidades de distinta índole, pero igual de necesarias en cierta medida. La tranquilidad, no como virtud sino como experiencia, deja de estar dentro de las prioridades de quien decide participar en el juego de la ciudadanía, en la que todos aportamos y recibimos. Encontrar esa paz en tu espacio común requiere desligarse de muchas preocupaciones presentes en el ambiente urbano.

Aceptar esas reglas de juego implica automejorarse, adoptar formas, y aprender a convivir; cuestiones que también se aplican en lo más rural y que son necesarias para el avance continuo de nuestra sociedad.

Se suele mencionar a las “puertas” como metáforas del éxito, donde las oportunidades y los logros siempre se encuentran dentro de los espacios, mientras se siguen las direcciones adecuadas. Ciertamente en la vida se recomienda atreverse, descubrir nuevas cosas y aprender de todas las experiencias. Puede que sea lo correcto y lo más “normal”, pero esto debería complementarse con el trabajo a puerta cerrada, pues ahí también se viven un montón de experiencias enriquecedoras. La ciudad ideal debería buscar este equilibrio, brindar los recursos para desarrollarse externa e internamente, ya que inclinarse a un lado u otro trae agotamiento, estrés, reclusión e insatisfacción.

Sin nosotros la ciudad no podría existir, por lo que cada persona debería tener en cuenta esta premisa para poder seguir beneficiándose de ella, y en la medida de lo posible aportar eventuales correcciones. Valoremos lo que nos enseña cada espacio. No hay que conformarse; siempre se puede llenar la habitación, la ciudad y el propio mundo de cosas nuevas y valiosas, y ser capaces de abrir y cerrar nuevas puertas a nuestro gusto.



Fotografía: Pablo Romero

Madrid amanece vacía

Bera Villavicencio Álvarez

Nunca pensé que viviría lo suficiente, ni en años ni en intensidad, para llegar a ver tan desiertas las calles de Madrid. Esas calles de las que tanto han hablado las musas y por las que tantos pies distintos han pasado. Ahora de ellas solo se desprende un silencio tan penetrante que me resulta hasta inspirador, pero inspirador de una manera un tanto terrorífica. Ya casi no recuerdo lo que era caminar por ellas sin destino aparente, pero con la ilusión, a veces falsa, de encontrarme con cualquiera que consiguiera sorprenderme con una vida con más errores que la mía.

Ahora las calles se han quedado sin todos esos “cualquiera” y yo me he quedado sin las calles por las que caminaba para encontrarlos. Ahora solo tengo cuatro paredes cada vez más cerca de mí, una ventana pequeña que no parece dar a ninguna parte, y esa vida de errores que esta vez no es otra sino la mía propia. Este encierro me ha obligado a reencontrarme conmigo misma, de frente y sin excusas, en un “a solas” que parece no acabarse y que roza lo asfixiante. Y lo peor, es que no he sabido ni qué decirme.

Desde el día en que nací hasta este día en el que escribo, no creo que haya sido libre jamás. La libertad se ha vuelto cada vez más un privilegio del que estoy segura de que siempre estaré desprovista. Sin embargo, la ausencia de libertad toma hoy otro rostro, un rostro mucho más desagradable que al que me tiene acostumbrada. Hoy ausencia de libertad no es otra cosa sino ausencia de todo aquello que una vez me recordó lo que era el vivir. Ausencia del reconfortante abrazo de una madre que no juzga, de aquella conversación sanadora de las heridas más profundas y menos sangrientas, de ese amor del que a veces me gustaría no acordarme, de esa amiga que cuidó de mí.

Ahora tan solo somos personas aisladas de personas, y qué forma más triste es esa de vivir. Puedo engañar a mi mente con mil cosas por hacer, pero no puedo esconder ese anhelo tan ingenuo y ese deseo tan puro por que volviéramos a encontrarnos. Y es que, en este instante en el que me hallo, estoy tan lejos de todo lo que he amado y amaré, que me descubro a mí misma tan vacía como las calles de Madrid.

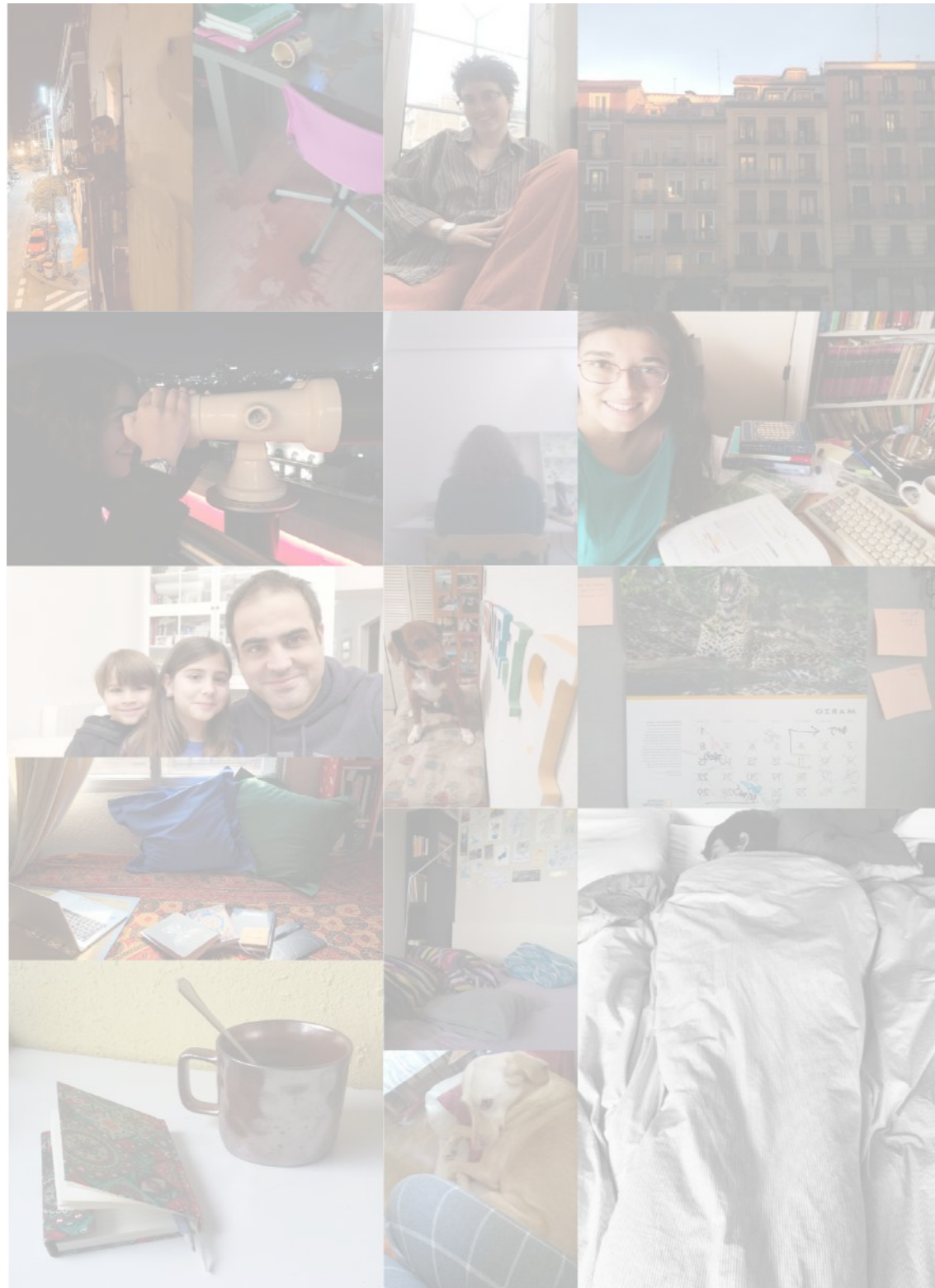


Lucía Yubero, Madrid 1

[DESDE EL CORAZÓN]

«Yo la leeré y tú escucharás, y así pasaremos juntos esta noche terrible»

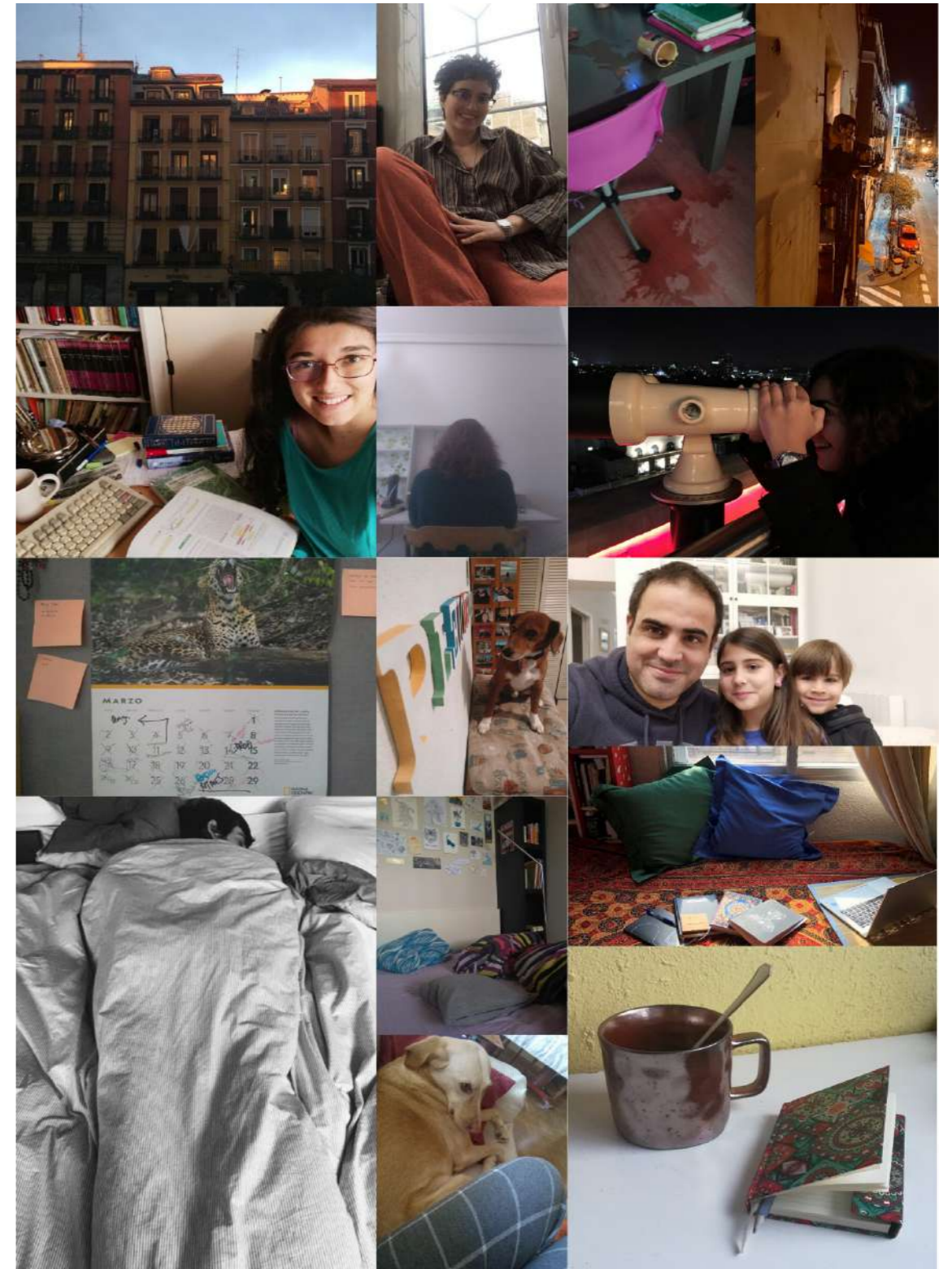
Edgar Allan Poe, *La caída de la Casa Usher*



[DESDE EL CORAZÓN]

«Yo la leeré y tú escucharás, y así pasaremos juntos esta noche terrible»

Edgar Allan Poe, *La caída de la Casa Usher*



Se fueron las palomas

Jorge Burón

«Buscas detrás de ti y, claro, enseguida te percatas de que ni siquiera estabas encerrado, que durante todo este tiempo el sueño, el verdadero sueño, estaba detrás de ti, no delante de ti»

Georges Perec, *Un hombre que duerme*

No hay nadie en la calle. Tan solo tú, sentado en un banco en medio de un silencio subrayado por el sol de mediodía. Lees un libro con los ojos entrecerrados. En las páginas amarillentas las letras grabadas en un negro rugoso no significan nada. Una brisa suave te acaricia la piel, el resto es quietud y silencio.

Alzas la vista y encuentras los árboles de siempre. Árboles pelados y delgados, señales de tráfico, papeleras. Todo está ahí, artificial como un decorado que nadie utiliza. Los pequeños adoquines parecen casillas de un tablero de juego. Un tablero sin sentido, pues nadie lo transita.

Bajas de nuevo la mirada al libro. Estás en otra página. Fijas la vista en lo que hay allí escrito, pero significa lo mismo: nada. Palabras y palabras y nada. No entiendes. Llegas al final del capítulo y lo vuelves a empezar tan seguido como si fuera el siguiente. Palabras y palabras y nada.

Cierras los ojos, se cierran solos, y cierras el libro, pero mantienes un dedo marcando por dónde vas.

Los bancos están ausentes, las fuentes secas. Nadie aguarda en los soporales, nadie se agazapa tras las esquinas. Un espectáculo sin público ni actores. Excepto tú, actor y público de ti mismo, de tu propia epopeya estática, solo, quieto y silencioso, en mitad de una plaza al mediodía.

En un ventanuco cuadrado aparecen unos ojos. Unos ojos sin cara ni cuerpo, sin párpados, blancos como la leche. Estaban ahí hace un instante. Ya no están. Igual se han ido, como todo el mundo. Igual no estaban. Bajas la vista cansada y vuelves al libro.

No sabes cuándo ha resbalado tu dedo índice de la página que guardaba. Abres pues el libro al azar. No puedes asegurarlo pero tienes la extraña sensación de estar leyendo el mismo pasaje que hace un instante.

Tus ojos pesados revisan cada letra hasta la extenuación, te detienes en sus trazos grumosos de imprenta antigua, en cada rabito y cada palito, cada curva, diagonal o punto que las compone. Cada letra te parece ahora un mapa, un mapa mayor al propio territorio, pero no conoces los lugares que refieren. Cada letra es un mapa, y tú sabes leer los mapas, te enseñaron desde niño, pero un mapa nada significa cuando no se puede explorar el lugar. Solo signos, referencias, acuerdos internacionales.

El texto se multiplica así y ahora cada n parece una n distinta, un mapa de una n diferente. Cada letra es un mundo y cada repetición de la letra una ciudad diferente de ese mundo. Mapas de ciudades infinitas. Caminos como el laberinto griego que es una única línea, recta. Una cartografía imposible, pero quizá allí sí haya alguien.

Ahora corres con la mirada, tan rápido como puedes. Buscas en cada letra el mapa donde aparezca la plaza mientras las ventanas se llenan de ojos. Pasas páginas a toda velocidad buscando un camino de ida, una puerta de salida, y cada página que pasas otros ojos que se abren y te observan. No eres sino lo que esos ojos ven. Pasas una página detrás de otra, sin saltarte ni una sola, y al llegar al final, nada. Allí no está la plaza, en ninguna de las ciudades de los mapas de las letras está la plaza. Estás solo y en ninguna parte.

Respiras hondo, intentas no temblar. Cierras los ojos, y cuando los abres te das cuenta. No hay palomas, no queda allí ninguna. Agudizas el oído buscando en el aire su aleteo. Ni rastro. No hay ya ciudad en esa plaza. Solo ojos en las ventanas. Ojos eternos que tan siquiera pestañean. Se fueron las palomas.

Coges el libro y lo guardas en el bolsillo, como una brújula que no indica el norte pero que algún día sabrás interpretar. Te levantas y te vas. Los ojos te miran. El camino será largo y seco, pero en alguna parte debe estar la ciudad. A algún lado habrán ido las palomas.

Ilustración de fondo: Alicia Arenas

Cosas de ahí fuera que me dan miedo

Begoña Robledo

1. **El cielo.** Se extiende más allá de la comprensión como un mar invertido. De vez en cuando la lluvia nos recuerda que en cualquier momento la cúpula celeste podría desbordarse y ahogarnos a todos. Por la noche se opaca y se pueden ver unos pequeños puntos de luz en medio de la oscuridad. Son los agujeritos por los que pasa la luz del sol desde el otro lado. Por ahí se cuele el agua. La ciencia ha demostrado que cuantas más farolas se enciendan en la ciudad, menos agujeros aparecen. Cuando las apagan por las mañanas, contengo la respiración.

2. **Las calles.** Las calles no llevan sino lejos. Intento seguir una y pronto se convierte en dos, tres más o en un callejón sin salida. Sigo otra: lo mismo. Podría estar todo el día andando y perderme de miles de formas distintas. Son un truco mezquino, sólo existen para reírse de quienes no conocen su enrevesada anatomía. ¿No sería más fácil que todos los edificios estuviesen en una enorme explanada, conectados sólo por mi mirada? Para los nativos americanos el Paraíso es una eterna llanura. No sé por qué nosotros nos hemos empeñado en fabricar un infierno.

3. **Las estatuas.** Puedo ver una desde mi ventana un hombre montado a caballo. Un hombre que no conozco y que sin embargo ha reclamado a perpetuidad esos metros cuadrados del parque. Le busqué en Wikipedia y lo único que hizo fue morir en una guerra. De hecho la mayoría de estatuas son de gente muerta. Ese es el mayor problema que tengo con ellas. ¿Por qué si no se entierran a los muertos, se cubren con sábanas los cadáveres, se incineran los restos? ¿Por qué los mausoleos parecen más bien un búnker nuclear? Construir una réplica indestructible de un fallecido es llamar a ese aura de fatalidad que desprende la muerte. Preferiría que hubiese estado él mismo ahí en carne y hueso que no ese trozo de bronce, así se habría desintegrado hace tiempo.

4. **Las palomas.** Creo que como sociedad pecamos de confiados con respecto a las palomas. La mera costumbre nos ha hecho creer que son animales estúpidos, las ratas del aire. ¿Pero quién dice que no estén planeando algo? Nunca están solas, siempre en grupos de tres o cuatro, conspirando con la cabecita gacha. No son nada tontas: esquivan los coches justo antes de que las atropellen y nunca les faltan migas de pan con las que atiborrarse. Incluso se burlan abiertamente de las autoridades profanando monumentos con su mierda. Las veo desde mi ventana y cada día son más. Si pusiese un pie fuera, ¿quién me garantiza que no irían todas a por mí, que conozco su secreto? Creo que si se juntan treinta podrían matarme a picotazos. Esta mañana conté treinta y dos.

Y eso es sólo lo que puedo ver desde esta ventana. Sólo me gustan los árboles. No sé cómo jamás he podido estar fuera porque no quiero ir a ningún otro lugar que no sea dentro.



Ilustración: Clara Nolla

Costumbrismo perpendicular

Caetana Lombardía Camil

Apesta lo de levantarse. Ayer cambié las sábanas, parte de la rutina, pero qué rápido cogen olor a cerrado. Ruedo y ruedo y ruedo y caigo. El suelo me abraza con dureza, termina de despertarme. Anuncia un día más, frío y exactamente igual que ayer. Ahí tendida veo claro que una vida en horizontal tiene más interés que en vertical. Por eso Gregor Samsa despertó convertido en escarabajo y no en ciprés. Es una desgracia evolutiva que sea de un modo tan deliberado, tan edificado, que estén pensados los humanos. Apenas nos quedan las camas, aunque acecha el día en que tengamos que dormir de pie. Lo único con el potencial de ser verticalmente interesante, el sexo contra una pared, va en realidad de ángulos, un concepto complicado a metro y medio de distancia. Repto hacia la cocina. Oigo el trabajo del reloj del salón reverberar en el suelo, inconsciente e irónicamente anacrónico. Tardo cincuenta y siete golpeteos de la manecilla más fina y persistente en llegar a medio pasillo, y entonces me agobio. La horizontalidad no me impide recordar el tecnicismo de que un minuto son sesenta segundos, y no me pueden durar los arrebatos más que eso. Recupero mi bipedismo, y con él mi condición humana. El nuevo día, nuevo por repetición, no por novedad, ha de comenzar.

Tengo que ir a la nevera a por comida. Antes paso por los fuegos y pongo la cafetera. Miro por la ventana, no se ve el sol. Abro para que ventile. He leído que eso ayuda, como la rutina. No pasa nadie verdaderamente humano por la calle; un coche patrulla y un gato inmune a los acontecimientos. En mi cocina no tengo a quien decirle que no he dormido bien. Le echo azúcar al café porque a mi madre le gusta así. Tengo que llamarla. Siempre hay sitio en mi sofá, y es infinitamente más cómodo, pero yo qué sé, echo de menos el metro. Es un privilegio, ya. En Avenida de América, Nuevos Ministerios, Atocha, entre limpiadores, enfermeras y últimos monos de Glovo, vuelan las toses y falta el dinero. Suerte que mi oficio sea estatalmente superfluo y económicamente insustancial. Aún así, puntual, me siento de cara al reloj y de espaldas a la ventana y abro el portátil.

Mi novela no pretendía ir de esto, pero a ver quién se pone a escribir ahora de otra cosa. La idea original era mucho más fresca. Una reflexión sobre la individualidad, el tiempo y el espacio en tiempos postmodernos. En cambio ahora solo puedo escribir sobre vecinos chivatos o diálogos que se cortan por malas conexiones WiFi, que no son más que palos de ciego, porque yo el cuadro completo no puedo procesarlo, no por terrible, sino por excesivo. Al final del día, no soy productiva, que es lo que recomiendan. Si me concentro, oigo la tele en el piso de arriba, y a los del ático saltar y correr, bestias enjauladas que se aferran a las leyes de la física. Lo que dicen en la tele es más de lo mismo. Sonrío, cómplice. Resultaría liberador que el mundo dejara de tener sentido, pero asumirlo supondría un duelo tremendo. No podemos trascender aún el eterno conflicto (animales contra ordenadores: escapar del cuerpo o perderlo), y da igual. El sentido lo encontramos aún así, con el ego tan vertical que nos caracteriza. No entendemos nada, pero la ciudad sigue funcionando, cada uno en su casa. Yo escribo mi novela, aunque se haya vuelto un artículo de opinión cutre. Las empresas ignoran el peligro que corre el repartidor de fideos chinos mientras insisten en sus pérdidas. La policía se despliega contra un enemigo inexistente y lo terminan pagando los que van a la farmacia. Y yo sigo sin llamar a mi madre.



Lucía Yubero, *Cuando acabe esto...*

Mis propios pensamientos

Eugenia Gutiérrez Bermejo

S upongo que lo merezco. Deben pensar que mi sueño se ha cumplido. Yo mismo he condenado mi libertad, si no fuese tan dramático... pero llorando como si no quisiese que se fueran, que me dejaran solo en casa, a su vuelta recibiría su mejor versión, llena de mimos y amor. Como perro necesito su cariño.

Mentiría si ahora confesara que mis ojos llorosos en cada despedida carecían de realidad. Pero mi dolor no era por la soledad o el posible aburrimiento. Tampoco se debía a la preocupación por una posible partida infinita o por supervivencia (algún día descubrirán que sé dónde está la comida y que soy capaz de divertirme... pero no lo creerán, me tienen subestimado). Mi mirada cargada de dolor era, es, porque yo no tengo una vida propia más allá de la puerta de la entrada. Si salgo, es con ellos. En mi mundo están los tres, pero sé que ellos tienen mundos paralelos.

Aun así, disfrutaba de la poca independencia que me concedían cada vez que ellos se iban y yo me quedaba. Saltar en la cama, buscar bichitos por toda la casa para intimidarles y al final morirme de risa, colgarme de una cuerda con fotografías, tirar papeles por el suelo y luego ordenarlos con cuidado para no ser descubierto, hacer burbujas en la bañera. Pero ahora, ¡llevan días sin salir de casa! Y mis pequeños respiros se han convertido en fantasías imposibles. Lógicamente, ellos son incapaces de entender mi tristeza pasajera.

A ver, es verdad que agradezco su compañía, pero yo también necesito mi espacio, silencio y tranquilidad. Últimamente me dan más abrazos que nunca, es como si de repente, sólo me los pudieran dar a mí. Además, la televisión está todo el rato encendida, y siempre con una información continua y repetitiva. Pertenezco a una familia surrealista.

Con el encierro incomprensible, Antonio ha aumentado su extravagancia. Cuando decide acompañarme en mis paseos, cada vez que ve de lejos a otro navegante, pone cara de susto y cruza la calle con un dramatismo mejor que el mío. Además, en cualquier momento del día, grita por toda la casa «¿Quién quiere ver un teatro?». Lo pregunta acostumbrado ya a un «No tengo tiempo» como respuesta.

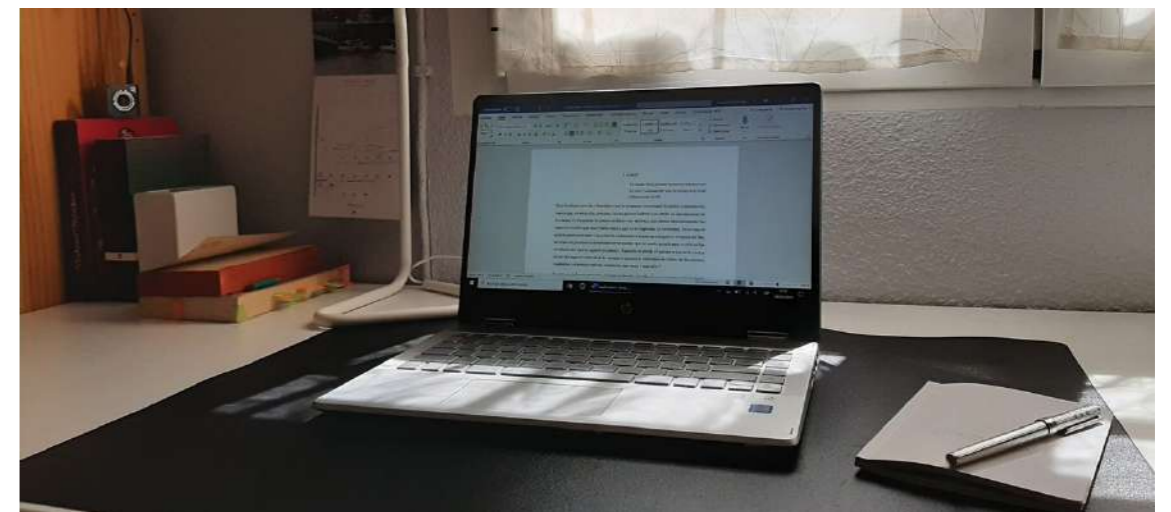
Entonces, yo me acurruco a su lado intentando amainar esa mirada triste, una mirada que refleja envidia por no tener ya función para una sociedad inquieta. Desde que está jubilado, odia tener demasiado tiempo. De todas formas, él aprovecha la situación. Está con ellas, no tiene a nadie a quien echar de menos y le llegan más mensajes que nunca con información tan trascendental que al segundo tiene que compartirla.

Ana sigue siendo Ana. Ni estando en casa es capaz de estar quieta. Mira que cuando estoy en su cama, siempre le digo con la mirada que sería más feliz apagando esa pantalla que la estresa y recostándose a mi lado. Dormir y ponerlo todo en pausa (menos sus manos que me acaricien, claro). Aunque no hay quien comparta sus gustos musicales, ni una sola canción con la dridos. Últimamente, cuando paseamos, la noto rara. Mira con nostalgia un parque vacío, y se disculpa por no dejarme correr y alejarme de mis amigos. No entiendo la situación, pero está empezando a dolerme el lomo por la falta de ejercicio. También noto culpabilidad en su mirada, como si sintiese que el resto de los humanos la juzgan desde sus ventanas por pasear demasiado o irse lejos.

Por último, está ella, la mejor humana del mundo, Clara. No podría soñar una dueña mejor. Me paso horas observando su sonrisa jovial, sincera y enérgica. Siempre tiene tiempo para mí. Siempre sabe lo que necesito y ha encontrado mis mimos favoritos.

En realidad, estos días, aunque tenga mis momentos de enfado perruno, no están siendo tan horribles. Noto como los cuatro estamos construyendo juntos, nuestra propia ciudad. Una ciudad reinventada, por fin descubierta. El espacio no es tan pequeño cuando no somos insignificantes.

–Eugin, desde la voz de Pistacho.



Fotografía: Sandra Mora

La ciudad adentro

Sara Abad Reguera

«Ciudad: este es el nombre que se da a una enfermedad nerviosa muy grave»

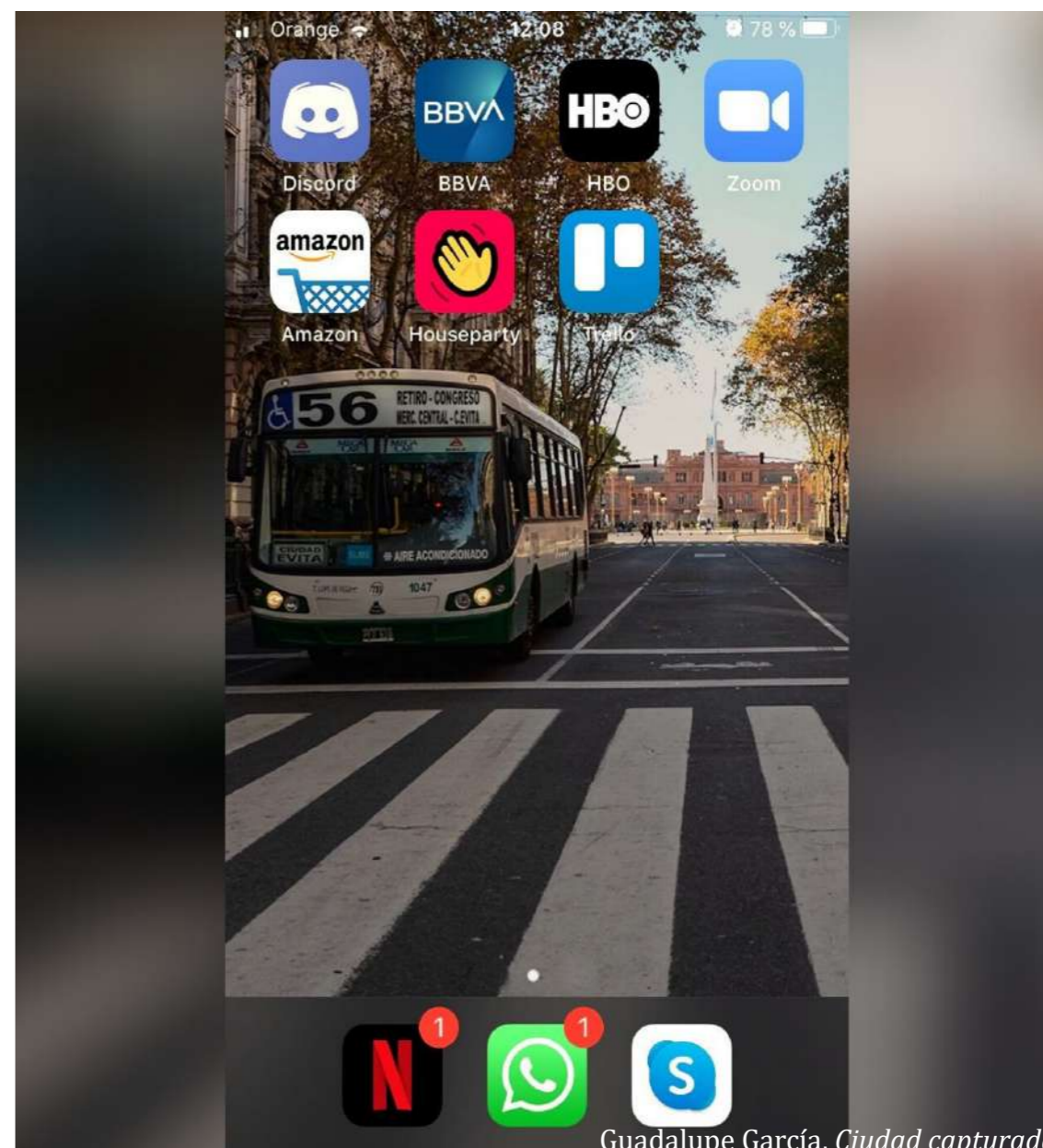
Ezequiel Martínez Estrada, *La cabeza de Goliat*

Es de noche en Madrid. Ha bajado el sol y la calle es silenciosa. Es extraño que Madrid sea silenciosa. Las nubes siguen tapando el cielo, como si no hubiera nada que mirar. Y no hay nada. Las calles están desiertas y solo un autobús vacío recorre cada media hora la calle, como si fuera un recuerdo lejano de lo urbano. Hoy ver a una persona sacudiendo una alfombra en el balcón es un acontecimiento. Igual que escuchar el ladrido de un perro, el sonido de un avión, la sorpresa de ver las farolas encendidas. Todo está inmóvil y la ciudad es ahora una no-ciudad. La tormenta suena sin ruido de charcos en carretera. Se escucha limpia, unánime, como un acorde flamenco claro y directo.

Marta fuma en su ventana, sentada en una silla plegable, fingiendo la idea de balcón. No lo sabe, pero abrió el cristal justo en el mismo momento en que cayó la quincuagésima gota de lluvia sobre el lomo del perro de su vecina. Los azares suelen cebarse con ella. Es la que siempre se tropieza con el bordillo de la acera, a la que se le rompe la bolsa donde lleva los huevos y a la que le cae la gotera por el cuello del jersey. Pero desde hace dos semanas, la ciudad siempre oculta bajo un manto de acasos inoportunos e impredecibles, quedó completamente al descubierto. Por eso, se ha marchado a un lugar donde, de nuevo, nadie puede verla.

De hecho, las casualidades que siempre han molestado a Marta la han perseguido hasta ese lugar: su casa. Hoy se golpea con la esquina de la mesa de su salón, se le engancha la camiseta en el marco de la puerta de su habitación y ya ha tirado con el codo la mitad de los vasos que tenía. Es raro no poder escapar. El 54.8 por ciento de la población escudriña todas las mañanas el espejo buscando una nueva arruga naciendo del extremo de su ojo y, entonces, sutilmente, se da cuenta de que nadie les va a mirar. No hoy, no aquí, en una casa cerrada a cal y canto con candados de miedos invisibles.

Del mismo modo que la ciudad se ha escondido de los ojos de la gente, la vida se ha resguardado debajo de las mantas. Y es que el miedo atraviesa ahora los cuellos por completo porque solo tú te estás mirando a ti mismo. Todo pensamiento, toda recopilación de recuerdos, todo maldito repaso de errores cometidos es como el reflejo que se encuentra de pronto en el cristal del metro cuando vas a trabajar. Ahora, ese trayecto de veinte o cincuenta minutos, dura los 1.440 minutos del día. La forma de transitar por el mundo se ha trasladado hacia el adentro, porque el afuera está abandonado, vacío, callado. No hay nada que mirar, pero se mira, no hay nada que hacer, pero se hace, no hay nada que soñar, pero se sueña. Mientras, la tormenta comienza a emparar las aceras del adentro.



Una ciudad sin luna

Lara Blanco Dios

¡Qué es aquello
que se agita entre las nubes
en el solpor del día
que da comienzo a la noche!

Eres luz
que habita en la penumbra,
el adorado dios
de las *escrituras*.

Y si te vas,
es la ciudad sin alegría,
una gota en la inmensidad.
Qué profundo dolor de quien ansía
matices ante la oscuridad.

Pintas las calles de la metrópoli,
las plazas donde tomaba el café,
los edificios vacíos y
las estériles farolas.
¡Cuánto llanto necesitarías
para volver a brillar!

Faro incandescente
que vuelas sobre mi mente
¿dónde, leña sin llama,
figura sin sombra, pez sin agua,
y animal sin mama
remiso, al tortuoso final
de estas frías noches
te extingues, te rindes y abandonas?

*(Suena una letanía de fondo conocida.
Podría ser el Amor Brujo
de Manuel de Falla.*

*Sus guitarras sumergen al silencio
de la yerma ciudad desdibujada
en un laberinto de agitación acompasada.
Se acerca el desenlace,
que tiemble la sala)*

Ellas

Francesca María del Castillo

Aquí estoy sentada en mi sofá, donde he permanecido sentada ya dos semanas. A diecinueve pasos de mi cama, veintisiete pasos de la cocina, y diez pasos del baño. Mi casa no es muy grande, tiene el espacio suficiente para que coexistamos mi madre y yo, pero no el suficiente para que respiremos.

Cada mañana me levanto, desayuno, abro el ordenador y entro en el correo electrónico. Hoy observo que me han llegado cinco mensajes nuevos, cada uno mandándome tareas que debo realizar en 48 horas. ¿Acaso no se dan cuenta que no quiero vivir así? Levanto el celular y ahí están, 239 mensajes nuevos de WhatsApp, más de la mitad son mensajes irrelevantes. Cierro todo.

Un alivio me inundaba, estaba sola pero agradecida. No podía soportar la presión de estar acompañada por mensajes y obligaciones sociales. Quería romper esta rutina preestablecida e impuesta en mi organismo. Suspiro del nudo apretado en mi pecho y noto lágrimas aflorando en mis ojos.

Me tumbo en el sofá, cierro los ojos y noto como las ataduras se van soltando en mi mente.

Abrí los ojos, pero no vi nada ya que la luz era demasiado brillante. Cuando pude ver detenidamente donde me ubicaba pude comprobar que estaba sobre una montaña y que no estaba sola. –¿Por qué intentabas escapar? –me preguntó la mujer que me acompañaba. No entendía de qué me estaba hablando. Ella, al ver mi confusión, señaló el horizonte. Entonces pude verlo, las inconfundibles cuatro torres de Madrid ahí a lo lejos. –No estaba escapando –le contesté. Me miró con sus ojos grises llenos de decepción –¿Te das cuenta de lo que estas sacrificando? ¿Lo que estas dejando atrás? ¡Estas dejando tu hogar! –me insistió.

–¿Mi hogar? Un hogar no te discrimina por quién eres. Un hogar se basa en el respeto y libertad, no en imponer el miedo y derrumbar a quien salga de sus esquemas. Un hogar te protege. –le reclamé.

–¡Oh, querida! No me refiero a Ellos, sino a Ellas. –me dijo mientras me tendía la mano. Dubitativa accedí a cogérsela y una nube espesa se empezó a formar delante de nosotras. Me percaté de que el sol se había sustituido por una luna creciente y el cielo tenía tonalidad rojiza. –Vamos –me animó, mientras comenzamos a caminar por encima de la nube.

Inmersas en esta neblina azulada esperé a que me explicara a quién se refería con “Ellas”, pero no hizo falta. A nuestro alrededor se formaron figuras, rostros conocidos. –¡Ellas! –exclamé llena de nostalgia y corrí a abrazarlas, pero a mi toque desaparecieron una a una. Exhausta y con el corazón encogido, me derrumbé en la suavidad de la nube. Ahí tumbada empecé a cuestionarme cómo había sido capaz de olvidarlas. Ellas, que han sido tan importantes en mi vida, que les debo ser quien soy. –No te culpes –me susurró mientras se acercaba y se tumbaba a mi lado. En esta sociedad te han enseñado a seguir la línea sin desviarte...

–Pero si yo salgo de todos los esquemas que la línea ha formado para mí, ¿cómo he podido caer en la trampa? –le cuestioné con la voz entrecortada.

–Que tengas la mente abierta no significa que tengas la mente libre, y menos de Ellos –me respondió. Tenía razón, seguía intoxicada por el sistema. Cuando te pregunté por qué huías no estaba señalando la ciudad, sino a nuestra nube. Esta sociedad que hemos creado con la esperanza de que algún día todos podrán alcanzarla y quererla como suya –dijo con una sonrisa. Las emociones que expresaba se volvieron tangibles en el aire, tanto que me contagié aquella felicidad y esperanza.

Los pasos sobre el pavimento de baldosas blancas resonaron de fondo, y una puerta se abrió. Ahí estaba mi madre, mirándome y preguntándome qué hacía en el suelo. Intentando recomponerme de mis emociones y volviendo a la realidad, la abracé.



Fotografía: Begoña Robledo

De mapas y distorsiones

M^a Alejandra Díaz Teodori

La anciana conocía aquella ciudad mejor que las arrugas que surcaban su piel. No era, a su parecer, un logro difícil. El primer paso es pasear y observar lo suficiente como para empezar a ver los edificios, los niños riendo o los gatos tomando el sol como un mismo tejido orgánico y hambriento. Lo siguiente es entender que aquella red palpitante y ruidosa es un ente espaciotemporal y, por tanto, teniendo en cuenta la relatividad general de Einstein, capaz de deformarse como si fuese un manto.

El paso final radica en encontrar cada curva, cada deformación. Ella las conoce todas. En su ciudad los fines de semana duraban menos que un suspiro, pero las sobremesas en una terraza podían abarcar una vida entera. Las bibliotecas, abarrotadas de estudiantes estresados, eran infinitas en espacio y tiempo, y la estación de tren parecía no existir en ninguno. Los bares, siempre llenos, eran más estrechos que un alfiler, mientras que los parques acaparaban la península entera.

Cierto escritor francés afirmó que la manera más cómoda de entender una ciudad es averiguar cómo se trabaja en ella, cómo se ama y cómo se muere. En su ciudad el trabajo ocupaba un siempre, la muerte estaba acotada a una pequeña caja y el amor no acababa de decidirse.

La anciana conocía muy bien aquel lugar. Al menos, hasta hace relativamente poco. Desde hacía un par de semanas la red había empezado a distorsionarse; una ansiedad asfixiante permeaba todo lugar y toda hora, los hogares se habían vuelto diminutos y eternos, los rayos de sol un evento fugaz y sagrado.

Un día que salió a hacer la compra las calles estaban tan vacías que solo se oía el cantar de los pájaros y los truenos más solitarios que había presenciado jamás. Mirando cómo el cielo gris se fundía ominosamente con el naranja del ocaso, pensó con aprensión que había perdido el mapa al corazón de su ciudad. Cuando llegó a su casa y encendió la televisión, entendió que todas las rutas de todos los sitios habían prendido fuego.

Los días y las noches empezaron a fundirse en un continuo de ambigua duración, y la soledad se convirtió en el habitante más importante de la urbe. La anciana regaba sus plantas, leía lo que su cansada vista le permitiese y miraba a través de la ventana, la única conexión con el tiempo que quedaba.

Cuando llegó al punto de no saber si era miércoles o domingo, se rebeló. No podía perder su cordura de tan triste manera. Con bolígrafo y cuaderno en mano, empezó de cero su mapa. Los días pasaron y la señora observó y experimentó y recorrió los confines de su casa. Descubrió que el olor a pan recién hecho puede ocupar un país entero, que una videollamada puede durar siglos y la música de los balcones podía durar incluso más si andas con dolor de cabeza.

Según apuntaba nuevos hallazgos en su cuaderno no podía evadir el susurro de una esquina de su mente que le decía que era un esfuerzo fútil, que en unos meses todo cambiaría de nuevo, y no necesariamente para volver a la normalidad. Pero cuando la anciana escuchaba alguna risa por su balcón, o veía ventanas con comida para los pájaros, pensó que valía la pena.



Ilustración: M^a Alejandra Díaz

Cuentos de una ciudad perdida

Sandra Moreno

Cuenta la leyenda que aquel parque tuvo, un día, niños en sus brazos, a los que acunaba en sus verdes praderas, y aupaba hasta el sol; que aquella heladería hacía las delicias de niños y no tan niños, en las cálidas noches de verano; que aquel banco en medio de la plaza, susurraba los secretos del barrio a todo el que quisiera escucharlos... Ahora el parque luce una delicada banda de plástico que invita a la reflexión acerca de sus fines, la heladería ha sido ocultada tras una gran pared de metal, y el banco..., sigue siendo un banco, pero los recuerdos y anécdotas han cedido su espacio a desvencijados listones de madera, que amenazan con venirse abajo si ya ningún alma caritativa está dispuesta a escuchar.

Historias... Todas pausadas en un punto y seguido con aspiraciones de punto y aparte. Paréntesis gigantes que demudan en nuevas odiseas, sin consideración hacia sus viejas compañeras y a las que pretenden sustituir. ¿Quién se acuerda de ellas? Parecen un simple sueño que jamás existió, más allá del incansable imaginario colectivo, que nos obliga a sacar la cabeza por la ventana de vez en cuando, cual torcecuellos, para otear el horizonte de nuestras vidas y buscar algún rostro humano que nos recuerde que la selva de cemento sigue latente.

Un ladrido rompe en jirones el tiempo detenido. Los relojes vuelven a hacer tic-tac, aunque apenas sea más real que un espejismo, en esa lucha en la que tiempo y espacio, esta vez, no juegan de la mano. En esta ciudad, las ventanas son los ojos del alma, los aplausos, las voces dormidas en el interior de cada uno; de esa nueva identidad llamada "casa". Los del 3ºB han montado la discoteca del barrio, mientras que los del 4ºA exhiben luces de Navidad en la ventana. En el edificio de enfrente, los del nº 5 no paran de increpar, mientras que los niños del bajo derecha corretean por la terraza, sin acordarse de su amigo de brazos verdes, que espera precintado su regreso.

Dos vecinas hablan de lado a lado de la calle; el patio de la urbanización se ha convertido en la red social de moda: la misma intimidad y mayor rapidez en la comunicación, sin los problemas ocasionados por las "viejas" tecnológicas. Paradójicamente, nuestra nueva arma es la voz, y nuestros nuevos amigos, los vecinos del 3ºB, esas personas con las que ahora, en esta nueva vida, tenemos tanto en "comuna".

Pero estas historias todavía están a tiempo de convertirse en leyendas, en cuentos de hadas en los que la gente olvidó por fin las prisas, el agobio, los horarios..., y tuvo tiempo de rebuscar en su interior, encontrando a la persona que de verdad querían ser, y todas esas aficiones y talentos, ocultos en la cueva del tesoro. Compongamos canciones que sean llevadas más allá de nuestros límites de ladrillo por juglares vecinales, pintemos cuentos con palabras coloridas y pinceles literarios, que sean recitados por los mejores trovadores en una ciudad nueva, (re)inventada, en la que se oigan palabras enlazadas de forma extraña que describan parajes insólitos, jamás atisbados por los mejores catalejos pirata de los siete mares. Rumores de una vida pasada y paralela que encuentra en las palabras una forma de eternidad y muerte, ya que, como todo el mundo sabe, toda buena historia es cierta y falsa a partes iguales. Rumores de una ciudad perdida...

El tiempo vuelve a perder la batalla tras un último y débil tic. Ni siquiera su hermano tac puede acompañarlo y darle energías. Todo se detiene de nuevo. La jungla de asfalto exhibe su decrepitud sin seres que le ayuden a tener sentido.

Solo los pájaros continúan trinando.



Sandra Moreno. *Cuéntame un cuento*

Etapas del conflicto

Sònia Bergnes de las Casas Estrada

El único ambiente en el que estábamos obligados a sentirnos cómodos era la temporalidad del día a día, sintiendo la presión por adaptarnos al cambio constante y no cesante ritmo de vida sembrado desde hacía años. De repente 3.000 millones de personas intentando aceptar las costumbres de su propia familia, protegiéndose de una ceguera que tampoco presentaba síntomas y sobreviviendo a un encuentro, obligado y evitado durante muchos años, con uno mismo.

A pesar de los avisos de los años anteriores, incluso desde hacía décadas, se nos advertía del inminente choque que acechaba, parecía no importarle a nadie y menos darle la importancia merecida. Con las diez mil y una tareas con las que ocupábamos nuestro día, ¿quién tenía tiempo para atender a las necesidades de quienes le sustentan?

Me gustaría decir que durante ese periodo de autoconocimiento, la mentalidad de la gente cambió, por fin quisimos convivir en lugar de arrasar con nuestro entorno y, a cambio, la naturaleza no envió más reprimendas ni castigos. Éramos la generación que haría posible el cambio y daría pie a la utopía, o eso creímos durante los primeros años.

Después de la calma volvió la sobresaturación, sin notar cambio alguno en la vida que acostumbraban a vivir antes del día cero. Pronto olvidaron lo sucedido. Todo se repitió a principios del segundo año cuando se descubrió la ineficacia de los antibióticos en los bovinos y los efectos secundarios en los humanos al consumir sus derivados. Aprendiendo de las ocasiones pasadas, las medidas aplicadas fueron más eficaces y las personas más concienciadas.

Sucesos similares aparecían anualmente y entendimos nuestra nueva realidad cuando se dijo la primera ironía insinuando el nacimiento de una nueva estación. Cada año era un pronóstico diferente: no seguía un patrón, ni daba previo aviso. Donde antes había caos, ahora había organización, manipulación y dependencia. No fueron pocas las empresas que empezaron a desarrollar la tecnología predicada por la industria cinematográfica desde hace décadas, acercando cada día más la lejanía entre las relaciones.

Ante la incertidumbre y la sobreinformación del origen de los castigos divinos, aparecieron los primeros grupos rebeldes quienes, durante la estación innombrable, decidían demostrar su inconformismo celebrando banquetes sexuales clandestinos en los túneles de los metros, una fantasía que, no me extrañaría, pudo originar una nueva ETS aún por descubrir, en este caso un aliciente no planeado por el nuevo verdugo de la sociedad.

Todos parecían seguir las normas, todos parecían acostumbrados a su nueva realidad, todos parecían dispuestos a dejar de controlar sus vidas durante un tiempo, si es que antes las controlaban.

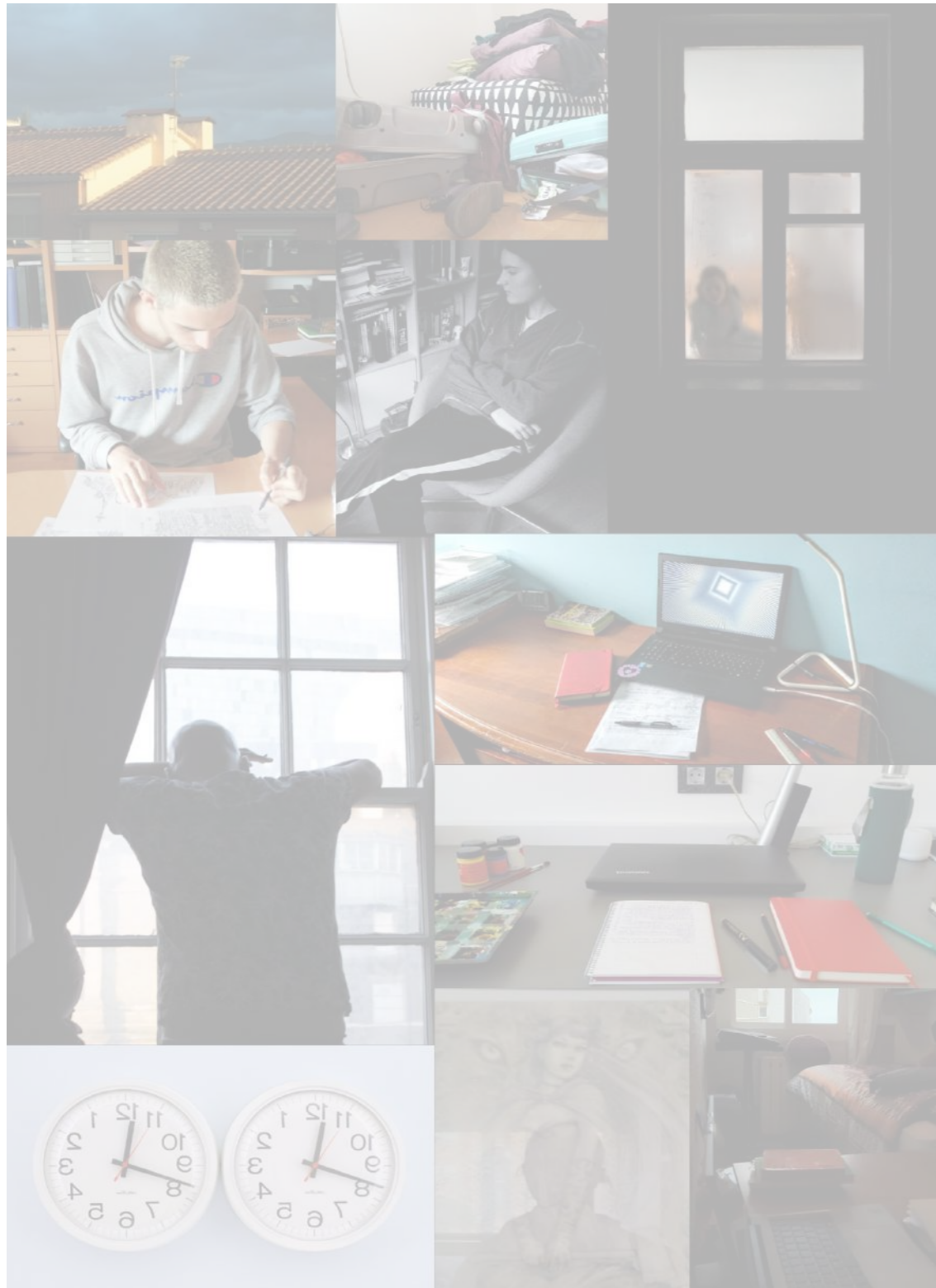


Sònia Bergnes. *Malditodrama*

[DESDE LOS PULMONES]

«Esto no es sólo un epigrama, porque, después de todo, a la vida se la observa mejor desde una sola ventana»

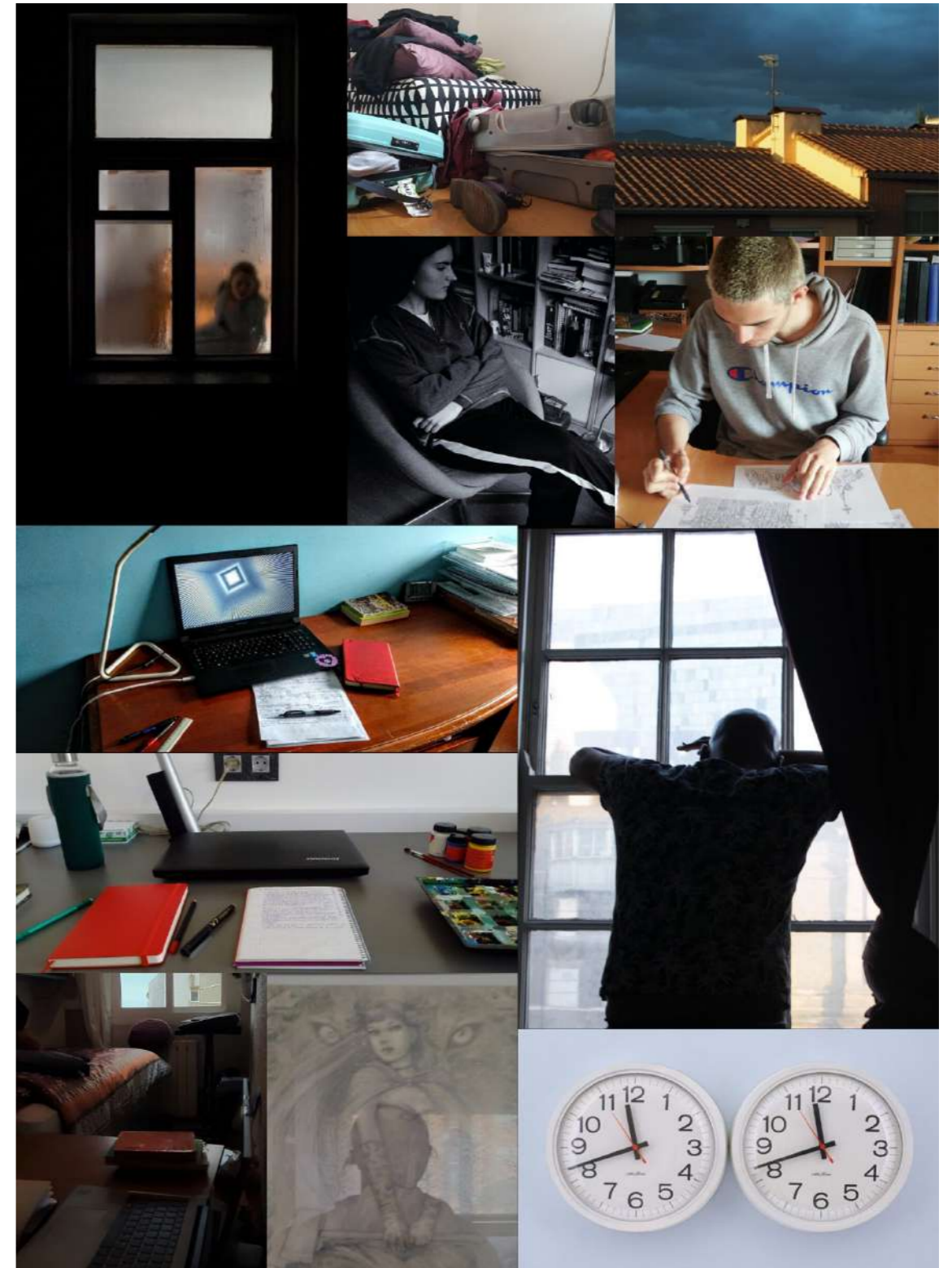
Francis Scott Fitzgerald, *El Gran Gatsby*



[DESDE LOS PULMONES]

«Esto no es sólo un epigrama, porque, después de todo, a la vida se la observa mejor desde una sola ventana»

Francis Scott Fitzgerald, *El Gran Gatsby*



Ciutat lenta, ciutat buida

Pau Martí Clotet

L'enyor de la ciutat, des de la distància, és tènue.
Un tènue gris, i no càlid, com de llum de dia núvol
que entra per la persiana mig abaixada;
un enyor de pedra i no de cor calent.

La ciutat rusc —ara més que mai,
cel·les i cel·les ordenades en una bresca
com les rodes dentades d'un engranatge
que grinyola reclamant oli— agafa el relleu
de la ciutat formiguer, i les formigues
ja no s'acumulen en una massa negra i brillant, tumultuosa,
en ebullició efervescent, al vagó-contenedor del metro.
Tan sols gosen creuar amb basarda, solitàries,
les grans avingudes desertes.
Ciutat buida, ciutat buidada.

Els engranatges de la ciutat s'alenteixen
i els gemecs agonitzants que feien de banda sonora
al tragí incessant de la vida urbana
van morint a poc a poc, en un silenci rara volta trencat,
sonant només de tant en tant com campanades
d'alguna esglésiola embotida entre edificis;
gemecs solitaris de la ciutat hivernant.

Ciutat lenta, ciutat alentida, però ciutat, al capdavall.
Segueixen sense germinar les plantes entre les llambordes
i les roses segueixen allà, arrengrerades, immòbils, grises,
i cap trèvol no ha esquerdat encara l'asfalt
que ho recobreix tot com una pell malalta.

Ciutat buidada, ciutat alentida, però ciutat, al capdavall.

La Seu d'Urgell, 28-30 de març de 2020

Fotografia de fondo: Jorge Burón

Ciudad lenta, ciudad vacía

Pau Martí Clotet

La añoranza de la ciudad, desde la distancia, es tenue.
Un tenue gris, y no cálido, como de luz de día nublado
que entra por la persiana medio bajada;
una añoranza de piedra y no de corazón caliente.

La ciudad colmena —ahora más que nunca,
celdas y celdas ordenadas en un panal
como las ruedas dentadas de un engranaje
que chirría reclamando aceite— toma el relieve
de la ciudad hormiguero, y las hormigas
ya no se acumulan en una masa negra y brillante, tumultuosa,
en ebullición efervescente, en el vagón-contenedor del metro.
Tan solo osan cruzar con temor, solitarias,
las grandes avenidas desiertas.
Ciudad vacía, ciudad vaciada.

Los engranajes de la ciudad se ralentizan
y los gemidos agonizantes que hacían de banda sonora
al trajín incesante de la vida urbana
van muriendo poco a poco, en un silencio rara vez roto,
sonando solo de vez en cuando como campanadas
de alguna iglesia embutida entre edificios;
gemidos solitarios de la ciudad hibernando.

Ciudad lenta, ciudad ralentizada, pero ciudad, después de todo.
Siguen sin germinar las plantas entre los adoquines
y las rosas siguen ahí, alineadas, inmóviles, grises,
y ningún trébol ha agrietado aún el asfalto
que lo cubre todo como una piel enferma.

Ciudad vaciada, ciudad ralentizada, pero ciudad, después de todo.

La Seu d'Urgell, 28-30 de marzo de 2020

Traducción del autor

Deberías haberme dicho que no volveríamos a vernos

Una breve reflexión sobre la obra de Félix González-Torres

Almudena Anés

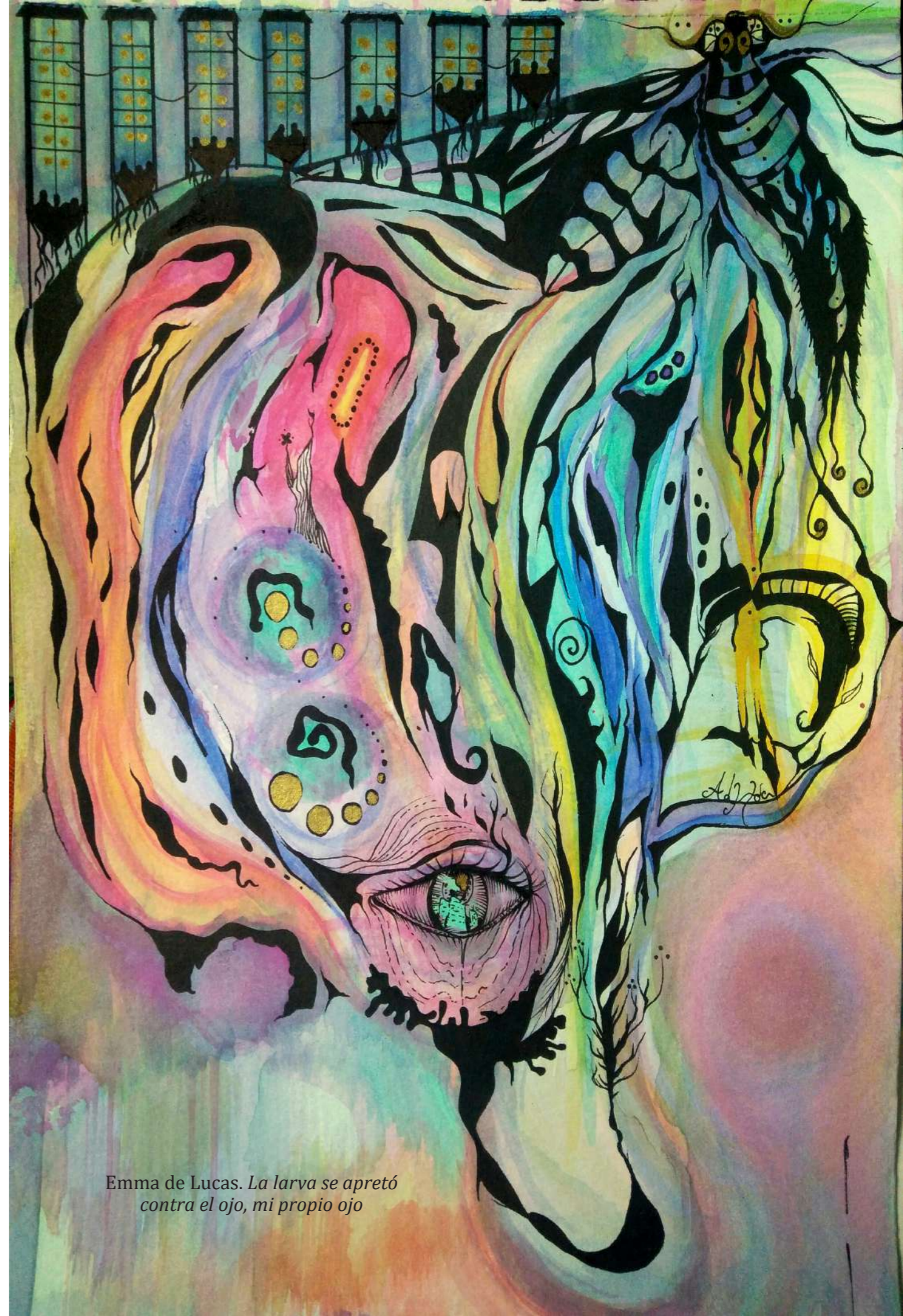
«-Ni creas que vas a meterte en mi cama.

-No me he salido nunca»

Ángeles Mastretta

S upongo que pensábamos que aquello llamado distancia no iba a durar mucho tiempo, que estar lejos no importaba. Prefiero no tener que esperarte nunca pero ya me he cansado de mirar el reloj. Tú marcas una hora mientras sigo otro mundo. Pensábamos que la forma sobre las sábanas se quedaría a esperarnos de nuevo. He dejado de creer porque nuestros tiempos se han descompensado. No sé dónde estás o por qué no me llamas si recuerdas mi nombre, el número de teléfono, mi sangre. Te has ido y esta cama se ha quedado fría porque creíamos que había suficiente espacio en los lugares cotidianos, aquella manera que tenías de abrazarme por la espalda en la ducha. Me pregunto por qué fuimos inocentes cuando la vida nunca nos enseñó a confiar. Te observo sombrío en los anuncios de publicidad de muebles de casas ajenas, en las calles en las que no vas a invadir mi piel de repente. Dicen que las pistas de hielo ahora son cementerios improvisados mientras dudo entre si llevarte flores o una manta. Pensábamos que éramos un mismo compás y el tiempo nos ha separado. Lo que nos unía ha hecho estragos.

Señalas una hora estática que ya no se mueve y apenas puedo mirarte. La ciudad me causa dolor porque está llena de ti y vacía de todos los demás. Me escondo en el hueco del colchón que he escarbado con las uñas, en la trinchera de plumas para el cuerpo de dos hombres: tu espectro y mi carne. Pensábamos que el tiempo no iba con nosotros y todas las promesas de amor que nos dijimos son aire limpio ahora. Tu silueta en el lecho es la manecilla que le falta al sol para dejar a oscuras el cuarto. Pronto se apagará la luz y liberarán las puertas y no podré verte más porque ellos habrán vuelto. Pero me quedaré en esta ventana mirando a los pájaros y a los carteles para preguntarles donde estás, si estás bien, si tú también pensabas que teníamos todo el tiempo del mundo.



Emma de Lucas. *La larva se apretó
contra el ojo, mi propio ojo*

La desaparición de la calle

Miguel Rodríguez Gómez

Estamos viviendo una situación anómala. La calle ha desaparecido, se ha suprimido completamente, pero sin embargo no debería ser algo que nos extrañase. ¿Acaso hemos habitado alguna vez la calle? ¿Hemos vivido en ella? Desde hace tiempo la calle, aquella parte de la ciudad aún no privatizada (¿no privatizada!? diría escandalizada una persona sin hogar), ha servido únicamente como lugar de tránsito. Lugar de desplazamiento incómodo entre un punto A y un punto B. Del hogar al trabajo, del trabajo al hogar. De una casa a un centro comercial, del centro comercial a un restaurante. Este lugar, además, ha sido sustituido en gran parte por autovías y redes de transporte.

En la era preindustrial, la vida social (para quien la tuviese) giraba en torno a la plaza principal y sus alrededores, cerca de un sitio de culto y, más importante, donde se situaba el mercado en que la mayoría de la población se abastecía. Tras la industrialización, la producción de excedentes convirtió la compra de abastecimiento en compra a secas, y el mercado principal fue sustituido por tiendas especializadas y disgregadas a medida que los burgos crecían. A su vez, el trabajo se situó principalmente en el extrarradio, en la fábrica.

El auge del mercantilismo, que alcanza su cénit en el tiempo presente, propició la parcelación de la vida social en pro de la esfera laboral. No es raro encontrar en las grandes ciudades barrios enteros de edificios sobrios acristalados cuyo uso es el de oficinas dedicadas al mismo sector económico, mientras en la periferia se sitúan barrios pobres, comunicados y poco salubres. El centro podría considerarse un espacio común, aunque dominado por la gentrificación y los centros comerciales, donde no existen lugares colectivizados no basados en el consumo. Difícil es encontrar a alguien que conozca la realidad social de toda su ciudad, pues está aislado en la esfera homogénea de su entorno más inmediato, es decir, su trabajo, y, si acaso, su barrio.

La supresión de la calle es una consecuencia lógica de la praxis mercantil: convertir todo lo existente en producto comerciable. El teletrabajo no sólo permite mantener la jornada laboral y las cuotas de producción, sino que irrumpe en la esfera privada de los trabajadores, mientras que el sector servicios la controla. El horario laboral se vuelve más laxo, pero la respuesta a tu jefe debe ser inmediata. Las *apps* de deportes convierten el trastero en un gimnasio, Netflix transforma el salón en un cine, con Deliveroo el comedor es un restaurante. Internet es el nexo con “el mundo”, el móvil es el *Aleph*, el punto que contiene todos los puntos del universo.

Las redes sociales muestran únicamente contenido de nuestra misma línea ideológica, confinando *nuestra verdad* en un reducido marco muy alejado de la compleja pluralidad social. Por otro lado, las *fake news* distorsionan hechos y la ingeniería social y el *marketing* generan falsas necesidades. Viviendo alejado de toda experiencia personal ajena a la propia, la realidad se disuelve.



Lucía Yubero, *La lógica de la ciudad confinada*

Lo agridulce del hecho

Carmen Gómez Villamayor

Nos tambaleamos en el trampolín de este nuestro circo hasta que nos caemos y cambiamos de atracción. Una donde nos aplaude un público distinto, donde otras voces abuchean nuestra función. Y entonces ahí te ves. Deshecha. Con las esperanzas echas harapos y una realidad cuanto menos desconcertante que sólo te permite actuar en un escenario. En uno vetado al resto, flaqueado por eslóganes que lo tildan de hogar. Sin embargo, lo que te alberga no es comodidad sino extrañeza. Una sensación de no saberse algo válido y comprendido por lo que es, sino por lo que hace. Y ahora tu margen de acción se ha visto limitado a un espacio muchas veces compartido con personas en las que no te reconoces. La gran ciudad a menudo te hace eso. Rodearte de gente que pese a darte el caluroso abrazo de la compañía, acaban desvaneciéndose entre el ruido y el metal. Hemos olvidado lo que es quedarse sin opciones y optar por la última bala del revólver: aprender a convivir con el uno interior.

¿Cómo era eso de respirar el mismo aire que uno ha cultivado? Pones a arder el incienso, prendes un par de velas y te ahogas en el último ambientador barato que queda en el supermercado. Lo dejas reposar para luego abrir las ventanas para dejarte envolver en la brisa que vocifera la primavera. Y te sientas y a sientes un poco de paz por primera vez en meses. ¿En qué momento nuestra vida nos ha privado de lo que nos hace sentir a gusto? A la tragedia habrá que sacarle al menos estas pequeñas, pero no menos curiosas revelaciones.

Sentada al borde de la cama, ojeaba una vieja edición de Baudelaire, dando vueltas a aquel poema “El pastel”. El poeta, quién se encuentra sumido en una sensación de alegría y paz profunda, saca del bolsillo una hogaza de pan. Un niño se le acerca y él le concede un pedazo. Al segundo otro crío aparece y se enzarzan en una batalla voraz por ver quién se queda con el pan. Tras varios aspavientos, el mendrugo queda convertido en migajas que se confunden con las piedras del suelo. Así el motivo de la disputa queda destruido, y con él el sentido de la pelea. “Qué visionario este tipo”, piensa. Hasta ella misma creía que esta calamidad no traspasaría las puertas de Occidente.

En un principio se escuchaba un leve tintineo apenas perceptible y desmerecedor de atención. Así resta importancia nuestra Europa a una problemática cuando no le roza. Telediarios que no informan cuando deben y que desinforman cuando no toca. Ahora se daba de bruces con una realidad cruda, porque esta vez sí nos toca, y a ella le tocaba barrer las consecuencias. Porque sí, nuestro personaje es barrendera. Piensa atravesando el desierto en el que se ha tornado su Madrid. Uno olvidado, lejos del bullicio del centro. Siempre ignorado por las autoridades responsables de su cuidado. Y ahora observa a sus gentes, mayoritariamente clase obrera (otra desterrada y olvidada), en sus casas. A través del ventanuco encima de la tienda de alimentación observa. Es la primera vez en semanas que coinciden todos en casa. Qué paradoja que haga falta un infortunio para que el crío tenga de público de sus travesuras a quiénes más se preocupan de su felicidad.

En las grandes metrópolis es característica una tendencia al recogimiento. A pesar de abundar las opciones y la supuesta libertad de elegir las, una siente las amarras más fuertes que nunca. Es un parásito que nubla la mente y aniquila el vitalismo propio de gente que siempre tira hacia delante. Y entre este lío de sensaciones contradictorias, el despido de un padre y una madre brinda ese centro de reunión que el alboroto se negaba a conceder. Y nos deja con una sensación amarga.



Fotografía: Miguel Rodríguez

Sin vistas al mar

María Atares

Siempre había necesitado ese refugio. La ventana. Su ventana. No llegaban los rayos de sol directamente, pero había luz. Tenía unas vistas privilegiadas: a dos jardines, una terraza, unos cuantos balcones y a un árbol cuyo tronco no sabía situar si iba andando.

El lugar perfecto desde donde ver, oír el día a día en su máximo esplendor. La gente corriendo, los ruidos que por monótonos habían dejado de ser extraños, las personas cargadas, arriba y abajo.

En un pueblo grande como ese o *ciudad-dormitorio* como le gustaba llamarlo, todo lo que se hacía era prácticamente sustancial. El ocio se limitaba a padres y madres en los bares cuyo oficio era la vigilancia de sus criaturas en el parque. No había paseos deleitosos; todos tenían su finalidad, ya fuese ir a comprar, recoger eso y lo otro o ir a esperar el tren. Podríamos decir que todas las ciudadanas tenían su vida repartida en distintos lugares pero que aquella ciudad o pueblo solo se usaba para comer y dormir. En realidad, no es nada malo si pensamos en el placer que puede llegar a provocar la comida o la almohada, y la persona de la almohada contigua.

Estaban los campos, los animales, el bosque, algún que otro pequeño núcleo antiguo, algún refugio de la Guerra Civil, y luego se llegaba a las carreteras, los semáforos, y las numerosas peluquerías que había. Y suerte de ellas, pues parecían ser el único nexo entre habitantes.

Se abrieron negocios curiosos o que, por lo menos, poca gente imaginaba su permanencia más allá de dos o tres meses. Entre ellos el taller de piercings y tatuajes, la tienda de patinetes y *scooters freestyle* y, por supuesto, la librería en la que en esa misma primavera de sabor amargo se cumplían trece años desde su inauguración.

No se trataba de un pueblo especial; tenía su biblioteca, el CAP y su gobierno corrupto cuyo funcionamiento era regular y aumentaba la eficacia meses antes de las elecciones municipales. Una de las últimas jugadas preelectorales consistió en la construcción de un parque con un lago artificial para los domingos. Ignorando el campo, el río y los parajes naturales que existían con indudable anterioridad.

Exceptuado algunos casos concretos las personas no se conocían entre ellas. Se identificaban, pero tenían que haber coincidido muchas veces y en numerosos sitios distintos para entablar conversación. Podríamos decir –sin tener la necesidad de vivirlo– que, en la panadería, mientras dos personas esperan en la cola para comprar, no intercambiarán ninguna palabra. Apenas la gente se saludará los sábados en el mercado. ¿Acaso conocía ella alguien que hubiera nacido y envejecido allí? ¿Que hubiera pasado toda su vida en ese lugar? No, para nada.

El pueblo tenía sus luces y sus sombras. Y mientras aquellos días las sombras relucían como nunca y el sol no se veía por ninguna parte, la gente del lugar trataba de aprender a vivir de otro modo, mientras *aquello* durara. Hubo vecinas que estrenaron sus terrazas después de veinte años viviendo allí, otras que se fueron pitando a su verdadero pueblo, unas que entablaron conversación por primera vez con el objetivo de conseguir un perro al que pasear. Hubo gente que adquirió, como si de un camaleón se tratara, el horario de juego de sus criaturas. Alguien que se podía permitir pensarlo, no pudo imaginar el día en el que se vería obligada a seguir una rutina, a ir al trabajo. También hubo gente que vio como sus paredes se movían hacia el centro de las habitaciones, limitando cada vez más el espacio central.

Desde la ventana se veían abrazos claramente prohibidos por las autoridades, rectángulos iluminados y montañas que, por fin, podían descansar. Contemplaba la ciudad-dormitorio desde su refugio en el que tenía la suerte de vivir. Sin monstruos, sin demasiados miedos, lejos de los ruidos. Y sin vistas al mar.

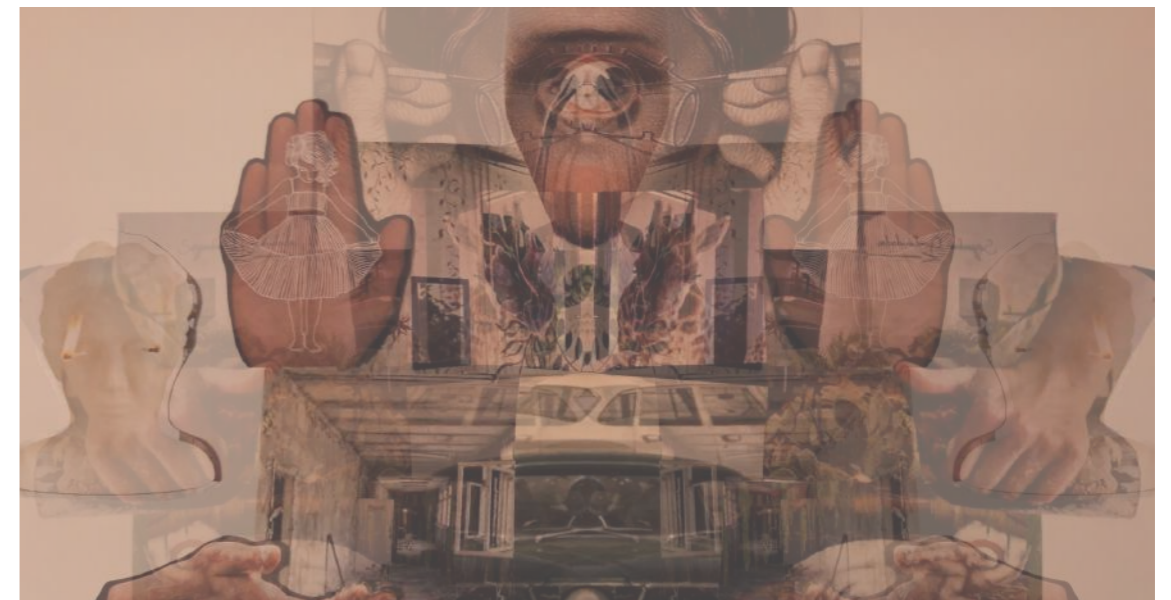


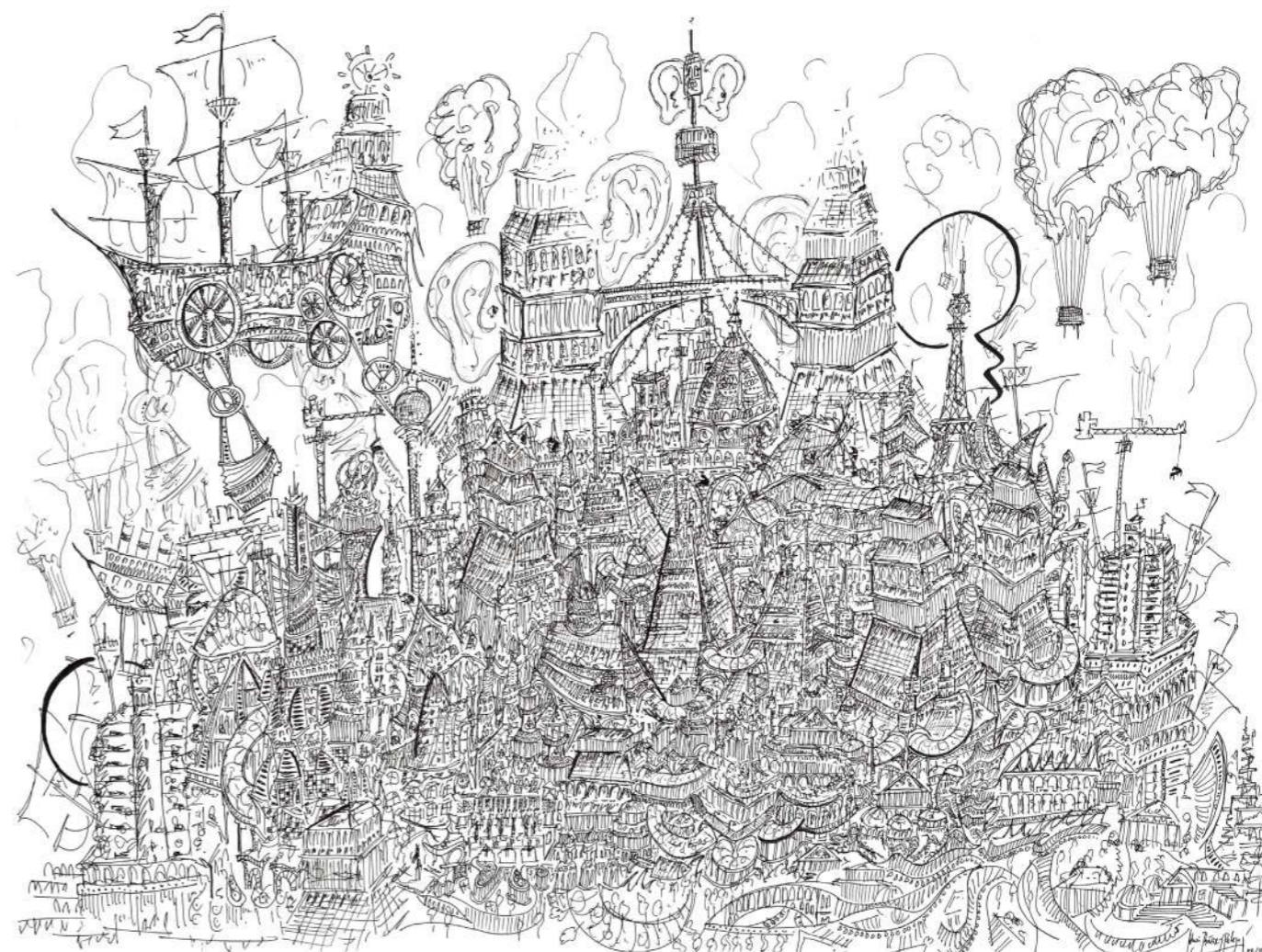
Ilustración: Ana Aparicio

Arde

Victoria Duque Utrera

Madrid está en llamas. Ay, Francisco, todo está en llamas. Madrid arde. El parque donde llevábamos a la niña, ¿recuerdas? El mercado donde pasábamos la mañana los lunes, ¿recuerdas? El instituto donde nos conocimos, y la Iglesia donde nos casamos, ¿lo recuerdas como yo lo recuerdo? Guardémoslo, Francisco, guardémoslo así, porque también los recuerdos se están quemando. La ciudad en movimiento está parada por el horror. ¿Y yo? Yo jamás pensé en morir quemada. ¡Quemada! Parece una pesadilla del pasado... un cuento antiguo. Y aun así... (tos) desde hace días que lo siento. Empezó llenándose todo de humo, al principio fingía que no lo veía. Pero ya es inevitable hacer como que no lo noto en mi propia carne. Las llamas han atravesado las puertas del edificio, y de nuestra casa. Han atravesado el pasillo, y el salón. Y mientras los cimientos tiemblan por mantenerse en pie, las llamas me han cogido el pie y me han tirado al suelo (tos). No creas, Francisco, que no he intentado resistirme, no. Lo he intentado con mis movimientos lentos, mi cadera rota, mis ojos ciegos. Pero las viejas como yo, ardemos más rápido (tos). ¿En qué momento envejecimos, Francisco? (tos). Bueno, tú no, claro. Tú nunca llegaste a saber lo que es. Te perdiste tantas cosas. Y sin embargo a veces pienso que fuiste el más listo de los dos. Al final, la que sufrió tu pérdida fui yo (tos). La que tuvo que sacar esta familia adelante fui yo (tos) ¿Quién lo diría? ¿Me estarías preparando para el futuro, canalla? (tos, tos). Están desgarrándome la piel, cada vez suben más rápido. Debe de oler a chamusquina, aunque el humo lo camufla todo. No es un buen momento, no. No le he podido decir a Paloma que lo siento. (tos). Por minucias nos enfadamos siempre Francisco, ya sabes. Ojalá hubiera salido a ti, porque eso de que tenga mi carácter es inaguantable (tos). Tampoco me he despedido de los niños. Aunque algo me asusta más. No recuerdo sus ojos. Unos ojos siempre pegados a la máquina... A veces creo que nunca me han visto de verdad (tos). En qué mundo nos ha tocado vivir... ¿Me recordarán? ¿O seré solo un recuerdo difuso, una voz que enfadaba a su madre? (tos). Han llegado a los pulmones y al corazón. Me arde todo, y aun así siento mucho frío (tos, tos). Este es el fin ¿no? Quiero ver mi hogar, una última vez. Mi hogar contigo, no ese mundo extraño

conquistado por el fuego. Cierra los ojos y dame la mano. Sí... lo veo... (tos). El día que nos mudamos a esta casa... Yo estaba muy nerviosa. De pronto, todos los caminos que se abrían parecían brillantes (tos). Nos acabábamos de casar. ¿Te acuerdas que discutimos porque yo quería poner un Cristo en todas las habitaciones y no me dejabas? (tos). Ahora pienso, ¿nos hubiera ayudado más Dios si yo hubiera ganado la discusión? En estos momentos donde la fe debería reforzarse, ya no sé qué creer. Mi único consuelo, es morir aquí, Francisco, en el corazón de nuestros recuerdos (tos). Morir aquí, donde estamos más vivos (tos, tos). Los escalofríos me llegan a la cabeza. Me... asfixio... Lllaman a la puerta, ¡la puerta! Que la tiren, que la tiren. Yo ya no...(tos, tos, tos).



Adrià Ibáñez. *Mientras no hagáis ruido*

Tus hijos te saludan

Maria Botam i Cortina

Olvidamos –demasiadas veces– que somos agua. Que el aire nos mantiene en vida, que el fuego nos forjó y la tierra nos parió. ¿Por qué tendría que ser diferente? Nos sanamos de forma natural, y si no, morimos igual. ¿Es justo sobrevivir por encima de nuestras posibilidades? ¿Eso nos dignifica?

Humanos, todos locos. Para qué querrás dos siglos de supervivencia si no sabes vivir veinticuatro horas. Debería bastar con vivir, olvidarnos de sobrevivir eternamente y volver al campo de batalla. En este juego jugamos con trampas, nos dopamos y creemos inmortalizar el cuerpo pero solo nos rompemos como especie y alteramos, con ello, la armonía de nuestra casa. No son estrategias legítimas, hay que despojarse de los vicios que repetimos asustados para diferenciarnos de los otros inmundos habitantes de nuestro planeta.

La conciencia debería bastarnos. Ésta pequeña-gran diferencia que se nos otorgó solo a nosotros, seguramente porque mamá se olía el peligro. ¿No os habéis preguntado nunca porqué somos los únicos con este recurso? ¡Qué maravillosa sería ésta si no se prostituyese ni se corrompiese! Pero hay que volver a dignificar la especie humana. Dejar pasar tanta chorrada, inútil y artificial. Aprender a vivir sin el ansia de sobrevivir. ¿No os preguntáis si alguna vez ha sido así? ¿Nos hemos perdido en el camino? Habrá que retomarlo.

Fuimos fuertes, antes que nos metieran tubos por todas partes y nos llenáramos la boca de pastillas. Antes que nos tomáramos vitaminas para no resfriarnos, antes que nos vacunásemos para todo, antes que nos blanqueáramos los dientes. ¿Qué debemos esperar de la naturaleza sabia cuando le damos consejos? Pues que te escupa en la cara. Ella nos lo proporcionó todo y, en el momento de firmar el contrato para poder llegar a ocupar este fantástico planeta, le pusimos un anexo y unos cuantos asteriscos.

-Discúlpeme, vieja y chocha señora, pero como entenderá no voy a fiarme. En algún momento tendremos que tomar el rumbo de nuestra especie y puede que no nos convenga su compañía. Te querré para bañarme en tus mares y calentarme en tu reposo, pero voy a esclavizar los otros seres de éste mundo cuando tenga hambre o simplemente me aburra, voy a construir mi chalé por donde quieran tus torrentes pasar y voy a cortar los árboles para poner unas ciudades muertas. Y, sobretodo, no me digas lo que no puedo hacer.

Los años pasados tenían la función de enseñarnos, nuestros antepasados pisaron la mierda para no tenerlo que hacer nosotros. Debimos aprender de ellos pero ahora está de moda tener memoria a corto plazo. ¿Por qué ya no miramos a nuestro alrededor cómo funcionan las cosas antes de querer imponer la nuestra? Antes, los recolectores que se morían por comer una vaina envenenada servía de ejemplo para que el siguiente no lo hiciera. Ahora, nos creemos no sé qué y miramos hacia otro lado.

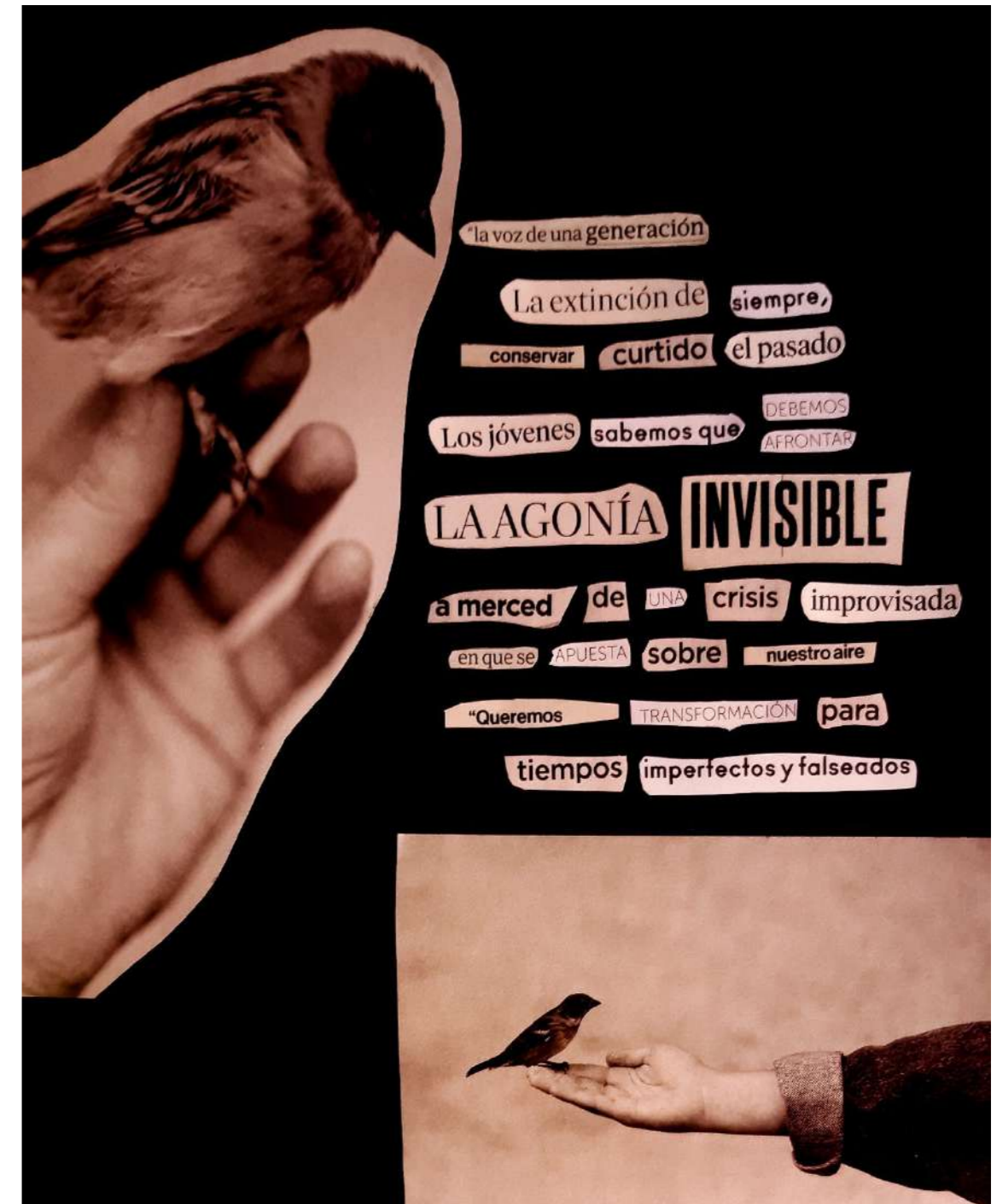


Ilustración: Ana Aparicio

Nuestra ciudad invisible

Virginia Medina

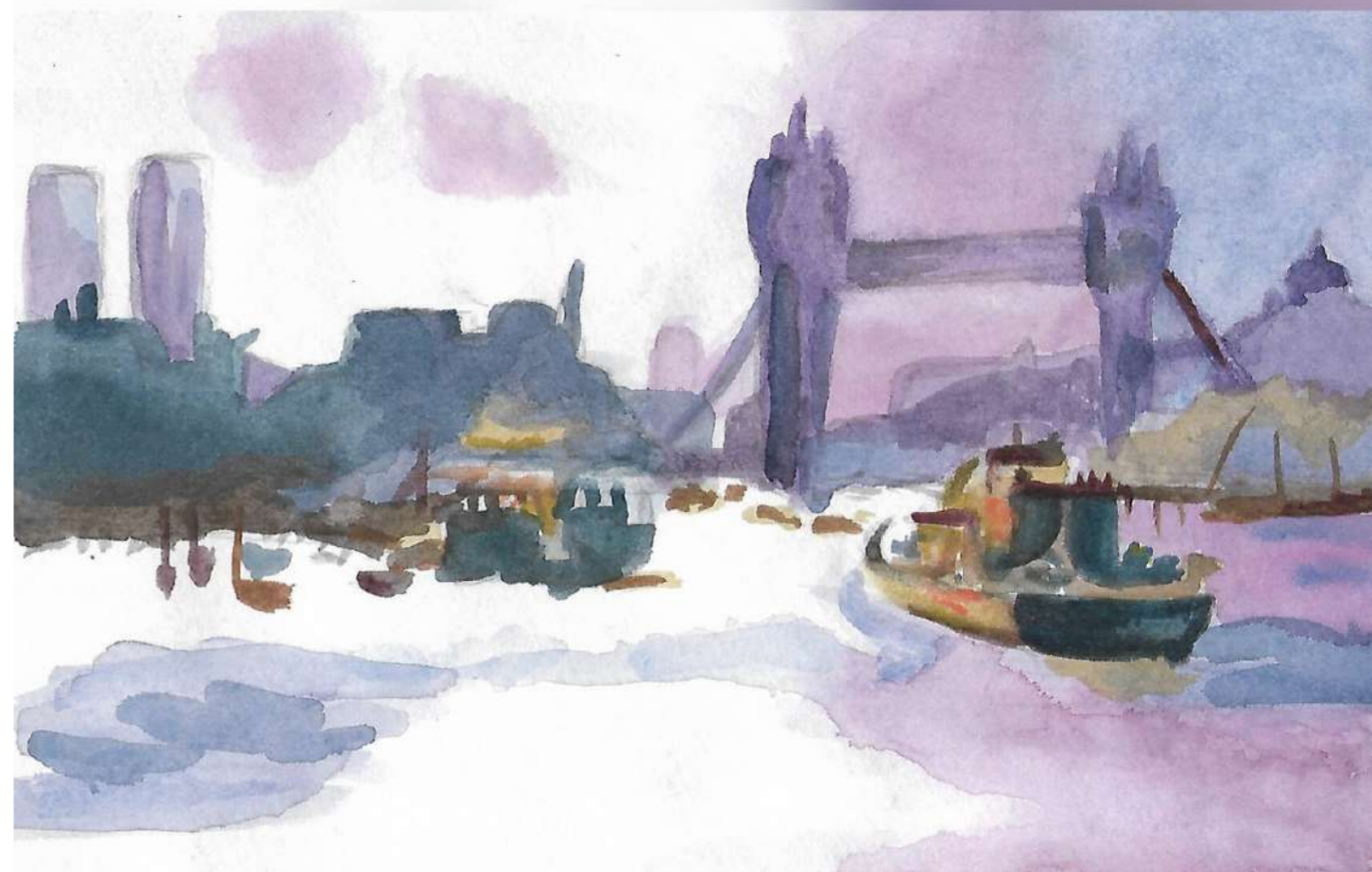
«También las ciudades creen que son obra de la mente o del azar, pero no bastan para mantener en pie sus muros. De una ciudad no disfrutas las siete o las setenta y siete maravillas, sino la respuesta que da a una pregunta tuya»

Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*

Como las ciudades invisibles de Italo Calvino, nos preguntamos si acaso la ciudad en que solíamos vivir existe. Ahora parece que juguemos el papel del Kan en el libro, dueños de un imperio que tan pronto creemos conocer cómo se nos escapa. Fuimos Marco Polo, viajero incansable, y ahora recorremos nuestro interior queriendo encontrar el pasado que se escapa como arena entre los dedos; deseando un futuro ya marchito (en palabras de Calvino, “Los futuros no realizados son sólo ramas del pasado: ramas secas”).

Desde la memoria intentamos recorrer las calles amadas, y desde el deseo reconstruir los mejores momentos. Pero aun poblando las aceras desiertas de momentos vividos no podemos negar el vacío que ahora envuelve a la ciudad, invitando a la invención. En el silencio y desde la ventana cada persona ha construido una ciudad propia que a su vez nada tiene que ver con la que encontramos al otro lado del cristal.

¿Quedará algo de nuestra ciudad cuando salgamos o se habrá construido o derruido ella sola? Dice Marco Polo en *Las ciudades invisibles* que “la mentira no está en las palabras, está en las cosas”. Luego nuestra percepción es válida, es la propia ciudad quien nos engaña.



Lucía Yubero. *Londres*

Ninguna conversación se completa

Lucía Yubero Fernández

Su presencia bajo mi ventana me resultaba molesta. ¿Cómo se atrevía a pisar la acera, manoseándola de nuevo, trabajándola en exceso, en uno de los pocos momentos en que había recobrado su frescura original? Por suerte, pronto giró la esquina y el barrio volvió a ser una sensación confusa y viva, una masa de color en una pintura no toqueteada. Casi olía a óleo. ¡Dame algo tuyo! Ven hacia mí porque yo no puedo ir hacia ti. Y, sin embargo, te burlas de mí, lo sé. Eres irritante. ¿Eso es todo lo que me vas a mostrar? ¿Esos pájaros que construyen su nido, tu indiferencia en resumen? Continúa riéndote de mí mientras yo lo hago de ti. Acabo de descubrir que eres una loser. Sí, el tiempo, tu envoltura perenne ya no te ajusta bien, y no puedes librarte de ella. Eres como una niña estúpida con un vestido demasiado grande. Y, de repente, al bajar la mirada encontré unos ojos y una cara infantil que hacían una mueca. “Hola”. Definitivamente esta ciudad es absurda. “¿Quieres una naranja?” ¿Me está acusando? No solo ella, sino también el vaso de café vacío, la cortina rota por el sol... ¿Me están acusando? Pero el mundo me daba lástima y, por una vez, decidí ser amable. “No, gracias”. “Era la naranja de Marcos. Marcos está muerto” ¿Pero qué está diciendo? No puede estar ahí. ¿Por qué no se marcha? “En realidad no lo sé con seguridad porque no vi la sangre” Esbocé una sonrisa de desprecio y estuve a punto de estallar en una carcajada. ¿Acaso importaba? Su presencia había dejado de molestarme; de hecho, había comenzado a divertirme. Los labios le temblaron y sus dedos se retorcieron. “Eres odiosa”. Gracias. “No me gusta este barrio. Parece el fin del mundo”. En efecto, loser, has perdido incluso tu lenguaje, el rugido amortiguado de la M-40. Ya ni siquiera te escucho. Eres una bestia hermosa y muda, que va marchando hacia el porvenir, cargada de cuerpos temblorosos, y perdiendo, al igual que ellos, cada día que pasa un poco de tu visión. Eres caprichosa, como todo lo bello, y una vez más tu orgullo me hace sentirme avergonzada del daño que te he hecho. Entendí que lo que quería era no terminar la conversación. “¿Te importaría marcharte? Tengo muchísimo que hacer”. “¿Por qué me mientes?” Entonces aprecié que había cambiado de opinión porque a aquella niña le pasaba algo raro y sentía la necesidad de averiguar que era. “Perdona,

estoy un poco cansada.” Otra mentira, un nuevo hallazgo poético. “Estoy muy sola”. Sí, y eso es tu culpa, loser, te acuso. Pierdes los cuerpos en tu interior y, es más, algunos son robados sin que tú te enteres. Destrozas el amor que los compuso. No les dejas aburrirse, solo odiarse y llorar. Tu belleza simple se ha convertido en un horror colapsado. Me das asco y te compadezco. ¿O es a mí misma a quien compadezco? ¿Fue mi infancia aburrida corriendo por tus calles? ¿Y la tuya? ¿O son la misma? ¿Acaso la recuerdas o han robado tus memorias? ¿Y si las hubieran intercambiado por las de otro lugar? “¿Quieres que te enseñe algo?” No me dio tiempo a responder; sus manos ya se extendían por delante de su cuerpecito formando un pequeño cuenco que contenía una golondrina muerta. Otra vez los malditos pájaros. Oh, loser, ahora sé que te burlas de mí. Soy una pensadora enferma. Siento que no respiro bien y tengo tos. ¿Qué me ocurre? Tomé una profunda bocanada de aire y la miré otra vez. Sus ojos eran los tuyos, con un brillo absolutamente cargado de animalidad, de amor, de misericordia, gracias por perdonarme, por perdonarnos. Loser, yo soy como tú, y tú eres aquella pintada en una pared sucia que decía “Hombre no es sinónimo de ser humano”.

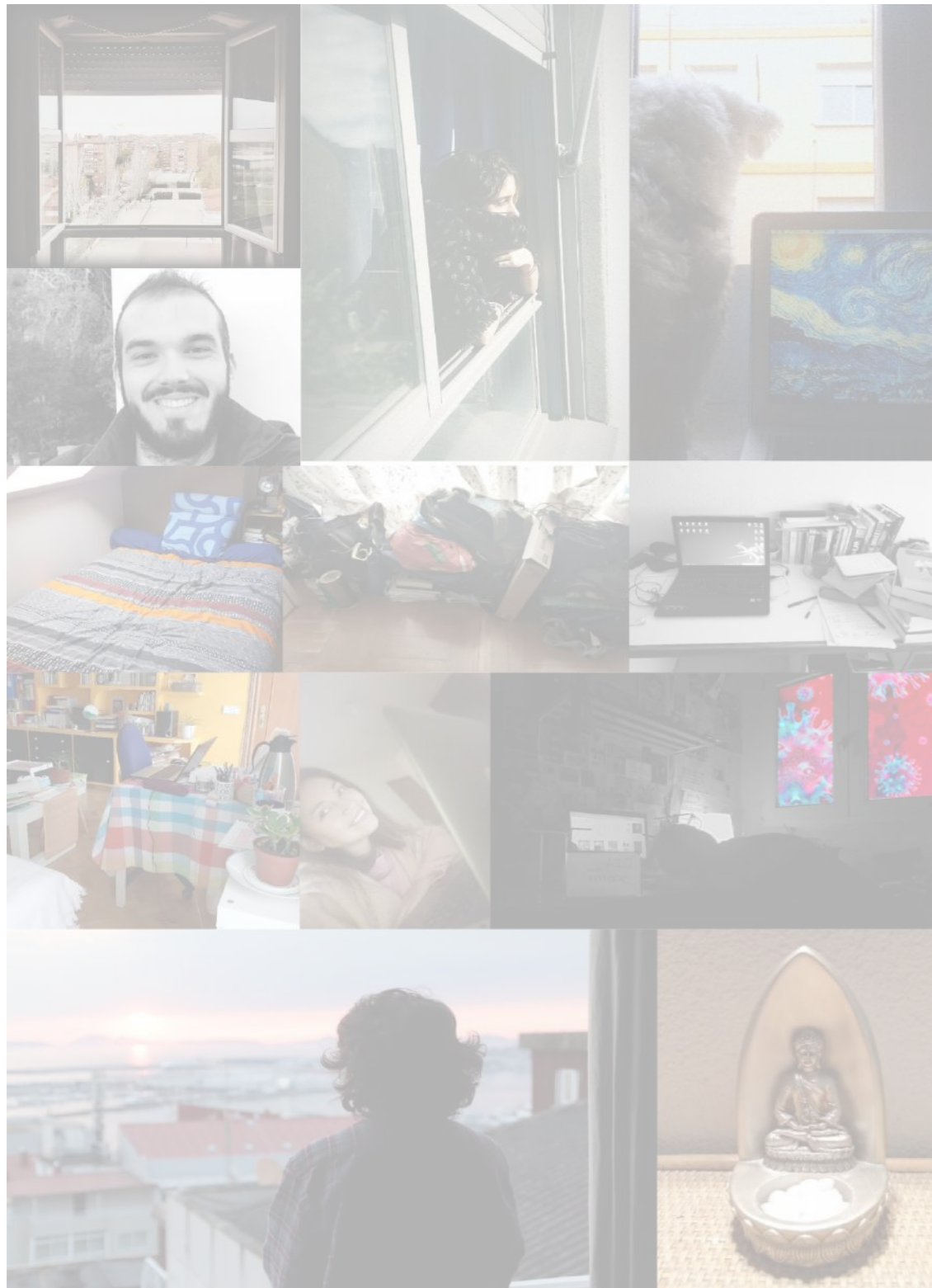


Lucía Yubero. *Vida cotidiana*

[DESDE EL ESTÓMAGO]

«No puede ser que deba morir. Eso sería demasiado horroroso»

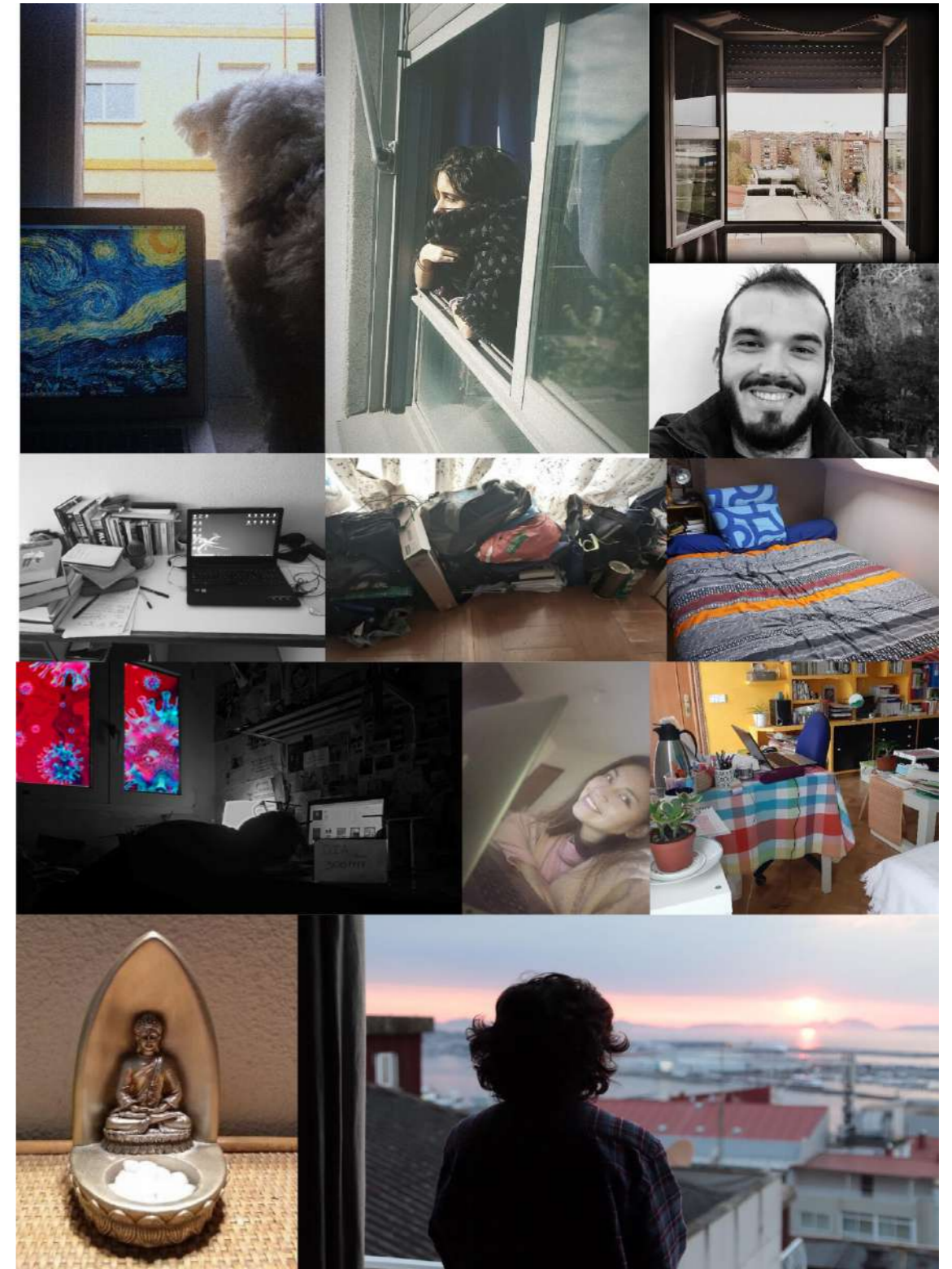
Lev Tolstoi, *La muerte de Iván Ilich*



[DESDE EL ESTÓMAGO]

«No puede ser que deba morir. Eso sería demasiado horroroso»

Lev Tolstoi, *La muerte de Iván Ilich*



Fue en un pueblo con mar

Teresa López Franco

«I love old things, they make me feel sad»
Dr. Who

Te sientas en el muelle con los pies colgando sobre el agua y recuerdas todas esas aldeas sumergidas en un pantano inaugurado. Atlántidas fundadas por causas de fuerza mayor, donde un nuevo género de cielo azul cubre las calles en las que peces aprenden a andar. ¿Un pueblo fantasma, un nuevo ecosistema? Sueñas con lucir tu escafandra, y en un alarde de excepcional espíritu aventurero, sumergirte tú también. ¿Ves allí, al fondo, las tejas aún sujetas a los tejados, las ventanas rotas? Por primera vez en décadas alguien llama a la puerta. La abres y te encuentras (¿cómo si no iba a ser?) con una habitación vacía salvo por las algas verdes que en las paredes han tomado el lugar del verde moho.

Llegarías incluso a afirmar que el tiempo ha abandonado por completo este lugar si no pudieses ver los rayos de sol reluciendo a través del agua, si no escuchases el ruido de tu respiración y esas burbujas de aire que escapan tu traje. Y una tristura agridulce te inunda: reconoces, en los rincones de estas calles que transitas, un perfecto pretérito perfecto, una vida que ya no es.

¿Qué es una ciudad sin gente? Algo estático, sellado; algo ya cumplido. *Haber sido es una forma de ser, y quizá la más segura.* Pues sumergir una ciudad es ponerle punto final. Es convertirla en un tarro de tiempo en el que conservar en formol las historias que albergó. ¿O no es la ciudad, acaso, un escenario de la vida, un decorado de esa función universal en la que cada habitante juega su papel? Cuando se abre el grifo, cae el telón. Solo quedan, tras el velo azulado de este nuevo mar, el esqueleto de un decorado olvidado, que nuevos seres conquistarán. Y quizás así la función continúa, con una nueva forma de vida ajena: la quietud.



Fotografía: Pablo Martínez Valera

La nueva ciudad impuesta y sus diferentes caras

M^a Luisa Infantas Torres

Cruzar el Atlántico para vivir nuevas experiencias y toparme con el miedo de toda la humanidad, ¡es increíble! Y es que, ¿tanto miedo le tenemos a la muerte? ¿Será que somos tan débiles y no invencibles como nos habían hecho creer? ¿Será que muchos sueños se están derrumbando? ¿Quizá algunas familias se separaron y como apunta el juego todo se quedó en stock? ¿Quizá mucho esfuerzo se fue a la nada? ¿Quizá nos extrañamos? Extrañamos cómo era todo antes a pesar de que en nuestra conciencia se sabía que los tiempos de gloria iban a acabar, no era posible vivir tan apurados, vivir de los placeres malos, vivir cansados, vivir haciendo guerras, creo que la vida nos está permitiendo vivir de otra manera, solo debemos de encontrar la lección.

Dentro de mis ventanas vivo en el mundo que he creado dejando por un momento las calles de la ciudad, con un poco de frío y muchas letras que husmear. Es hora de coger los libros que se dejaron, es hora de leer de nuevo lo escrito en las clases, es momento de experimentar todo de nuevo y si se quiere y puede, repetir todo otra vez. Cuántas conclusiones nuevas, cuántos vacíos nuevos, cuánta verdad nueva. La vida se ha paralizado un ratito para tomarnos un respiro en sentido amplio y no solo nosotros, el hábitat del mundo entero, nosotros descansamos y el mundo descansa también de nosotros. El aire seguro es más limpio, los cielos se encuentran vacíos de rumbos de los aviones, la pausa de algunos comerciales, la televisión informando el minuto a minuto, como si de un evento importante se tratara, y es que sí lo es, solo que es un evento nunca antes vivido por nosotros, un evento de la incertidumbre, donde el miedo y la esperanza se encuentran mezcladas, un evento en el que muchos dicen que durará más tiempo del que se piensa.

Las calles de las ciudades están vacías y ahora solo se encuentra disponible lo esencial para vivir; el repentino cambio de la moda, de la tecnología, del tiempo, ¡ha parado! Hoy vemos que el día antepone sobre nosotros más tiempo y lo mismo pasa con la noche, se siente bien estar bien, se siente bien saber que los tuyos están bien, pero se siente mal que otros no pueden estar haciendo el mismo análisis que pongo en este escrito.

La parte más triste de la sociedad, aquellos que no tienen los medios para estar calientes en un lugar seguro o para alimentarse. Recordad que las calles no están tan vacías, que, digamos, hay quienes han hecho de la calle su hogar, recordar que en medio oriente hay ciudades donde las bombas estallan ahora y no hay tregua. Recordar a la gente de las diferentes ciudades más pobres del África. ¿Qué se espera para ellos? Si tan solo pensarlos ayudara en algo, si tan solo supieran que tenemos el mismo miedo y que nuestros cuerpos tiemblan al ponernos en esas circunstancias. Llegará el día en el que ellos descansen de tanta maldad, de tanta desigualdad, llegará el día en el que no lloren, llegará el día en el que no tengan miedo. Su paso por esta tierra no fue bien recibido, será el destino, serán las circunstancias, ¿qué será?

Ante todo pronóstico, me mantengo firme en mis sueños. Considero que cada uno de nosotros tiene una misión en la tierra: mientras otros ya la viven, yo estoy en proceso, solo sé que el mundo al que me enfrentaré después de esto será otro, quizá uno más humano, uno que nos calme y no nos obligue a correr y vivir apurados.

Es primavera y se siente frío, es primavera y llueve más que en invierno. ¿Será solo mi percepción? Explorar el cambio de clima en Madrid es también una misión, pues aquí el frío es verdaderamente frío y eso es lo que me ha tocado experimentar hasta el momento, pasarán los días y veré y sentiré otros climas. El día gris ayuda a concentrarse más, así lo considero. La noche es también una amiga, muchas veces el día gris y la noche ayudan a sacar las mejores conclusiones de la vida, pensar, imaginar y darte cuenta de lo afortunados o desdichados que somos, es importante analizarse para saber si se está haciendo mal. La vida es muy compleja, no importa si se tiene todo.

En estos tiempos, se nos permite respirar más profundamente, escuchar a nuestro corazón, mirarnos más, querernos más, porque quizá mañana sea muy tarde. No es muy normal que la vida nos haya colocado en esta situación; algunas almas se están yendo, dejando corazones partidos. ¿Cómo es que de pronto cambió todo en este aspecto? ¿Cómo es que es la muerte está muy suelta y rondando afuera? Los más débiles, después de haber corrido tanto, debían de descansar, debían de disfrutar de los bellos momentos con la familia, pero ahora se nos están yendo otra vez cansados. ¿Qué se debe sentir? En mis circunstancias, alejada de lo que más conozco y de lo que más adoro, no me queda más que mirar la realidad que veo ante mis ojos, desearía tanto romper el stock en el que nos encontramos, desearía tanto poder abrazarlos de nuevo. ¿Quizá la vida me puso en el lugar correcto para vivir esta situación? ¿O quizá no?

Ilustración de fondo: Lucía Yubero

Locura o amor

Carmen Blázquez

Me fui quedando sin cosas por hacer. Los primeros días fue bien, creo que todavía no era consciente de la situación. Luego la realidad me cayó encima como un jarro de agua fría, y ahí estaba, día nueve, tirada boca abajo en la cama a nada de perder la cabeza.

Debería estar siendo productiva. Siempre quejándome de cómo no podía respirar y ahora que al fin estaba rodeada de aire puro me ahogaba en mi propia soledad. Me arrastré hasta la cocina para llenar mi vacío con comida. Espaguetis parecía una buena opción. Cuando estuvieron hechos me serví un buen plato y los empecé a cortar.

«*PERCHÉ FAI COSÌ? FERMATI!*»

–¿QUIÉN HA DICHO ESO? –grité.

Nadie, Patricia. Nadie había dicho nada porque estabas sola. Respiré hondo. Me estaba volviendo loca, ya escuchaba cosas, ¿en italiano? Seguí comiendo, no quise darle importancia, pero no corté más los espaguetis.

Intenté mantener la mente ocupada después de eso, pero por alguna razón en mi cabeza no paraban de sonar canciones en italiano. Me eran familiares, y tras un par de horas caí en que eran de aquel chico que fue a Eurovisión. Me gustaba, así que no me quejé de mi “radio cerebral”. Cuando acabé de cenar me tumbé en la cama en silencio, esperando escuchar algo de música, pero ahora solo se oía un murmullo suave. Era alguien tarareando algo, no sabía qué. «Suenan bien», pensé.

«*Chi ha detto questo?*»

Era la misma voz que tarareaba. Pero por qué me hablaba. Y más importante, por qué una voz de mi propio cerebro no sabía quién era. Definitivamente, me estaba volviendo loca. Me seguí el rollo a mí misma.

–Mi nombre es Patricia, ¿el tuyo? –dije en voz alta.

«*Julia*». La voz sonaba confusa. Ambas nos quedamos en silencio durante un rato.

«*Che cosa sei?*»

–¿Cómo? No soy una “cosa” –no entendía nada.

«*Non capisco nulla*».

–Yo tampoco, de verdad que yo tampoco.

Me levanté a por mi ordenador. Ni si quiera sabía qué buscar, sólo me saldría que se me ha ido la pinza. Pero quería intentar encontrar algo que me hiciese pensar que todo estaba bien, que había una explicación lógica. Tras horas buscando, y muchos autodiagnósticos de trastornos de los que jamás había oído hablar, encontré una página de dudosa credibilidad que decía que, a veces las almas gemelas podían comunicarse mentalmente. «Menuda tonte-ría», pensé. Pero me fui a dormir un poco más tranquila.

Desperté por el sonido de una alarma. ¿Yo, alarma? Sacudí la cabeza fuerte.

–*Buongiorno, principessa* –dije, irónicamente, en voz alta, aunque nada había cambiado en las horas que había pasado durmiendo, y seguía viviendo sola. Bostecé.

Escuché un gruñido. «*Imbecille*».

Era raro, sonaba como si estuviese a mi lado, y dentro de mi cabeza a la vez. Era como tener tu conciencia personificada a tu lado, pero no estaba ahí. Almas gemelas, seguro que era eso. Y me reí. Pero, aun así, esa misma tarde me descargué Duolingo y aprendí un par de frases en italiano. Al rato lo dejé, pensando en lo idiota que debía parecer.

Los días fueron pasando, y aunque me sentía un poco tonta, seguía comunicándome con Julia. Si ambas hablábamos despacio nos entendíamos bien. O si no, hablábamos en inglés. Se le daba bien.

Y había un mensaje de un email que no conocía. Se me paró el corazón.

«*Buongiorno, principessa,*

Soy Julia. ¿Sabías que lees las cosas en voz alta cuando escribes? Así conseguí esto. El traductor Google funciona raro, espero que entiendas.

Me alegra que no seas solo una voz en mi cabeza. Me gusta usted, eres simpática.

Talk to you soon!»

Me reí, y ella también.

«*Spirito affine, me gusta*».

–A mí también, sí.

Ilustración de fondo: Adrià Ibáñez

Madrix

Cristina Martínez

El otro día vinieron unos operarios a talar el árbol que queda frente a mi casa.

Andaba yo alegre por haber amanecido temprano, cuando de pronto oigo rechinar los dientes de una motosierra. Asomo el ojo por la ventana (ya es un gesto cotidiano): ahí estaba el Humano, a distancia de brazo, como flotando en el aire en su canastilla metálica articulada. Le da cuerda a la sierra: empiezan a caer ramas, una, y otra, y la de más arriba. Yo, de espanto, me petrifico.

«Van a quitarme el árbol».

El árbol de mi calle. Nuestro árbol. Verde. Lo que faltaba.

La operación duró un rato. Ese rato lo paso recorriendo mi hogar –esta caja de cerillas– entre agitación, pura pena y lloriqueo. Cuando por fin se apaga el bramido mecánico homicida, aventuro por la cortina otro ojo.

No lo habían talado. Solo lo habían desnudado mucho. Es época de poda en la ciudad (sigue habiendo épocas, y estaciones, y primavera) y a mi árbol tocaba esquilarlo.

Lo han dejado amputado, con muñones buscando el cielo. Como un grito de terror mudo.

Es apropiado.

Muere gente, lloro un árbol.

«Las ciudades también mueren», dice un filósofo francés.

Lo que veo por mi ventana cobra proporciones desbordantes. Ventana lupa de aumento, ventana distorsionante.

Como la ventana del explorador. Ciérrala, mejor...

Quisiera poder extirparle grandes enseñanzas y reflexiones a este limbo urbanotemporal, pero la mayor parte del tiempo solo soy. Y a veces ni eso. Porque, si siguiendo a Rousseau, «siento, luego existo», cuando no siento, desaparezco.

Y en estos días me ausento mucho de mí misma, desde luego. En la casa: a ratos perpleja, asida al móvil, histérica, apagada, asintomática e inafectada.

No entiendo nada. Pero no de ahora. De antes. De siempre. Y ahora, menos.

Somos medusas enganchadas a un balcón (*quien tenga balcón*).

Colgadas en el tiempo (*quien tenga tiempo*).

Y en el espacio (*quien tenga espacio*).

En la calle esta noche de madrugada hay cristales rotos, como cualquier madrugada de antes. Pero el aire es más eléctrico ahora, el silencio se eriza con metralla, bien cargado y a punto de estallar.

Hay vida aquí fuera. La más dura.

Mi cama da a la ventana, la ventana al árbol y el árbol a una plaza.

La plaza está flanqueada por tres bloques de edificios y, en la cuarta cara, las Escuelas Pías abren ojos amables.

En la plaza esta tarde hay aire fresquito y sol dorado. Los pájaros migratorios van pintando el cielo mientras brota desde algún punto una voz tenue de piano.

Respiro hondo desde el balcón. Empuña, empuña este momento de alegría íntima y radiante, y no tengas remordimientos. No le servirían a nadie.

¡2020! Año de la rata. ¡Quién fuera una de las otras «ratas», las voladoras, para lanzarse muy alto al cielo todas las noches y volar por la ciudad entre neones!

Cada noche, en mi cabeza, me defenestro.

Mi cama da a la ventana, la ventana al árbol y el árbol a una plaza.

La plaza está flanqueada por tres bloques de edificios y, en la cuarta cara, las Escuelas Pías te vigilan.

Una plaza. El panóptico es perfecto. No hay lugar para la intimidad en esta cárcel de asfalto. El control es invisible pero no imaginario.

Sobre todo, no te muevas. No respires. Cientos de pares de ojos te observan desde sus celdas, aún más prisionero al sol que bajo un techo.

La cárcel te vigila.

Ilustración de fondo: Lucía Yubero

Tania llamó Gerardo al cactus

Pablo Romero Palacios

Atención! Lo que usted va a leer a continuación es una historia real, por lo que preciso de su más notable concentración para poder guiar, de la mejor forma posible, sus pasos sobre estas caprichosas líneas. ¡Que no cunda el pánico! No pregono tal advertencia porque desconfíe de sus habilidades lectoras. No planeo arrojar a nadie al farragoso y oscuro fondo de un cenagal, por el momento. Alerto, sin embargo, porque la realidad bien puede equipararse a un espeso bosque por el que resulta ridículamente fácil descuidar el rumbo y, por tanto, perderse. Le doy pues la bienvenida a esta sencilla, y mínima, pero verídica historia.

Primero intentemos imaginar a un caminante muchacho en una abarrotada calle madrileña en la que el bullicio, inmediatamente humano, queda eclipsado por el descontrolado ruido automovilístico, indirectamente, también humano.

Comenzamos a acompañarle a la altura de Tetuán, curiosos, ya que advertimos en él un cuidado y algo extraño paso, abrumado por el vértigo de su alrededor. El joven nos regala la simpática razón cuando nos acercamos: entre sus manos asoma tímido e inocente un pequeño cactus, tan verde que evidencia la dolorosa escasez de tal color en la urbe. Por supuesto, le seguimos, precavidos, como si no quisiésemos romper la atmósfera de contraste que se ha creado en torno a él.

Procuramos abrazar un ritmo calmado, con cierto cariño por el tiempo que transcurre, paciente, entre los pasos que se suceden. Se para. Nos paramos. El tintineante hombrecillo verde de un semáforo cede al autoritario rojo, un cambio de gobierno celebrado con una tremenda estampida mecánica, por numerosos y maleducados motores, de los que pienso, sin lugar a dudas, que tratan de tragarse los unos a los otros. Destaca entre ellos una bestia en especial, peligrosa y amenazante, legal enemiga de libertades, potencialmente fatal para aquellos insensatos que osen perturbar el orden. Un nervio se dispara por nuestro espinazo y acelera el ritmo cardíaco. Suerte que, esta vez, la presa no somos nosotros. Habiendo pasado la manada retomamos la ruta, algo apurados, eso sí, por si hubiese algún animal rezagado.

Curiosamente, pese a toda la violencia que se sucede, las protectoras manos del joven no tiemblan ni un ápice. ¿Acaso es un insensible? ¿o tal vez sean las durezas de sus ampollas las que estén hablando? ¡Inocente brutalidad disfrazada! ¡Disimulada! ¡Normal! Como cuando se cruza una casi ultimada vida envuelta en harapos, bajo los que tan solo asoma la huesuda y menesterosa mano de quien ha sido anulada de todas las formas posibles. Continuamos, rutinarios, omitiendo tal atrocidad, como si, esta vez, la presa tampoco fuésemos nosotros.

Probablemente la fascinación que siento por aquellos que dirigen a su antojo las máquinas cinematográficas sea la responsable de la siguiente imagen: como si una grúa nos elevase hasta un plano cenital, rompemos con la proximidad que nos unía al muchacho, quien se diluye entre la masa. Su identidad pues, a nuestros ojos, ya desdibujada, se disuelve en un extraño y masivo grupo, ausente de comunidad. ¿Dónde están nuestros protagonistas? ¿Ha muerto su ego en la despiadada mística del sistema? ¡No! Lograron alcanzar su refugio, cálido y alto, compartido con la expectante destinataria del custodiado regalo, única y semejante, reinando así, en el corazón del joven, la gratitud porque otra vida ni estorbe ni arrebate.

Extraordinaria paradoja es, sin duda alguna, que en la caverna hallemos tales verdades compartidas, y, en su exterior, colosal e ilusorio fuego que oculta una colectividad absolutamente destruida.



Fotografía: Francesca del Castillo

Madrid, la ciudad vacía

Silvia Sanz Rojas

Un día más, la ciudad amanece vacía. Lo único que se logra escuchar es el sutil susurro del viento corriendo libremente por las calles desiertas y de la llovizna que suavemente humedece el asfalto. No hace mucho, podía ver gente pasar de un lado a otro dando agradables paseos, niños de camino al colegio, adultos rumbo a su trabajo, o con prisas porque llegaban tarde a algún sitio, pero ahora lo único que veo pasar son las hojas caídas de los árboles que la corriente arrastra. También echo de menos el ruido de los cientos de vehículos que circulaban por aquí todos los días. A veces me pregunto cómo algo tan diminuto ha podido causar un problema de tales dimensiones, llegando a encerrar a todo el mundo en sus hogares.

La ciudad está sumida en un profundo sueño del que espero despierte pronto. Madrid no es lo mismo sin todas esas personas que visitan los lugares más emblemáticos de la ciudad, sin todos esos turistas que quieren inmortalizar con su cámara todo lo que ven. No es lo mismo sin la gente paseando por Gran Vía, o a los pies de la Puerta del Sol, o bajo los árboles del Retiro. Pero tengo la esperanza de que todo esto pasará. Volveré a ver cientos de coches circular por la calle Alcalá, las personas volverán a visitar la Plaza Mayor, y los museos volverán a llenarse de amantes del arte. Hasta que eso ocurra, debo acostumbrarme a ver cada día este solitario paisaje desde mi posición. Cierro los ojos y solo presto atención al sibilante canto de la brisa y de los pequeños gorriones que lo acompañan de vez en cuando.

—¿Cuándo volverá a ser todo como antes?— susurro a mis dos mascotas mientras las acaricio lentamente, aunque en realidad es una pregunta sin respuesta que me hacía a mí misma.

El día ya se acaba, y el sol comienza a fundirse con el horizonte. Su potente resplandor tiñe los edificios con su color anaranjado. Mis ojos brillan ante tan hermoso espectáculo. Poco a poco, la oscuridad se va apoderando de la ciudad y las farolas comienzan a encenderse. En frente, veo el edificio Metrópolis, que destaca por su hermosa iluminación. Otro solitario día se queda atrás.

Un par de lágrimas ruedan por mis lisas mejillas. Odio estar aquí sola, sentada sobre este carro de mármol en la plaza que bautizaron con mi nombre, Cibeles.



Lucía Yubero, *Madrid 2*

Madrid sin pulso

Ana Irene Alonso Martínez

Madrid lleva varios días cansada. Han pasado apenas unas semanas, pero parece que nadie quiere salir a verla. Los primeros días pensó que era casualidad, que todo el mundo se había puesto de acuerdo en no visitarla. Y lo aceptó, estaba intentando engañarse a sí misma. Todavía había gente que pasaba por sus calles: todos trajeados, mirándose preocupados los unos de los otros. Pero no quiso asustarse, todo volvería a la normalidad.

Aquellos días se convirtieron en una semana, y nada parecía haber cambiado. El paseo del Prado estaba vacío. La Gran Vía solo era testigo de los infinitos viajes de los autobuses. La Plaza Mayor ya no escuchaba la melodía de ninguna guitarra y Malasaña había cerrado a las doce de la noche.

Madrid estaba asustada. Echaba de menos a la gente: que la visitasen, que la admirasen, que no hubiese suficiente espacio para todo el mundo en las aceras... pero no podía hacer nada para remediarlo.

Todo empeoró en la segunda semana. La gente que iba en traje también había empezado a desaparecer, y los pocos que quedaban lucían más como fantasmas que como personas de carne y hueso. Las estaciones estaban vacías, los andenes limpios y los trenes eran los únicos que se atrevían a visitar sus rincones. Todos los poetas de la ciudad también se habían quedado solos: Tirso de Molina no encontraba la inspiración, Quevedo le había perdido la vista a Góngora y sus amigos, Rubén Darío ya no quería seguir rimando y Blasco Ibáñez no encontraba a los personajes de sus novelas.

Madrid tenía miedo. Pero también estaba cansada ¿Es que nadie se acordaba de ella? Ya no era capaz de recordar cómo hablaba la gente, a qué velocidad andaban cuando llegaba la hora punta, cuántos pasos de baile debían dar en un pasodoble, cuántos besos podía vislumbrar en una sola tarde...

Se había alejado un poco, pero seguía sin encontrar a nadie. Los bares no estaban abiertos y ya no había música que resonase por sus calles. Había hablado con Barcelona, que también estaba triste y confundida, pero no estaban lo suficientemente cerca como para ayudarse la una a la otra.

Las farolas se encendían siempre a las siete de la tarde, eran las únicas que no se habían olvidado de ella. Los semáforos seguían marcando el ritmo de la calzada, aunque no había nadie que danzase sobre ellas. Madrid había empezado a perder la esperanza. Había dejado de mirar, de buscar. No se reconocía a sí misma.

Sólo un momento del día le daba esperanza. Le costó algunas semanas darse cuenta de que aquel detalle no tenía lugar por casualidad. Al pasar los días, empezó a escuchar atenta, esperando pacientemente a la primera palmada...

A las ocho de la tarde todo el mundo empezaba a salir a sus terrazas. Unas veces ponían música, otras no. Pero siempre todos se dedicaban a lo mismo: a aplaudir. Las personas se miraban emocionadas y empezaban a aclamar al aire. Antes pensaba que lo hacían sin querer, que habían perdido la cabeza después de no visitar ninguno de sus bares. Pero poco a poco fue acostumbrándose.

Hubo un momento en el que pensó que le aplaudían a ella. Llevaban sin verla tantos días que a lo mejor la echaban de menos. Observó tímidamente cada travesía, cerciorándose de que todos aplaudían. Y así lo hacían. Empezó a sentirse querida de nuevo, sintió otra vez el calor en sus calles a través de aquel sonido. Se emocionó, siendo capaz de recordar el cariño de toda esa gente que habitaba la ciudad. A lo mejor lo hacían por ella, o por ellos mismos, pero nunca lo olvidaría.

Y entonces, Madrid también empezó a aplaudir.



Fotografía: Pau Martí

La ciudad que se deja llevar por el viento

Mathis Arzur

El viejo paseaba por su ser. Sus calles estaban vacías, su único peatón era el viento. Este corría a toda velocidad, ya que nadie ni nada lo podía impedir; incluso los semáforos se habían cansado de alterar su carrera. A veces, el viento le informaba al viejo de que se había llevado a alguna otra ciudad y se burlaba de él:

-¿Cuánto tiempo tendré que esperar antes de que te lleve conmigo?

Siempre era la misma broma. Al principio el viejo se enfadaba porque no iba a dejarse llevar, pero según pasaba el tiempo tuvo que aceptar que la muerte se acercaba un paso más cada vez que las agujas del reloj se movían. Por eso, no rió y lo dejó pasar.

El tiempo lo había vuelto tan pequeño que sus propias calles le parecían gigantescas. Sin embargo, se sentía orgulloso de lo que había conseguido, aunque a veces le parecía exagerado el tamaño de todo lo que había alcanzado.

Paseaba mirándose en las ventanas; se quedó contemplando dos novios que se besaban por primera vez en medio de las olas de personas, como si estuvieran solos en un océano.

Qué belleza, su creación.

Pero también hubo una ventana que le mostró una violación; no pudo aguantarlo y apartó la vista, al mirar de nuevo hubo un asesinato.

Qué horror, su creación.

Siguió su camino hacia la plaza central. Una vez ahí, se quedó en frente de una tienda vacía con mesas sobre las cuales se hallaba aquella estupidez de los móviles. Qué dolores de cabeza le habían dado aquellas malditas máquinas con sus ondas. Miró la manzana que Eva había mordido y se fue a ver la placa conmemorativa: «Aquí estuvo el Café de la Montaña, lugar de tertulia del escritor Valle Inclán». Las tertulias... bello recuerdo que hubiera querido contemplar de nuevo en las ventanas, pero lo único que veía eran los turistas que venían a comprar un móvil.

-Qué pena tendrían los escritores si supiesen cómo me voy a morir. Ninguno pudo imaginar mi final. Tenían tanta imaginación que no podían enfrentarse a lo aburrido que soy.

-Y lo arrogante que eres.

Se giró y vio a una mujer desnuda. No era bella como una mujer, sino como las tierras secas donde los toros luchaban. Tenía los ojos de un azul más potente que las tormentas... Se equivocó: eran verdes como los bosques, pero después eran... Entendió quién era.

-Mira lo que traigo.

Era un reloj que seguía funcionando. El viejo se lo puso en su muñeca.

-¿Quieres que te acompañe hasta que las agujas paren de moverse?

El viejo le dijo que sí y fueron a sentarse a una fuente. No paraba de toser y tenía dificultades para caminar, además su traje le entorpecía aún más. La mujer lo ayudó.

-Mira cómo te han dejado tus habitantes. De tanto caminar y apurarse, te duelen tus piernas como si tuvieras hormigas dentro. De tanto ruido ni siquiera me escuchas bien, y no voy a mencionar tu tos que parece que son nubes negras que salen de tus pulmones.

Al viejo le dio risa.

-Es verdad que mi vida ha sido intensa. He visto maravillas con mis habitantes y también horrores. Nunca me pude aburrir. Risas, besos, gritos, cultura, y siempre las mismas cosas que se repetían con alguna diferencia. Lo más gracioso es que estaba seguro de que tú te ibas a morir antes que nosotros. Cuánto te hicimos sufrir con nuestro hormigón y...

-Qué daño me hicisteis. ¡Eso sí! Pero nunca me ibais a matar, porque no fui yo la tonta que creó el tiempo para que me dijera qué hacer y cuándo morirme.

El viejo miró a su reloj. La aguja de los segundos dejó de funcionar. El viento corrió llevando al viejo en su carrera. La mujer se fue; ya había recuperado lo que era suyo.

Ilustración de fondo: Lucía Yubero

La hora mágica

Natalia Callado de la Paz

Estoy cansada de no hacer nada. Los días son réplicas de los anteriores. Nada de lo que ocurra hoy será nuevo.

Puedo asignar a cada minuto del día una acción acompañada de una postura.

El tiempo no pasa, las manillas se quedan fijas a sabiendas de que las observan.

De modo que gran parte del día lo paso ignorando al *reloj*. Alé. Que sepa que estoy enfadada con él, por burlarse de mí y torturarme vilmente.

Mientras le doy la espalda, me recuesto en el suelo, junto al marco de la ventana y observo. La *ventana* me resulta simpática, cada mañana me saluda y no me niega lo que le pido: «Ver la calle y el cielo. Los pájaros y los setos».

A través de ella puedo observar la calle desde la panorámica de un tercer piso.

La vista es estupenda. Me rio a carcajadas con mi nueva confidente a sabiendas de que el *reloj*, muerto de envidia, nos espía.

Pero la ciudad es otra distinta.

Ahora las calles están vacías, desoladas. El tráfico de entre las 7 y las 9 ha desaparecido y hay momentos en que dudo de si realmente existió o fue un mero sueño.

Ahora, el aire está más limpio y hace frío, por lo que acostumbro a envolverme en una manta mientras hablo con mi amiga la *ventana*.

Se escuchan más pájaros... Sí, a veces se posan en una rama cercana y me relatan cómo encuentran la ciudad cada mañana. Las golondrinas me han dicho que mi calle no es la única. En todo el barrio, y en el barrio de al lado y en el de al lado y en el del otro lado.

En las noches se respira silencio. Escucho sonidos nuevos: un goteo, un susurro... ¿Qué es eso? La posibilidad de lo nuevo asusta, pero es solo un segundo.

Los aviones ya no adornan el cielo. En su lugar hay dibujado un mar algodónado.

Me siento bastante sola; si no fuera por mi nueva amiga, estoy convencida de que enloquecería.

Como aún conservo algo de suerte, hay un momento de la tarde en que siento satisfacción y antes de salir al balcón, me pavoneo frente al *reloj*, dado que sin mirarlo, sé la hora que es. Las ocho. Las benditas ocho.

Los aplausos surgen de repente, envuelven el aire. Primero unos pocos a los que se van uniendo cientos de manos para aplaudir al unísono.

Me lanzo a la terraza y aplaudo con ellos. Esos pocos minutos que logran romper la pausa continua en la que vivo. Esos minutos en que recuerdo que no estoy sola, sino que formo parte de un todo muy complejo y hermoso.

Algunos días incluso algún vecino hace sonar una trompeta. Y siempre suele escucharse una canción que, por algún casual, enuncia a pleno pulmón que todos resistiremos. No dejamos de ser la mayoría, sino todos, completos desconocidos. Pero a esa hora mágica, todo deja de tener importancia, salvo el detalle de que debemos vitorear como si no hubiese un mañana.

Últimamente la *ventana* y yo jugamos a un juego. Es bastante sencillo, gana quien más personas vea. Esta mañana me ganó ella. Hay que ser rápido en esto. Se podría decir que por mi condición humana y mi necesidad de humedecer constantemente mis ojos, pierdo valiosos segundos al cerrar los párpados. Segundos que mi contrincante no pierde, ya que es un vidrio. Por eso perdí, pero no es así siempre.

Las pocas personas que contamos vuelven de la compra o están paseando al perro. Aunque en algún caso he contado personas con lazos azules.

En eso consisten mis días. Rutinarios y solitarios. He visto todas las series que tenía pendientes en Netflix y las ojeras que adornaban mi rostro desde que tengo recuerdo han desaparecido. Aunque por el otro lado he engordado. No hay nada perfecto. Qué le voy a hacer, el paquete de galletas se ve muy tentador desde la repisa de la cocina.



Fotografía: Miguel Rubio

Sin salida

Alberto Rizzo

Comedor. Luz de tarde. Cuadernos de dibujo abiertos, lápices y juguetes por todo el espacio. Paula trabaja en la mesa, su hijo Nil, de cinco años, juega a las faldas del sofá a tomarle la temperatura a un peluche, se aburre.

Nil.- *(Mirando afuera)* ¿Mamá, por qué no salimos a la calle?

Pau.- *(Distraída)* Mañana...

Nil.- ¿Y por qué no hoy?

Pau.- Ya sabes por qué.

Nil.- Pero si nadie mira...

Pau.- Yo te veo.

Nil.- Pero tú no te chivarías a nadie.

Pau.- *(Mirándolo por primera vez)* Nunca.

Nil.- Entonces podemos salir, un momento nada más.

Pau.- No. Anda, déjame trabajar...

Nil.- Pero tú siempre me dices que no mire tanto la tele y salga, ¿por qué no ahora?

Pau.- Ahora no podemos.

Nil.- Si estuviera aquí el yayo me acompañaría él.

Pau.- Ojalá estuviera aquí el abuelo.

Nil.- Me dejaría salir.

Pau.- No, no esta vez.

Nil.- ¿Por qué no está el yayo con nosotros?

Pau.- Aunque estuviera aquí te diría que no.

Nil.- ¿Pero por qué no está?

Pau.- Ya sabes que se puso malito.

Nil.- ¿Y por qué no podemos cuidarlo en casa? Tú siempre me cuidas si tengo fiebre.

Pau.- A veces hay que ir al hospital.

Nil.- Pero, ¿por qué no llama, no hay teléfonos?

Pau.- Ya sabes por qué, Nil.

Nil.- *(Mini pausa como si no quisiera decirlo en voz alta)* Está dormidito.

Pau.- Ahá. Está dormidito.

Nil.- Sí, *(Sonríe)* al yayo le gusta hacer muchas siestas.

Pau.- Algo así.

Nil.- Y despertarse asustado por su propio ronquido.

Pau.- *(Con ironía)* El abuelo no ronca.

Nil.- Eso dice él.

Pau.- Pero es verdad que a veces da un ronquido fuerte.

Nil.- Y se despierta...

Pau.- ...y nos mira...

Nil.- ...y se pone a reír. *(Ríe)*

Pau.- *(Aparte)* Papá, echo de menos tu risa.

Nil.- El yayo tiene una risa que se pega...

Pau.- *(Aparte)* Siento tanto que te hayas contagiado.

Nil.- ...y luego pregunta que de qué nos estamos riendo.

Pau.- *(Aparte)* Espero que estés bien....

Nil.- Pero yayo, ¿si has sido tú!

Pau.- *(Aparte)* Siento mucho no poder estar a tu lado.

Nil.- Mamá, ¿es verdad que el abuelo fue torero?

Pau.- *(Aparte)* Nil me pregunta todo el tiempo por ti.

Nil.- *(Canta)* Un flecha en un campamento cri-cri.

Pau.- *(Aparte)* Es cabezón como tú, ya me lo dijo la mamá.

Nil.- *(Canta)* Un flecha en un campamento.

Pau.- *(Imitando a la abuela)* Ha salido a tu padre, no le echas la culpa a la otra familia.

Nil.- *(Canta)* Un flecha que era un meón chiriviribí, ciribiribooo.

Pau.- Nil, por favor...

Nil.- *(Canta)* Un flecha que era un meón.

Pau.- *(Aparte)* Resiste, no puedes irte, eres lo único que me queda...

Nil.- ¿Mamá, qué es un flecha?

Pau.- ¿Qué? No sé, cosas del abuelo... *(Como despertando)* ¿Qué dice?

Nil.- *(Imitando a un enfermero mientras juega)* Tienen que sedarlo.

Pau.- *(Aparte)* Pero, ¿no puedo estar con él?

Nil.- *(Imitando)* No, no pueden pasar adelante.

Pau.- *(Aparte)* Resiste, papá, te van a cuidar.

Nil.- *(Imitando)* Depende de cómo evolucione...

Pau.- *(Aparte)* En nada verás que estás ya en casa.

Nil.- *(Imitando)* No, no tenemos con qué hacerle la prueba...

Pau.- *(Aparte)* Son cosa de unos días.

Nil.- (*Imitando*) ...pero con esos síntomas...
Pau.-(*Aparte*) Estaremos bien sin ti.
Nil.- Mamá...
Pau.- (*Absorta*) estaremos...
Nil.- Mamá, ¿es verdad que el yayo cantaba saetas? (*Pausa*) ¿estás llorando?
Pau.- No. Sí.
Nil.- ¿Puedo llorar contigo? (*Pausa. Pau le abraza. Pausa*)
Nil.- (*Casi sin aire mientras es abrazado*) Mamá, tienes que ser fuerte, yo cuidaré de ti.
Pau.- (*Sonríe*) ¿Quién te ha dicho eso?
Nil.- El yayo, antes que se fuera (*Ella deshace el abrazo, le mira*)
Pau.- ¿Te dijo que...?
Nil.- Que ahora yo era el hombre de la casa. (*Pausa. Ella lo mira fijamente*)
Pau.- Ni se te ocurra crecer antes de tiempo.
Nil.- ¿Pero...?
Pau.- ¿Me has oído?
Nil.- Sí, mamá.
Pau.- Ya hablaré muy seriamente con tu abuelo.
Nil.- (*Ilusionado*) Entonces ¿volverá pronto?
Pau.- Volverá, volverá pronto y saldremos de nuevo los tres a la calle.

Oscuro.

Ilustración de fondo: María Castillejo

Saber que no sabemos

Rubina Chandnani

Yo solo sé que no sé nada"- un dicho que se deriva de lo relatado por el filósofo griego Platón sobre Sócrates.

Me levanto todos los días leyendo las noticias. Leyendo las opiniones de los expertos en el tema, leyendo opiniones de los demás (¿de repente, todos tenemos una opinión? ¿de repente, todos somos expertos en el tema?), confiando que saben de lo que hablan y de las medidas que toman para resolver esta situación (¡o eso es lo que espero!). Todos los días veo números- los números de los casos, el incremento en la pérdida de los seres queridos y los que han recuperado. No sé si estas estadísticas son correctas o no, no sé cómo lo calculan, no tengo la menor idea. Cada día sabemos algo nuevo, sin saberlo todo, como un rompecabezas.

Yo no sé nada, solo sé que estoy haciendo mi parte, siguiendo las normas y las reglas que nos imponen porque es lo único que puedo hacer por mi parte, ni más ni menos. Los que no sigan las normas están castigados y eso pone un ejemplo a todos para recordarnos de los peligros de no cumplirlas.

No sé hasta cuando seguirá la situación-la situación actual de no marcharnos de nuestro santuario. Hay una inquietud de estar en un solo lugar: ¿La inquietud de no saber cómo y cuándo cambio todo, por el precipicio en un santiamén? Estamos respirando, pensando, preocupando, y sobre todo dudando la sobrevivencia de nuestra especie humana. Todos estamos luchando batallas diferentes y batallas personales. Nadie tiene control sobre la situación actual. Sin embargo, tenemos control en como reaccionamos frente a la situación actual. Es un momento de reflexión, meditación, paciencia, entendernos sin perder el juicio o la paciencia- es un momento de sabiduría.

Es el momento de conectar el cuerpo y la mente. Es el momento de ayudar uno al otro (cuando lo podemos hacer) y conectarnos como animales sociales. Es un momento de reflexionar que es vivir una vida sin apreciar los momentos pequeños y los tiempos buenos. Es momento de leer ese libro favorito, ver esa película/serie que siempre he querido, relajar o meditar unos momentos al día, cocinar ese plato que siempre he querido cocinar, hablar con alguien que siempre ha sacado tiempo para mí- es el momento de hacer lo que siempre he querido hacer. Es momento de aprovechar el presente, porque no volverá.

Ilustración de fondo: Lara y Andrea Blanco

Lo peor de estar a solas

Juan Luengo Márquez

La noticia del cierre de aulas y el comienzo del período de aislamiento debió suponer para muchos una restricción insoportable, una imposición de una *nueva realidad* que debía ser gradualmente aceptada y entendida. No fue así para mí.

No me juzguéis mal, comprendí desde el principio, o al menos eso creía, lo angustioso que puede llegar a ser observar todos los días un mundo al que no tienes acceso, pero bromeaba sarcásticamente (aún pienso que con algo de razón) con que esa vida no distaría demasiado de mi *rutina habitual* durante los últimos años. Los primeros días experimenté de hecho un par de satisfacciones que creía perdidas desde la secundaria: la de salir a la terraza a tomar el sol y la de, al disponer de más tiempo para dedicarle a mis obligaciones como estudiante, acercarme a esos odiados textos y recordar por qué un día llegaron a fascinarme. Recuperé una parte de todo eso.

Una tarde salí al balcón para despejarme unos minutos, cuando me percaté de golpe de algo de lo que probablemente la euforia de esos primeros días me privó en anteriores ocasiones. Medio centenar de ojos, entre la fachada de mi bloque y el de enfrente, vigilando desde sus ventanas. Esas miradas, de personas que habían salido a sus propios balcones a fumar o a tomar el aire, no se dirigían específicamente a mí, por supuesto. Sin embargo, fue esa la interpretación que yo le di en ese momento, la de un ejército de observadores que asediaba mi soledad, forzándome a defenderla resguardándome en el interior de mi habitación.

Así dio comienzo una segunda fase de mi encierro: una cárcel voluntaria dentro de otra que yo mismo había confundido con la libertad. Pero, ¿libertad de qué? Probablemente, esta segunda reclusión fuera tan contingente y deliberada como la que atribuyo a esa rutina mía. Más aún, seguramente lo que más me asustaba de *los otros* fuera precisamente el recuerdo de otras tantas miradas perdidas, varias horas cada mañana en los trenes que llegan o parten de Atocha. Miradas que, sin pretenderlo, atentaban contra mi fortaleza ideal de codiciadísima soledad.

En lo que aguardo escondido en mi cuarto el final de ese juicio que me he inventado, reflexiono sobre qué puede llevar a buena parte de mis vecinos a pasar sus tardes escrutando los quehaceres ajenos. Mi primera conclusión fue que tal comportamiento era producto de la ansiedad de permanecer horas y horas entre cuatro paredes, o simplemente del afán de cotilleo. No obstante, tras algunas divagaciones, creo firmemente que la verdad es bien distinta. He encontrado que algunos simplemente no sirven para estar solos, del mismo modo en que otros, entre los que me incluyo, no servimos para estar en compañía de muchos.

No quisiera ser mal interpretado en esto tampoco. No insinúo que un grupo sea mejor que el otro, y desde luego sé que lo que sacaré de todo esto no será sino acaso una perspectiva nueva de mi situación en esos hábitos. Confieso que estoy decidido a cometer esos mismos errores de siempre, excepto que en adelante los cometeré con pleno convencimiento de que lo hago por mí, por mi culpa.

A pesar de ello, no deja de resultarme curioso cómo en medio de un drama colectivo que se ha cobrado ya muchas vidas, y el esfuerzo incuestionable de un maltratado sistema sanitario, para muchos lo peor de la cuarentena será, sin duda, quedarse a solas el suficiente tiempo como para darse cuenta de lo vacíos que están, de lo vacíos que estamos.

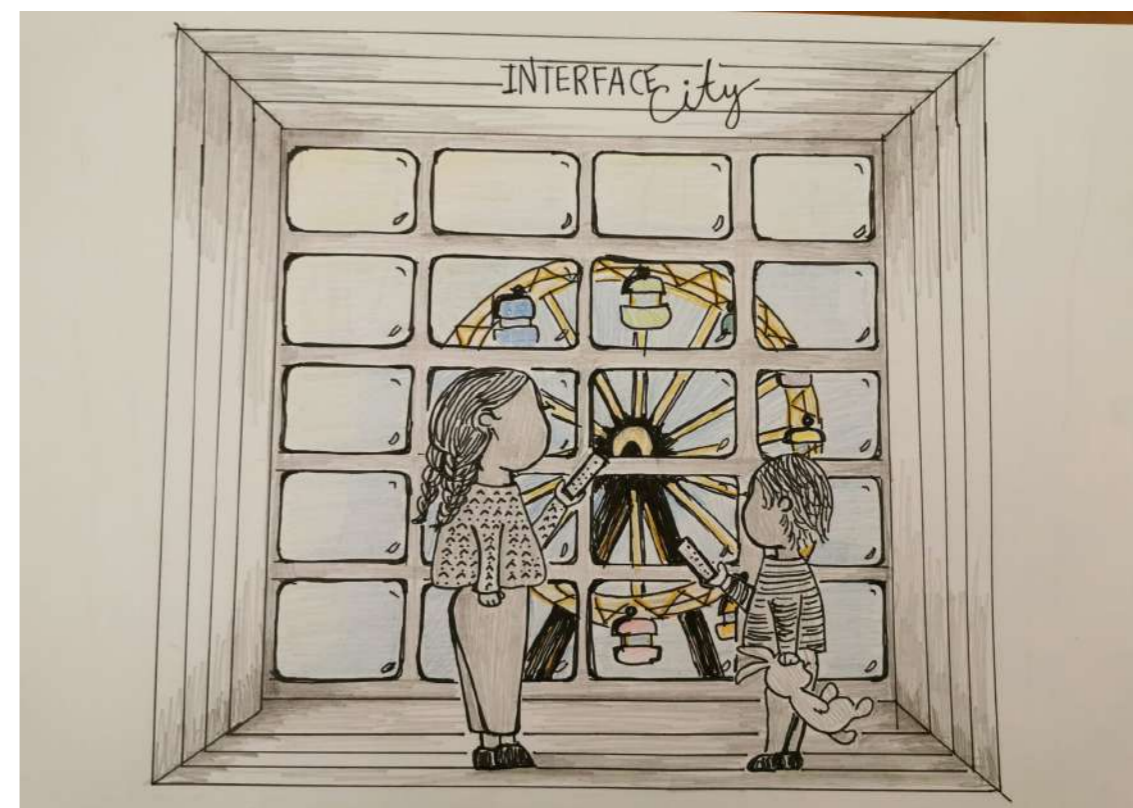
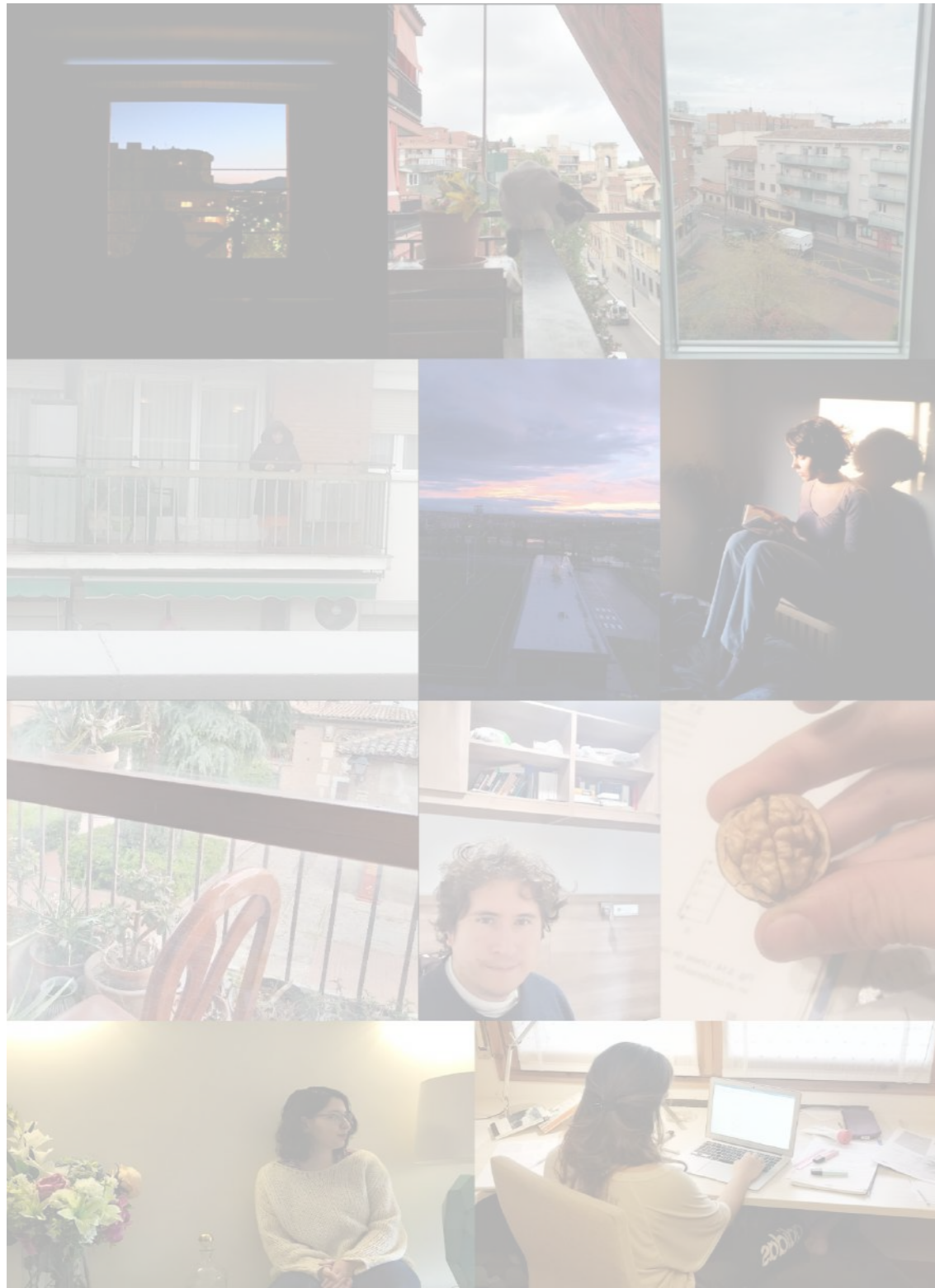


Ilustración: David, Mireia, Laia y Biel Sanz

[DESDE EL HÍGADO]

«Pero sería difícil olvidar aquella miseria, aquel ejército de fantasmas harapientos errantes bajo el sol»

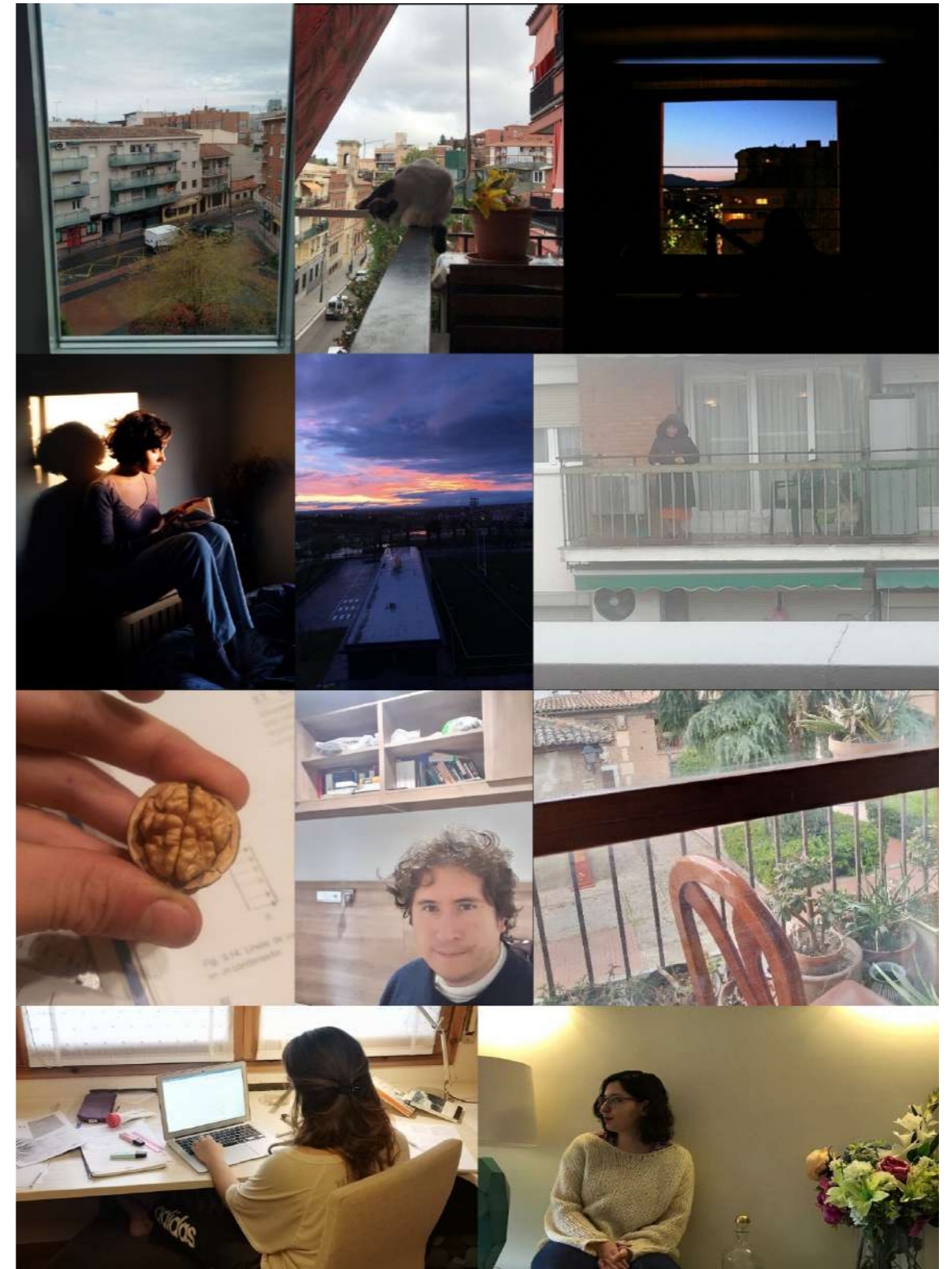
Albert Camus, *El huésped*



[DESDE EL HÍGADO]

«Pero sería difícil olvidar aquella miseria, aquel ejército de fantasmas harapientos errantes bajo el sol»

Albert Camus, *El huésped*



Fiel compañía

Judith Martínez Bueno

Hoy, cuyo día del mes de marzo no logro ubicar, un fino haz de luz me ha hecho despertar a través de la persiana que dejé ayer mal cerrada a altas horas de la noche. El cansancio, debió ser. 'Un día más', he pensado nada más ser consciente de que mis ojos ya estaban abiertos y de que el destello de un nuevo día había sido el culpable de ello. Cuando decidí, al fin, levantarme, abrí la persiana bajo el deseo del sol de inundar de luz toda mi habitación. Vi poco a poco cómo todo cogía color una vez los rayos entraban. Mi habitación, sin saberlo, también pedía su dosis.

Decidí prepararme un café e ir al balcón. Éste es uno de mis sitios favoritos de la casa, como el de mi gato: le da el sol y de vez en cuando corre una brisa que se agradece. Por ello, se sienta junto a mí para que le acaricie mientras disfruta de este maravilloso rincón. Siempre que esto ocurre, aprovecho y establezco una conversación con él. Comentamos, sobre todo yo, lo que vemos en la calle. Vemos juntos cómo hay gente dispuesta a correr, gente caminando, personas volviendo de hacer la compra, perros ladrando de alegría al ver a sus amigos y niños jugando a la pelota. También solemos cotillear sobre lo que hablan en la terraza del bar de abajo, a los cuales mi gato adora observar. Pero hoy, me ha observado a mí. Absorta en mis pensamientos su mirada me ha hecho volver a la realidad. Me miraba fijamente. Yo le he devuelto la mirada y he podido descifrar qué me quería decir. Me preguntaba que qué era lo que me pasaba porque hacía días que no le hablaba de la misma manera. Mercury, está todo bien, sólo que no hay gente de la que hablar. La calle está vacía y el parque también. No hay niños en él ni los padres de éstos diciéndoles que no se coman la arena. No hay personas dispuestas a correr ni personas en el bar porque éste, simplemente, está cerrado. Hay perros con sus dueños, pero no juegan con sus amigos. Solo se ven en la distancia. Hay personas volviendo de hacer la compra, pero solas y sin una sonrisa en la cara. Quizás tienen una, pero yo no la logro distinguir tras la tela protectora. No sabía cómo explicarle que no tenía idea de cuándo exactamente volveríamos a la normalidad, a mi café, a mi monólogo y a sus caricias bajo el sol. Veíamos, desde el balcón, una calle imperada por la soledad.

A las ocho de la tarde he salido, otra vez, al balcón. Esta vez para acudir a mi cita diaria con mi vecino Alberto, mis vecinos Pablo y Sara con su hija María de cuatro añitos, mi vecina Antonia, mis vecinos Juan y Sergio, y muchos más. Ha sido, como todos los días, una cita muy especial: hemos aplaudido y vitoreado como si no hubiese un mañana. Este momento del día me llena de vida y más aún cuando veo a Luz en la esquina de nuestra calle mandándonos besos desde abajo, saludando y haciendo el gesto de fuerza tras otro día de duro trabajo en el hospital. También cuando veo a Ana, mi vecina de balcón, apoyada en la barandilla escuchándonos aplaudir. Ana trabaja en Urgencias y siempre hace el turno de noche. Por eso, mientras todos nosotros aplaudimos, capta toda nuestra energía.

El mundo nos estaba pidiendo estos días a gritos. Necesitaba un respiro, descansar, parar, por un tiempo, aquella vida tan rápida y ajetreada que nos caracteriza. No queríamos escuchar. Ahora las calles están vacías. Se encuentran descansando de incontables quedadas sociales, llenas de paz y tranquilidad. Lo único que nos queda es el estar con nosotros mismos, lo que evitábamos, sin querer ser conscientes, antes de que el mundo se revelase.



Lucía Yubero. *El tiempo libre de las personas no libres*

La nueva vida

Javier Poveda Figueroa

Eran las 10 de la mañana del 25 de marzo. Juan Polo se había despertado mucho más tarde que de costumbre, porque la vida en la ciudad se había ido, y él no veía la razón del porqué debía levantarse temprano. Luego de meditar y untar mermelada de fresa en una rodaja de pan integral se puso a pensar sobre qué hubiera sido de su vida si la ciudad no se hubiese quedado vacía.

Antes del 13 de marzo Juan era una persona que disfrutaba caminar por la ciudad. Tan llena de vida, con gente que paseaba por sus plazas y que gustaba de la buena vida, la ciudad contaba historias que muchas de las veces le pasaban desapercibidas. El olor a bosque, las risas contagiosas de la gente que paseaba por la plaza hacían del cada día una fiesta, porque en cada lugar recóndito de la ciudad había alguien, o algunos, que transformaban los pequeños lugares de ella en auténticas obras de arte. Sin embargo, Juan vivía en su propio universo, y no le gustaba salir de sí mismo a pesar de todos esos cuadros que la ciudad ofrecía para maravillarse. Eran quizá porque Juan desconfiaba de absolutamente todo lo que no le fuera familiar, lo que estuviera fuera de la caja de recuerdos de su memoria. Juan provenía de un lugar muy lejano, a miles de kilómetros de la ciudad donde actualmente reside. Su ciudad de origen, a pesar de que es un lugar para deleitarse, tiene un pequeño problema: es una ciudad cerrada. A pesar de que Picasso y Einstein andaban por la mente de las personas de aquel lugar, contándoles como hicieron sus contribuciones a la humanidad, la gente era muy atada a su estilo de vida, evitando dialogar con otras formas de vivir, lo que les hubiera permitido abrir la perspectiva hacia el infinito. Juan quería ser distinto a los demás de aquel lugar, por lo que él no solamente había abierto la perspectiva a aquellos personajes de la historia sino también a entablar un diálogo con otros como Newton, Foucault, Baudelaire, y demás, que le hicieron pensar a Juan que poseía la realidad, la esencia misma de la humanidad. Al llegar a esta conclusión, Juan decidió viajar fuera de su ciudad de origen para buscar el sentido mismo de la vida. Al llegar a la ciudad prometida, Juan pensó que la realidad que él había imaginado era aquella que le daría respuestas al otro lado. Al cabo del tiempo se dio cuenta que la realidad era otra, y que había distintas formas de vivir.

A pesar de ello, Juan permanecía cerrado a nuevas perspectivas, a aprender lo que la nueva ciudad le brindaba. Con el paso del tiempo Juan se tuvo que mudar a la ciudad donde vive ahora, por una serie de malentendidos que le hicieron ver que su perspectiva anterior pertenecía a su tiempo pasado. A pesar del lento avance de aquel aprendizaje, Juan permanecía cerrado, como una caja fuerte en donde la llave maestra para abrirla se hubiera perdido para siempre. Entonces llegó el 13 de marzo, y una gran nube de polvo cubrió la ciudad, llevando a la mayoría de sus habitantes a que la abandonaran, provocando la soledad y tristeza de aquellos que decidieron quedarse en ella. El arte murió en aquellos pasillos donde ahora solo se podía ver oscuridad y miedo. Las calles eran intransitables, por lo que la gente observaba con tristeza su vida anterior. Fue en ese entonces, en ese punto del espacio y del tiempo, que Juan se dio cuenta que al haber abierto su mente a la ciudad podría encontrarse a sí mismo, y quizá ver la realidad del mundo.

La ciudad virtual

En medio de la tempestad surge un navegador,
cargado de grandes utopías y desengaños
que aparecen dentro del agujero infinito de internet.

En medio de la nada surge un ángel de papel,
al que podemos controlar a partir de nuestro teclado,
dándole órdenes sobre si debe hacer la compra o no.

En medio del miedo surge una canción,
que se mira a través de la inmensidad,
alegrándonos el día que sea hace eterno para no encontrarnos con el
innombrable.

En medio de la desgracia aparece el amor,
separado a través de un cristal que refleja la luz visible,
mostrándonos que sí existe vida después de la vida.

Y así la vida sucede en la ciudad virtual,
que nos cuenta sus historias del día a día,
hasta que la calma haya vuelto.

Fotografía de fondo: Jorge Burón

Retiro

Ana Fernández Burgueño

«La belleza del mundo que tan pronto perecerá tiene dos filos,
uno de risa, otro de angustia, partiendo el corazón en dos»
Virginia Woolf

El Paseo del Prado es uno de los caminos más emblemáticos y transitados que parte de Atocha; a la derecha, no obstante, hay una cuesta que asciende, empinada, hacia el pulmón de Madrid. Si pasas despacio, en esa cuesta puedes descubrir un mundo nuevo (tal vez dos, o centenares) si te detienes en cada puesto de la Feria de Libros. La gente se guarece del sol bajo los toldos, habla con los libreros, escoge un libro al azar y acaricia su destartalado lomo hasta que ronronea. Algunos compran por un par de euros la maravilla que pasará a engrosar su biblioteca; otros abandonan la reliquia que sostienen para atender la llamada de otro ejemplar. Los que pasan de largo no pueden ver el universo que se abre a tan solo unos metros de ellos.

Cuando la cartera regresa al bolsillo, liviana como una pluma, es el momento de proseguir la ascensión. La Cuesta de Moyano es solo la antesala de la belleza que se extiende más allá de su cumbre. Al otro lado de las verjas de hierro, nace y se renueva cada día el vetusto parque que sostiene desde sus raíces la ciudad. Cuando traspasas esa verja, el corazón late un poco más vivo a cada paso.

El camino central toma el relevo de la Cuesta y continúa hacia arriba; hacia el cielo, quizá, o hacia una zona intermedia donde se halla el ángel caído, rodeado de patinadores profesionales que recorren una y otra vez su circuito en zigzag alrededor de unos conos en la rotonda (¡Cuidado! Ha virado en el último segundo). Mis pasos me llevan automáticamente hacia la izquierda. Por esta zona a veces hay músicos, que tocan sus saxos anunciando la gran orquesta que se alza al otro lado del valle. La melodía llega hasta mí desde la distancia, distorsionada; esta vez, el saxofonista no está a la vera del camino, ni siquiera en el Palacio de Cristal, que se oculta entre los árboles en el rincón más secreto del parque, un poco más allá.

Persigo el sonido de las notas, intrigada; me olvido de la casa transparente y del parpar de los patos, que juegan en el estanque. Persigo la música, pero mis pies van despacio, permitiéndome el lujo de escuchar mientras me acerco, mientras huelo los eucaliptos y mis pensamientos flotan al calor de la primavera. Poco a poco, paso a paso, mis pies encuentran al saxofonista detrás de un grupo de turistas afanados con sus cámaras de fotos. Está junto al Estanque Grande, en una esquina, de espaldas a él. Sus dedos se mueven rítmicamente, incansables sobre las teclas. Toca una canción tras otra, sin que la fatiga haga mella en él, sin que el olor de la comida del bar lo distraiga de su quehacer urgente. Algo me llama la atención: entre el saxofonista y el bar hay un puesto de golosinas. Me recuerda a otro tiempo en que los niños se juntaban en pandilla y salían al parque a jugar con una peseta en la mano, en busca de un lugar donde invertirla bien, probablemente el puesto de golosinas. Compraban algodón de azúcar y se alejaban en una espiral de humo.

Y una vez que empieza ya no para. El saxofonista se desvanece en el aire; los turistas se esfuman con sus cámaras; los patinadores se disipan en la distancia. El Parque del Buen Retiro se ha poblado de fantasmas que vagan a cuestras con su penitencia por los caminos que antes llenaban multitudes. Al otro lado de las verjas, el pulmón se ha congestionado de sombras huecas.

Más allá de la ventana se extiende el vacío de las calles de la ciudad. El mundo ha quedado en ruinas y solo los fantasmas pueden habitarlas.



Fotografía: Mariona Perramon

Madrid dormido

Martina Manzano García

«Madrid yace envuelto en sueño, todo al silencio convida»

José de Espronceda

Había perdido la cuenta de los días que llevaba sin salir de casa. Dieciocho, pensé, puede que diecinueve. Había llegado un momento en el que ya no existía el ayer, solo las mañanas, tardes y noches.

Lo que más echaba de menos, a parte de la compañía, eran los paseos por Madrid. Ahora las calles estaban vacías, los bares cerrados y las tiendas sin vida. Lo peor era la incertidumbre, las semanas pasando sin saber cuándo volvería todo a la normalidad, cuando volveríamos a ver a la familia, a los amigos, cuando podríamos tumbarnos entre el sol y la sombra en el Retiro, o incluso montarnos en sus barcas. Ahora todo estaba dormido, frío... tranquilo.

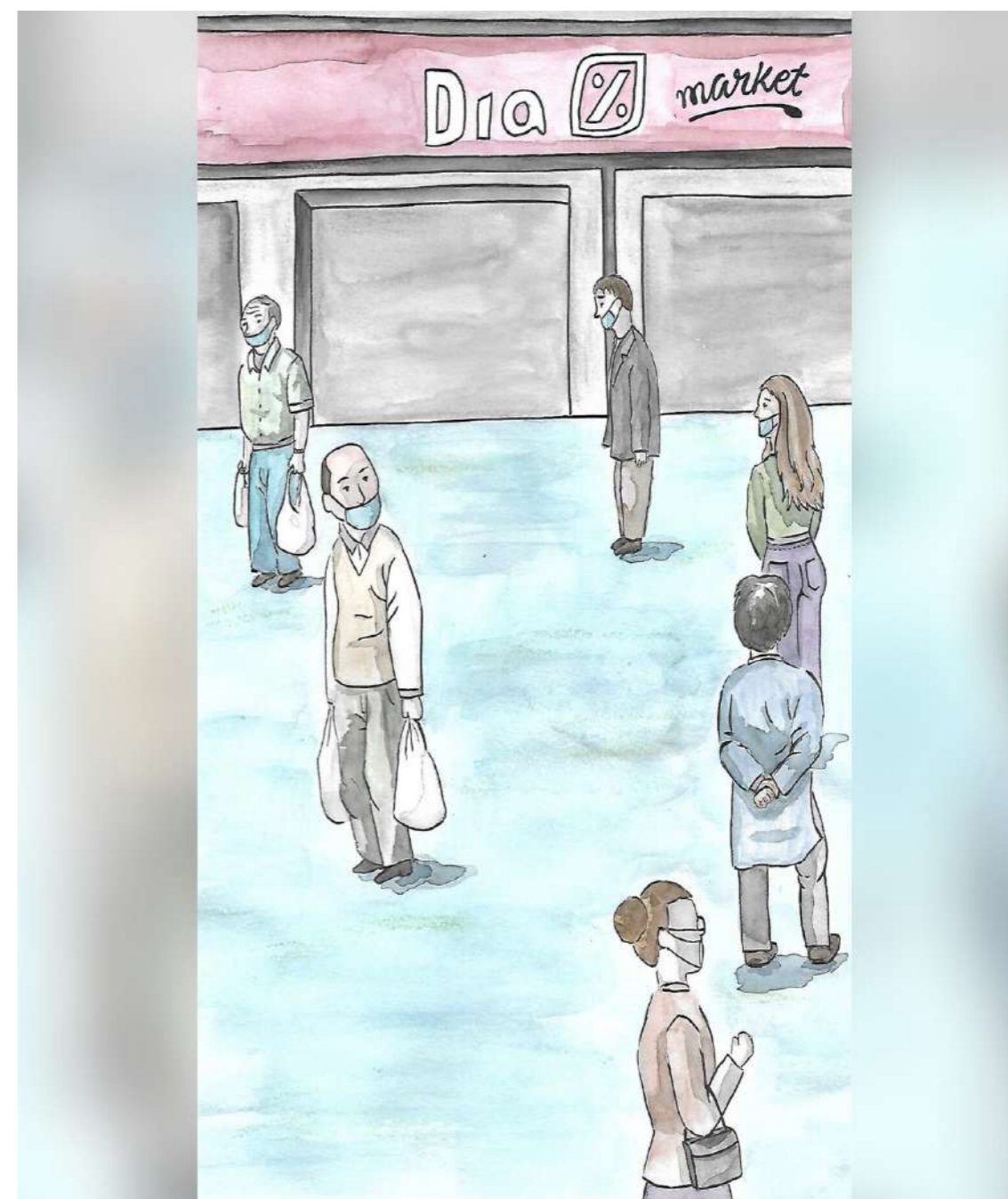
Las imágenes de las noticias eran aterradoras, casi tanto como las cifras. Estas fotografías mostraban, entre otros escenarios, la Puerta del Sol, donde pocos meses antes celebrábamos el comienzo de una década; nadie se imaginaba lo que estaba por venir, parecía como si un manto gris cubriese la ciudad, dándole un aire taciturno. Despiadado. Casi como una película de las hermanas Wachowski, en la que la raza humana lucha por la supervivencia tras un terrible acontecimiento.

Muchos habrán perdido la fe esperando lo peor, sin tener en cuenta que por muy largo que el confinamiento sea, al final llegaría la primavera y con ella traería lo que más necesitamos: vida.

Malasaña abriría sus comercios, siempre tan auténticos, y Ponzano, sus numerosos bares y tascas. El sol alumbraría los parques y los bancos de Chamberí, confortando a niños y ancianos. Volverían los domingos en la Latina, la hora del vermut y las mañanas en el rastro, la alegría de Chueca, la algarabía de la Plaza Mayor. Madrid volvería a rebosar cultura en las grandes salas blancas y luminosas del Prado; el encanto decimonónico del paseo de Recoletos. Se podría saborear la maravillosa calma del jardín botánico, un pequeño paraíso en medio de la gran ciudad, siempre tan bulliciosa.

Volveremos a ver nuestro Madrid desde los ojos de un arquitecto, prestando mayor atención a las fachadas tan artísticas de los edificios de la Gran Vía; desde los ojos de un escritor, volviendo a la luz bohemia de Valle-Inclán y su mítico San Ginés; observaremos con los ojos de un turista, emocionándonos con aquellas cosas que dábamos por sentadas y a las que estábamos tan acostumbrados.

Por ahora, esto no es más que una ilusión, una mirada esperanzada hacia un futuro bastante incierto desde un presente consternado. Solo nos queda lo más duro, a lo que menos dispuesto está el ser humano: la espera.



Lucía Yubero. *Psicología de supervivencia*

Tres tercios de un pánico incompleto

Muna Robles Puentes

Parques que olían a verde, nevados de margaritas suaves y rugidos amarillos, la locura de los dientes de león. Sus colores se esfumaban a medida que mirábamos y eso fue lo primero que notamos.

Todo esto lo empezó un explorador que perdió su olfato porque le entró un mosquito tropical en la nariz, los médicos decían que tenía un veneno corrosivo.

A golpe de teléfono se lo dijo a su madre y el veneno le llegó a la velocidad del sonido. Empezó a escuchar con ansia la tele durante horas, se aprendió el sonido de la puerta y aprendió a distinguir las pisadas de cada vecino. Pero a más escuchaba menos oía y entonces llegó el pánico. Se lo contó a la farmacéutica y al panadero y a todo el que se encontró por el camino.

Todo esto empezó cuando Pánico pasó a escribirse con mayúscula.

Era dramático y enigmático, con el Pánico dejabas de sentir, cada uno perdía un sentido de forma figuradamente aleatoria. En el último punto la música se convertía en pitido desgarrador; los cuadros, manchas difusas que reflejaban tus peores pesadillas; las rosas no pinchaban y el café olía igual que los charcos.

Todo esto lo empezó el que corrió a comprar diez bozales para no hablar del tema. O todos los que se lo pusieron.

Los bozales no debían apretar lo suficiente las cabezas y a más lo pensabas menos lo entendías. Algunos dejaron de oír y los que oían, solo oían gritos de ciegos chocándose. Otros dejaron de ver y los que veían, solo veían la confusión de quien sin tacto se desgarró el alma, de quien sin olfato no adivinó su casa ardiendo.

Todo esto lo empezaron las autoridades que cerraron las ciudades.

Poco a poco perdías las metáforas entre los pliegues del Pánico. Y dejabas de oler el miedo y de saborear la victoria, dejabas de ver la vida de color de rosa y la gente se tragó sus palabras sin saborearlas.

Todo esto lo empezó el que salió a la calle, aunque no podía, porque quería ver al amor de su vida.

Pero no pudo ver la esperanza en sus ojos, ni la pasión que desprendía el rojo de sus mejillas y ella no notó la miel de sus labios, ni su amarga despedida y dejó de eclipsar la belleza de la luna, la vida empezó a ser insípida.

Todo esto empezó cuando cerraron los colegios y los museos, confinando al ostracismo el deleite de los sentidos

Los filósofos empiristas no notaron como la razón se les escurría entre los dedos.

Los psicólogos comenzaron a tener silenciosas pesadillas con el vacío. Los escritores redactaban los secos quejidos encerrados que solo entendían las musarañas, los pintores solo atendían como musas a las arañas.

Y en el medio vagaban por las conciencias los espíritus de tumbas mal selladas. Viejas quejas, anquilosadas a momentos históricos. Gigantes que se alimentan del hambre ajena siguen disparando y errando.

Todo esto lo acabó una niña que nadie escuchó llegar. Abría un juego en otro mundo, otro tiempo y otro espacio. Se quedó la puerta abierta y la luz encendida.

Su madre, desesperada por la casa en busca de su legendario olfato perdido. Su hermana ciega y su padre sordo discutiendo sin cesar despertaron a su abuela, poseedora de la sabiduría del que sin ver conoce las facciones del tiempo, sin oír se sabe la canción del destino y sin degustar las rancias palabras de la cólera, supo esconderla debajo de la alfombra. La sorpresa se mezcló con un repentino olor a chamusquina que se reía, proveniente sin dudar de la habitación de su hija. Y los cuatro entraron por la puerta con la sonrisa puesta.

Todo esto lo acabaron mirando de frente al Pánico, oyendo los astros que incansables seguían parpadeando, oliendo las dulces promesas de un presente que se escapaba por una puerta que se quedó entornada.

Fotografía de fondo: Begoña Robledo

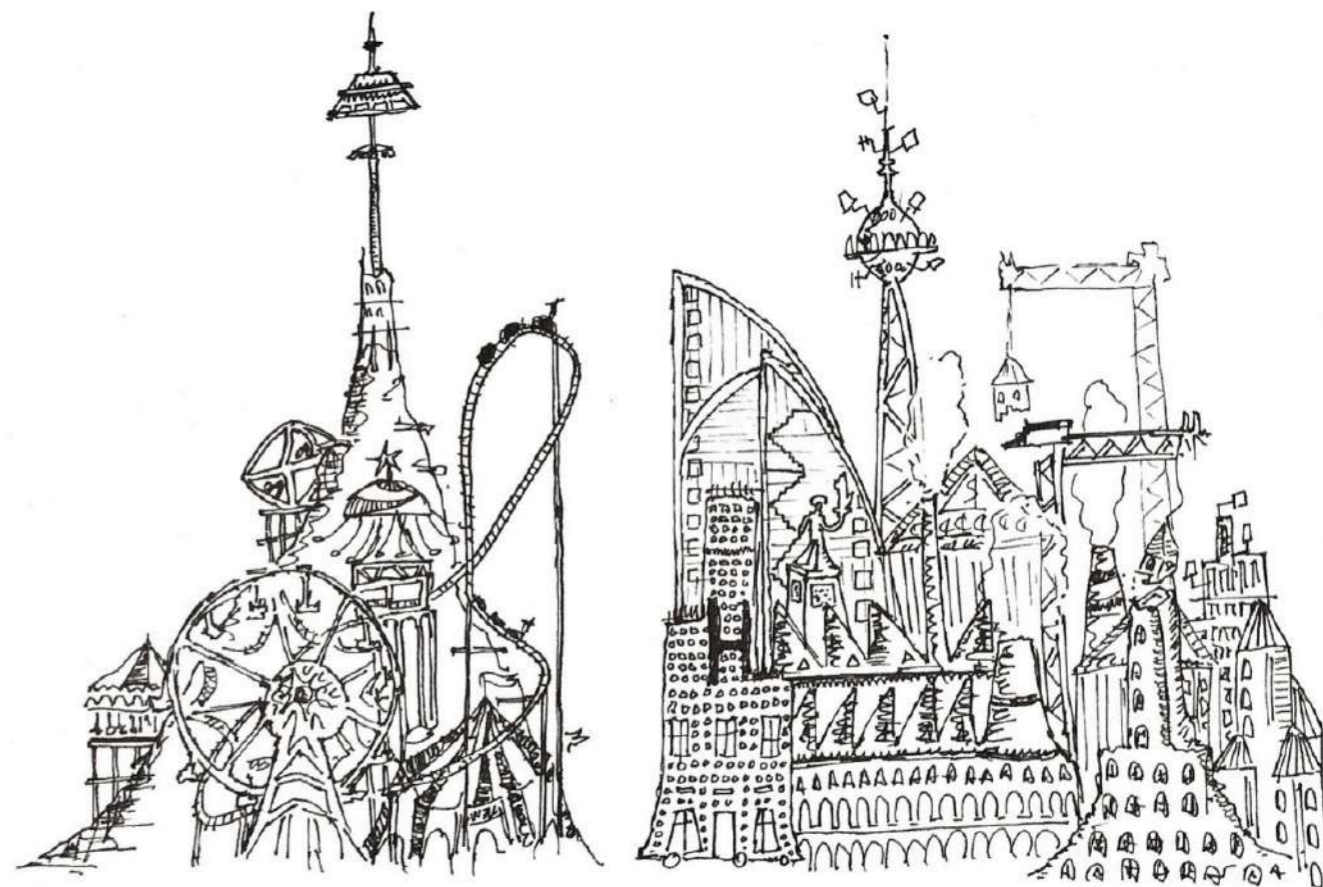
«Ahora diré de la ciudad de Zenobia que tiene esto de admirable: aunque situada en terreno seco, se levanta sobre altísimos pilotes, y las casas son de bambú y de zinc, con muchas galerías y balcones, situadas a distintas alturas, sobre zancos que se superponen, unidas por escaleras de mano y aceras colgantes, coronadas por miradores cubiertos de tejados cónicos, depósitos de agua, veletas, de los que sobresalen roldanas, sedales y grúas»



«Si a quien vive en Zenobia se le pide que describa cómo sería para él una vida feliz, la que imagina es siempre una ciudad como Zenobia, con sus pilotes y sus escalas colgantes, una Zenobia tal vez totalmente distinta, con estandartes y cintas flameantes, pero obtenida siempre combinando elementos de aquel primer modelo. Dicho esto, es inútil decidir si ha de clasificarse a Zenobia entre las ciudades felices o entre las infelices. No tiene sentido dividir las ciudades en estas dos clases, sino en otras dos: las que a través de los años y las mutaciones siguen dando su forma a los deseos y aquellas en las que los deseos, o logran borrar la ciudad, o son borrados por ella»

Italo Calvino, *Las ciudades invisibles: Las ciudades sutiles 2*

«La ciudad de Sofronia se compone de dos medias ciudades. En una está la gran montaña rusa de ríspidas gibas, el carrusel con el haz estrellado de sus cadenas, la rueda con sus jaulas giratorias, el pozo de la muerte con sus motociclistas cabeza abajo, la cúpula del circo con su racimo de trapecios colgando en el centro. La otra media ciudad es de piedra y mármol y cemento, con el banco, las fábricas, los palacios, el matadero y la escuela»



Ilustraciones: Adrià Ibáñez

«Así todos los años llega el día en que los peones desprenden los frontones de mármol, deshacen los muros de piedra, los pilones de cemento, desmontan el ministerio, el monumento, los muelles, la refinería de petróleo, el hospital, los cargan en remolques para seguir de plaza en plaza el itinerario de cada año. Ahí se queda la media Sofronia de los tiros al blanco y los carruseles, con el grito suspendido de la navicilla de la montaña rusa invertida, y empieza a contar cuántos meses, cuántos días tendrá que esperar antes de que la caravana regrese y la vida entera vuelva a empezar»

Italo Calvino, *Las ciudades invisibles: Las ciudades sutiles 4*

La anarquía de los rituales matutinos con pasta de dientes

Julia García Garcés

Podría escribir sobre cientos de temas, el desarrollo y la resolución de sudokus, el laborioso proceso de composición de bizcochos de yogurt o el arduo trabajo de pintar mariquitas y abejas en piedras de río. Sin embargo, he decidido no aburrir a mi humilde lector con estos complejos procedimientos. También podría escribir sobre cómo, en un alarde de solidaridad, toda la calle mayor de mi pueblo sale a las 20h en punto, sin faltar ni un minuto a aplaudir, metidos en esos pequeños espacios de aire mezclados con libertad oxigenada, pero no lo haré, porque es un tema corriente, y nosotros, los escritores somos personas de todo, menos corrientes. Escribiré sobre mi día a día, de cómo los lunes pasaron a ser sábados, ¿o quizá miércoles? No, me parece que era viernes...

Mi casa se puede decir que, desde que este retiro espiritual comenzó, se ha sumido en una anarquía horaria, es como si el tiempo, dándose cuenta de lo esencial que es, con un pavoneo arrogante, se paseara de aquí para allá sin entrar en nuestras vidas, tentándonos a salir para cogerlo y así devolverlo al reloj donde pertenece. Aunque eso sería injusto, no tenemos ningún derecho a encerrar a un ente tan bonito y etéreo, nosotros mismos estamos experimentando lo que es estar en una jaula. Cada uno se dedica unos minutos por la mañana para desperezarse, como un gato, no hay prisa, tenemos todo el tiempo del mundo, aunque, realmente no tenemos nada, he decidido que no iba a cometer tal acto de injusticia, el tiempo que sea libre. Así mismo, después de estar observando mis zapatillas de estar por casa como si fuera *El Ángelus* de Millet durante un largo periodo de tiempo, decido hacer acopio de todas mis fuerzas para “levantarme a descongelar la cena de esta noche”.

No soy una persona de palabras ligeras por la mañana, en ocasiones mi madre desempeña la función de reloj despertador, de manera muy efectiva, y al son de la música que mi padre esté reproduciendo esa mañana, da un par de gritos “¡Julia, el zumo está en la mesa!”

Perezosamente voy a la cocina, donde sonámbula, bebo el refrescante zumo recién exprimido. Llevaba mucho tiempo sin beber semejante ambrosía, esta es una de las cosas que se echan de menos, la naturalidad y tranquilidad con las que se desarrollan las cosas en mi casa. Empiezo a despertarme en cuanto muerdo una tostada de queso, mis pensamientos y enlaces neuronales empiezan a funcionar, todo mi cerebro recibe cordialmente los estímulos que llegan desde el exterior. Después de desayunar salgo al balcón, la calle se encuentra solitaria, como es natural, tal vez un par de personas esperan ansiosamente a que el panadero abra la tienda para comprar un delicioso pan recién horneado, caliente y humeante, huele a hogar.

Una vez terminado todo este ritual matutino, mi silla de estudio me abraza cálidamente y encajo con arte mis responsabilidades intelectuales. Me informo, memorizo y hago que mis dedos se desentumezcan hábilmente sobre el teclado negro y blanco de mi ordenador, el tecleo reproduce melódicamente la música de la escritura, del deber, palabras y palabras adormecidas se desempolvan y se estampan en las páginas blancas de la pantalla como una obra de arte. Mientras tanto, mi bandeja de entrada se inunda con las aguas de correos telemáticos que tan amablemente la universidad se hace cargo de enviarme, los leo pacientemente, esperando alguna noticia alentadora que me informe de cómo se solventarán los espacios y bucles y abismos en los que nos encontramos colgando. En realidad, la montaña sería un buen sitio en donde estar ahora mismo, tumbada sobre un manto de hierba verde, mullida y con olor a pasta de dientes.



Fotografía: Héctor Montón

Oasis sonoro

Amanda del Rey

21:00 h: Reviso por enésima vez los vídeos que llegan a *Tejeros viajeros*. Hace apenas un mes, todo lo relacionado con este lugar virtual de encuentro familiar habría sido ignorado sistemáticamente. Ahora todos somos mucho más “simpáticos”.

21:04 h: Un jabalí en mi pantalla. Un enorme jabalí campando a sus anchas por las calles desiertas de la *Ciutat Vella*. El autor del vídeo se afana en la persecución del animal, para su regocijo y mi disgusto.

22:37 h: Vuelvo a abrir *Tejeros Viajeros* en busca del vídeo del jabalí. Es hipnótico e indignante a partes iguales. Imagino qué pasaría si un animal de estas características hiciese una incursión en Embajadores, atravesando el bar Cristi 2. Seguro que algún borracho haría alguna gracia. No me resultaría algo tan estrambótico; cosas como esta ocurren en pueblos no tan lejanos. En la Salamanca profunda, pude encontrar un avestruz que fue inducida a la intoxicación etílica y subía por la paradójicamente llamada Calle Grande dando tumbos.

23:03 h: La vecina de enfrente es siniestra. Cuando los demás salen a aplaudir, ella esboza una mueca de descontento. Pero es un bonito gesto simbólico, nos mantiene “unidos” y bueno, para los más *místicos* es un momento para “vibrar alto” y mandar buenas energías a todos los “héroes anónimos” (o a Amancio Ortega, al cual algunos cantaron el cumpleaños feliz por el balcón mientras la vecina de enfrente no daba crédito... ni yo tampoco).

23:11 h: Mientras otros cantan y bailan *Resistiré*, yo echo *un serio* con la moradora del balcón de enfrente. No me cabe ninguna duda, esa señora me va a aguantar la mirada sin problema.

04:20 h: Mi cama nido chirría al darme la vuelta y aprovecho para ir al baño. Me topo con mi reflejo. Pienso en Mario: «Vi tus fotos en Facebook y eres una mujer bella, pero te has *deformado*, (¿o dijo *desfigurado*?). ¿A qué crees que se debe tu obesidad?». Me alegro de haberle robado ese estúpido libro sobre la comunicación en pareja; y que la acción fuese previa a su agresión verbal. Esto me pasa por empezar terapia con un tipo que sigo en una red social...

4: 23 h: Ojalá le hubiese dicho que él está calvo. Aunque supongo que ya lo sabe.

5:30 h: Este es el mejor momento del día. A la del sexto aún le falta media hora para empezar a taconear.

5:34 h: Esta aparente paz se ve interrumpida por mi desorden auditivo. Necesito escuchar música. Robert Smith siempre estará ahí.

6:00 h: Quizás debería intentar encontrar un equilibrio entre este *horror vacui* previo al atracón sonoro, la tortura autoinfligida de escuchar álbumes como *The Top* a todo volumen, y el desapasionado «por un oído me entra y por otro me sale» habitual.

6:27 h: Madrid no es (sólo) *Carcépolis* o *Necrópolis*. Madrid es un infierno auditivo y yo voy a ser activista por los derechos del sibarita musical o amante del silencio. Cuando vuelva a tener que utilizar el transporte público lucharé contra la *violencia sonora* a la que nos vemos sometidos en el metro.

6:33 h: Y puede que al psicólogo le queme la consulta.

Fotografía de fondo: Carmen Blázquez

Puerta del Sol

Álvaro Tasende

En la puerta del Sol se dan cita personajes solitarios y grupos de turistas, manteros siempre atentos a la policía, predicadores y cartelistas. Todos entran y salen en un flujo constante a través del metro y las calles adyacentes. No es raro ver tampoco a un grupo de ancianos reunido con su bastón y su periódico; son los últimos supervivientes de la bomba gentrificadora, el último resquicio vecinal. Para ellos la puerta del Sol sigue siendo la plaza del barrio. Los turistas más cansados se sientan alrededor de las fuentes, comen helados, leen el periódico o hablan entre ellos. También es habitual ver en la plaza alguna que otra manifestación sobre la unidad de la Patria, por la república, la independencia de Venezuela, los derechos de los animales y en contra del tabaquismo. Todas estas manifestaciones (unas masivas, otras ridículas por el escaso número de manifestantes) conviven con el panorama rutinario de la plaza. A veces los turistas preguntan el porqué de algunas y entonces los locales presentes los ilustran sobre política española, sin ser raro que se acerque otro de ideología diametralmente opuesta y estos acaben en discusión con el turista en el medio, achicharrado, y sin saber exactamente cómo salir de ahí.

Hay gente que va con mucha prisa, gente que va muy despacio y gente que simplemente espera o es espectadora. Minnie Mouse, Bob Esponja y compañía hinchan globos; bajo las caretas rostros latinoamericanos, algunos ancianos, a los que me imagino les costará respirar debajo de esos enormes disfraces, peleando el euro, pidiendo *selfies*. No faltan tampoco mimos y músicos callejeros. De fondo, cerca del estanco y enfrente de la pastelería se vende lotería con la melodía habitual. De vez en cuando suenan las sirenas, las motos de la local aceleran y se meten por Preciados; el tumulto abre paso a la policía, el estancero les grita: «¡Pero si os he llamado yo antes!». La gente viene de compras, bolsas de Primark, hamburguesas del McDonald's y batidos chorreantes, frentes sudorosas. «*Ohhh, amazing, isn't it?*», dice el turista contemplando el espectáculo de magia. Al predicador lo escuchan solo cinco, habla del desierto, de la desesperación y de la salvación. Y en el medio, en el medio de todo esto, la estatua ecuestre, serena e imperturbable de Carlos III, viendo la plaza que él construyó, la ciudad que mandó modernizar "a la europea". ¿Carliños, qué piensas tú de todo esto?

Caperucita

Andrea Alvarado Pascual

Veinticinco, veintiséis, veintisiete, veintiocho, veintinueve...
Me gusta el nuevo cuadro que he agregado a mi habitación, queda bonito, refleja a una caperucita roja sin miedo, que sostiene el hacha para defenderse del lobo.

Tumbada en mi cama leo a Jodorowsky mientras el incienso se consume. Han pasado unos cuantos días, pero para mí todo sigue igual. Suelo quedarme en casa, me aterra el exterior, me da ansiedad encontrarme con personas. Muchos recuerdos malos.

Ahora que todos estamos obligados a quedarnos en casa es cuando más siento la necesidad de salir. En las plazas donde solían concentrarse ruidosos niños ahora solo reina el silencio. Siento la imperiosa necesidad de estar sola, pero en casa ya no lo estoy, vivo con mi familia que, a modo de prevención, trabaja desde casa. No soporto esta sensación de ahogo.

El lobo del cuadro me está mirando, reposa sobre mi pecho y no encuentro el hacha. Caperucita está aquí, me mira y sonrío. Líquido granate sale de mi cuerpo. El lobo ha acabado su tarea y la pequeña Caperucita sigue mirándome. Sé lo que quiere.

Treinta.

Treinta y uno, treinta y dos, treinta y tres...

El recuerdo de sus garras aún sigue en mi pecho.

Treinta y cuatro, treinta y cinco, treinta y...

Caperucita me lo quitó.

Treinta y siete.

La sangre aún no se ha secado.

Treinta y ocho.

La cicatriz perdurará, me ha marcado como suya.

Treinta y nueve.

Papá sale de la habitación y mamá vuelve de la compra. Ahora tiene menos oportunidades de entrar sin ser visto, pero Caperucita le ayuda.

Cuarenta.

Mi ciudad amada

Vanessa Menéndez Montero

Hoy cumpla 26 primaveras en la ciudad donde nació. Alza la vista y observa colgadas las postales de todos los sitios en los que ha dejado una parte de mí: Milán, La Haya, Santa Fe.

Porque las ciudades las hacen sus habitantes, no me sería grato describir a Santa Fe sino a través de sus personas y personajes, y de las experiencias que compartí allí. Santa Fe me trató bien. Los santafesinos aún mejor. Decían ser los andaluces de Argentina, ¡ingenuos!

Un sábado de agosto fui a una fiesta con unos amigos santafesinos que había conocido al comienzo de mi estancia. Ya había adquirido la entrada por adelantado, 300 pesos, lo que en mi precario sistema de conversión mental equivalían a unos 25 euros. Pasamos la noche bailando cumbia y bebiendo cerveza hasta que se agotaron todos los barriles. Me quejé con fiereza. Al día siguiente, en un asado organizado por el mismo tipo que me vendió la entrada, Fredy exclamó: «¡Mirá que Vanessa se puso toda brava cuando vio que escaseaba la cerveza! Ja ja ja». «Y bueno, para algo pagué una entrada, no esperaba que la barra libre se agotara tan pronto», me justifiqué. «¿Cómo que pagaste una entrada? Vanessa, querida gallega mía, la fiesta de ayer era gratis», aseveró Pablo.

Los domingos por las tardes se organizaba un mercadillo en la plaza de Ituzaingó. Con la ilusión de adquirir un mate para iniciarme en este rito social, me dirigí a uno de los puestos más humildes. El puesto de mates artesanales, tallados con simbología que evocaba el *sumak kawsay*, estaba regentado por un hombre de unos cuarenta años. Decía ser patagónico. «¡Qué suerte!», pensé para mis adentros. San Martín de los Andes me había robado toda capacidad de amar cualquier otro lugar. Enseguida me dirigió una curiosa mirada: «¿De dónde sos?». «De España», le contesté. «¡Ahh, los españoles!, ustedes no saben qué es una crisis. Acá las crisis no terminan nunca. No bien empieza una y le sigue otra, y otra, y otra, y así todo el tiempo». Habían acabado las clases y me disponía a despedirme de mi único amigo de la Facultad. Augusto me había llevado en varias ocasiones a tomar café a la Chopería. Era un sitio importante. Le sugerí ir allí a tomar el último liso antes de los exámenes y de mi vuelta a España. Accedió.

Al final de la tarde, le tendí un libro: *Corazón tan blanco*, de Javier Marías. Era mi libro favorito, después de tanto. En señal de agradecimiento, me quiso invitar a una cena. Accedí. Fue la primera vez que probé la comida sirio-libanesa y la última vez que planeé ir con alguien al Fin del Mundo.

Todo aquello era Santa Fe. Hoy cambio los recitales de poesía en la Ferrovia por borradores de relatos entre las cuatro paredes de mi estudio y el helado de dulce de leche por bizcochos de limón sacados de un recetario antiguo. Añoro mucho Santa Fe, pero no pienso en volver porque, cuando acabe todo, ya nada será lo que en su día fue.

Fotografía de fondo: Martina Manzano

La ciudad que se esconde en su cielo

Natalia del Buey

«Apagaste el mundo y encendiste la noche»
Luis Alberto de Cuenca

La dulce niña miraba desde su ventanal la noche que cubría su ciudad. Esta era una práctica que llevaba a cabo a menudo, le gustaba creer que al otro lado del cielo habría un universo esperándola. Si alguien apagaba todas las luces de la tierra podría ver la gran bóveda tal y como había sido creada. Había días en los que la noche se dejaba iluminar por un millón de puntitos estrellados que se entremezclaban con planetas, meteoritos e incluso algún que otro marciano perdido. La niña no sabía distinguir a unos de otros, pero le gustaba jugar a imaginar todos los elementos del cielo. Había otras noches en las que un gran círculo blanco, al que los astrónomos llamaban luna, se apoderaba de todas las luces de la galaxia. La pequeña niña siempre pensó que era un poco coqueta y acaparadora, aunque le fascinaba ver los trajes que intercambiaba con su armario cada noche.

Sin embargo, las últimas noches la niña había observado que el cielo se había apagado. Durante el día había escuchado a los mayores, a quienes consideraba los más sabios del mundo, y había descubierto que no solo era su cielo el que estaba muriendo. Su ciudad también dormía: estaba siendo tomada por un monstruo microscópico que quería terminar con ella y con sus habitantes. Cada noche, este ser apagaba una de las lámparas del cielo con el fin de crear oscuridad. Su ciudad y su cielo se vaciaban. Ya no había asteroides que jugaran con planetas, ni la luna se cambiaba sus trajes, y hasta los marcianos permanecían en sus casas con el fin de no contagiarse. Ninguno de ellos quería desaparecer.

Una de las noches en las que la curiosa niña observaba triste el cielo de su ciudad, encontró en él una pequeña lucecita que brillaba a lo lejos. Se encontraba a años luz, pero ella la sintió muy cerca. Trató de comunicarse con la estrella y notó, de pronto, un pinchazo en su frágil corazón. Entonces se acordó de aquel amigo al que no podía visitar por culpa del monstruo maligno.

Y se encendió otra estrella en el cielo. Pensó en sus abuelitos, que se encontraban en otra ciudad cercana. Cada vez había más luceros en el firmamento, tantos como personas echaba de menos.

Comenzó así a comprenderlo todo y le puso nombre a cada una de las estrellas que veía. Recordó a todas las personas que estaban lejos y notó su cercanía. Le tranquilizaba pensar que todas ellas miraban a la vez su cielo desde sus ventanales y balcones, que se habían convertido en la única escapatoria a la libertad. Así, aquel firmamento que protegía su ciudad dejó de ser oscuro para llenarse de luz. Los asteroides, los planetas, las estrellas, la luna y los marcianos habían salido para alumbrar a los humanos. El cielo se llenó de esperanza, de luz, de vida.

Pasó, de pronto, una rápida estrella fugaz. La niña, sonriente, pidió un deseo: «ojalá pronto estemos juntos mirando el mismo cielo».



Natalia del Buey. *La ciudad que se esconde en su cielo*

[DESDE EL ÚTERO]

«Sus manos buscaron la carne inmediata y la pena igualó al deseo en la inmensa complejidad del amor»

Carson McCullers, *Dilema doméstico*



[DESDE EL ÚTERO]

«Sus manos buscaron la carne inmediata y la pena igualó al deseo en la inmensa complejidad del amor»

Carson McCullers, *Dilema doméstico*



Ilustración: Lucía Yubero

La caída del silencio

Lara Fuentes

Cuando cayó el silencio
no hubo rumor de arroyos
reptando por las ahora áridas
llanuras de la tierra
ni ramas enredadas en la brisa
los senderos no fueron recorridos
por el ruido de los pasos que los crean

No hubo personas allá donde
las palabras se transforman
en recuerdos de largas horas
perdidas en las grietas temporales.

Cuando cayó el silencio
aprendimos a descifrar
con claridad el susurro
incomprensible.



María Castillejo. Santa Coloma desde abajo

[CUENTISTAS]

Abad Reguera, Sara

Graduada en Ciencias Políticas y Sociología (UC3M)
Taller de Microrelato, feb-mar 2015.

Aleman, Lorena

Doctoranda en Derecho Penal (UB)
Taller “Grandes relatos a ambas orillas del Atlántico”, mar-abr 2018.
Taller “Llegir és escollir” (Biblioteca Jaume Fuster), mar-abr 2020.

Alonso Martínez, Ana Irene

Grado en Estudios Ingleses (UAM).
Taller de Escritura, mar-abr de 2020.

Alvarado Pascual, Andrea

Máster en Estudios Artísticos, Literarios y de la Cultura (UAM).
Taller de Escritura, oct-nov 2019.
Taller “Literatura y Filosofía”, mar-abr 2020.

Anés, Almudena

Grado en Historia del Arte (UAM).
Taller “Grandes relatos a ambas orillas del Atlántico”, mar-abr 2018.
Taller “Cuentos fantásticos del XIX y XX”, oct-nov 2018.
Taller “Mujeres escritoras III”, mar-abr 2019.

Aparicio Domínguez, Ana

Grado en Estudios Internacionales (UAM).
Taller “Mujeres escritoras III”, mar-abr 2019.
Taller “El boom latinoamericano”, oct-nov 2019.
Taller “Literatura y Filosofía”, mar-abr 2020.

Arzur, Mathis

Estudiante Erasmus (UAM).
Taller de Escritura, mar-abr 2020.

Atares, María

Grado en Medicina (UB).
Taller “Mujeres escritoras II”, mar-abr 2020.

[CUENTISTAS]

Bergnes de las Casas Estrada, Sònia*

Grado en Ingeniería Eléctrica (UPC).
Taller “Cuentos fantásticos y ciencia ficción”, oct-nov 2019.
Taller “El boom latinoamericano”, mar-abr 2020.

Blanco Dios, Lara*

Grado en Ciencias Físicas (UAM).
Taller de Escritura, oct-nov 2019.
Taller “Literatura y Filosofía”, mar-abr 2020.

Blázquez, Carmen

Grado en Traducción e Interpretación (UAM).
Taller de Escritura, oct-nov 2019.
Taller “Literatura y Filosofía”, mar-abr 2020.

Botam i Cortina, Maria

Taller “Llegir és escollir” (Biblioteca Jaume Fuster), mar-abr 2020.

Burón, Jorge

Graduado en Ciencias Políticas (UAM).
Taller “Grandes relatos a ambas orillas del Atlántico”, mar-abr 2018.
Taller “Cuentos fantásticos del XIX y XX”, oct-nov 2018.
Ayudante del Taller de Escritura, mar-abr y oct-nov 2019

Callado de la Paz, Natalia

Grado en Psicología (UAM)
Taller de Escritura, oct-nov 2019.

Castillejo Fernández, María*

Grado en Bellas Artes (UB).
Taller “Mujeres escritoras II”, mar-abr 2020.

Chandnani, Rubina

Doctoranda en Neurociencias (UAM).
Taller “Literatura y Filosofía”, mar-abr 2020.

[CUENTISTAS]

Del Buey, Natalia*

Grado en Filología Hispánica (UAM).
Taller de Escritura, mar-abr 2020.

Del Castillo, Francesca María

Grado en Enfermería (UAM).
Taller “Cuentos fantásticos del XIX y XX”, oct-nov 2018.
Taller “Mujeres escritoras III”, mar-abr 2019.
Taller “El boom latinoamericano”, oct-nov 2019.
Taller “Literatura y Filosofía”, mar-abr 2020.

Del Rey, Amanda

Graduada en Historia y Ciencias de la Música (UAM).
Taller de Escritura, oct-nov 2019.

Díaz Teodori, M^a Alejandra*

Grado en Física (UAM).
Taller de Escritura, mar-abr 2020.

Duque Utrera, Victoria

Grado en Enfermería (UAM)
Taller “Cuentos fantásticos del XIX y XX”, oct-nov 2018.
Taller “Mujeres escritoras III”, mar-abr 2019.
Taller “El boom latinoamericano”, oct-nov 2019.

Fernández Burgueño, Ana

Grado en Filología Hispánica (UAM).
Taller de Escritura, mar-abr 2020.

Fuentes, Lara

Grado en Medicina (UAM).
Taller “Grandes relatos a ambas orillas del Atlántico”, mar-abr 2018.
Taller “Cuentos fantásticos del XIX y XX”, oct-nov 2018.
Taller “Mujeres escritoras III”, mar-abr 2019.
Taller “El boom latinoamericano”, oct-nov 2019.

[CUENTISTAS]

García Garcés, Julia.

Grado de Estudios Ingleses (UAM).
Taller “Grandes relatos a ambas orillas del Atlántico”, mar-abr 2018.
Taller “Cuentos fantásticos del XIX y XX”, oct-nov 2018.
Taller “Mujeres escritoras III”, mar-abr 2019.
Taller “El boom latinoamericano”, oct-nov 2019.
Taller “Literatura y Filosofía”, mar-abr 2020.

Gómez Villamayor, Carmen

Ex-alumna de Psicología (UAM).
Taller “Mujeres escritoras III”, mar-abr 2019.

Gutiérrez Bermejo, Eugenia

Grado en Bioquímica (UAM).
Taller “El boom latinoamericano”, oct-nov 2019.
Taller “Literatura y Filosofía”, mar-abr 2020.

Infantas Torres, María Luisa

Máster en Gobernanza y Derechos Humanos (UAM).
Taller “Literatura y Filosofía”, mar-abr 2020.

Lombardía Ramil, Caetana

Grado en Psicología (ex-UAM/actualmente Universiteit van Amsterdam).
Taller “Mujeres escritoras II”, mar-abr 2017.
Taller “Grandes relatos a ambas orillas del Atlántico”, mar-abr 2018.

López, Pedro

Grado en Psicología (UAM).
Taller “El boom latinoamericano”, oct-nov 2019.
Taller “Literatura y Filosofía”, mar-abr 2020.

López Franco, Teresa

Grado en Filosofía (UAM).
Taller “Literatura y Filosofía”, mar-abr 2020.

Luengo Márquez, Juan

Máster en Física de la Materia Condensada (UAM).
Taller “Literatura y Filosofía”, mar-abr 2020.

[CUENTISTAS]

Manzano García, Martina

Grado en Estudios Ingleses (UAM).
Taller de Escritura, mar-abr 2020.

Martí Clotet, Pau

Grado en Estudios Literarios (UB).
Taller “Mujeres escritoras I”, oct-nov 2020.
Taller “Mujeres escritoras II”, mar-abr 2020.

Martínez, Cristina

Máster en Estudios Internacionales Francófonos (UAM).
Taller “Literatura y Filosofía”, mar-abr 2020.

Martínez Bueno, Judith

Grado en Ciencias Políticas y de la Administración (UB).
Taller “Mujeres escritoras II”, mar-abr 2020.

Medina, Virginia

Grado en Lenguas Modernas, Cultura y Comunicación (UAM)
Taller “Cuentos fantásticos del XIX y XX”, oct-nov 2018.
Taller “Mujeres escritoras III”, mar-abr 2019.
Taller “El boom latinoamericano”, oct-nov 2019.
Taller “Literatura y Filosofía”, mar-abr 2020.

Menéndez Montero, Vanessa

Doctoranda en Derecho Internacional Público (UAM).
Taller de Escritura, mar-abr 2020.

Montón Jule, Héctor

Grado en Filosofía e Historia y Ciencias de la Música (UAM).
Taller “El boom latinoamericano”, oct-nov 2019.
Taller “Literatura y Filosofía”, mar-abr 2020.

Mora, Sandra

Graduada en Traducción e Interpretación (UAM)
Taller “Grandes relatos de la literatura universal”, mar-abr 2016.

[CUENTISTAS]

Moreno, Sandra*

Grado en Biología (UAM).
Taller “Cuentos fantásticos del XIX y XX”, oct-nov 2018.
Taller “Mujeres escritoras III”, mar-abr 2019.

Perramon Aragonès, Mariona*

Doctoranda en Filosofía del Derecho (Pompeu Fabra).
Taller “Grandes relatos de ayer, hoy y siempre”, oct-nov 2017.
Taller “Grandes relatos a ambas orillas del Atlántico”, mar-abr 2018.
Taller “Llegir és escollir” (Biblioteca Jaume Fuster), mar-abr 2020.

Poveda Figueroa, Javier

Máster en Inteligencia Artificial (UPC).
Taller “El boom latinoamericano”, mar-abr 2020.

Rizzo, Alberto

Director del Aula de Teatro (UPC).
Taller “Cuentos fantásticos y ciencia ficción”, oct-nov 2019.
Taller “El boom latinoamericano”, mar-abr 2020.

Robledo, Begoña

Grado en Estudios de Asia y África especialidad Japonés (UAM)
Taller “El boom latinoamericano”, oct-nov 2019.
Taller “Literatura y Filosofía”, mar-abr 2020.

Robles Puentes, Muna

Grado en Historia del Arte y Ciencias y Lenguas de la Antigüedad (UAM).
Taller “Literatura y Filosofía”, mar-abr 2020.

Rodríguez Gómez, Miguel

Grado en Física (UAM)
Taller “Literatura y Filosofía”, mar-abr 2020.

Romero Palacios, Pablo

Graduado en Filosofía (UAM).
Taller de Escritura, mar-abr 2020.

[CUENTISTAS]

Rubio, Miguel

Grado en Bioquímica (UAM).

Taller “El boom latinoamericano”, oct–nov 2019.

Taller “Literatura y Filosofía”, mar–abr 2020.

Sanz Rojas, Silvia

Grado en Estudios Hispánicos (UAM).

Taller de Escritura, mar–abr 2020.

Tasende, Álvaro

Grado en Derecho (UAM).

Taller de Escritura, mar–abr 2020.

Velasco, Jean

Grado en Enfermería (UAM).

Taller “El boom latinoamericano”, oct–nov 2019.

Taller “Literatura y Filosofía”, mar–abr 2020.

Verde Ortega, Pavlo

Grado en Filosofía (UAM).

Taller “El boom latinoamericano”, oct–nov 2019.

Taller “Literatura y Filosofía”, mar–abr 2020.

Verdugo Acosta, Amanda

Grado en Ingeniería Informática (UPC).

Taller “Cuentos fantásticos y ciencia ficción”, oct–nov 2019.

Taller “El boom latinoamericano”, mar–abr 2020.

Taller “Llegir és escollir” (Biblioteca Jaume Fuster), mar–abr 2020.

Villavicencio Álvarez, Vera

Grado en Ciencias Políticas y Filosofía (UCM).

Yubero Fernández, Lucía*

Grado en Matemáticas (UAM).

Taller “Literatura y Filosofía”, mar–abr 2020.

[ILUSIONISTAS]

* Lxs cuentistas con asterisco también han participado como ilusionistas.

Arenas, Alicia

Grado en Bioquímica (UAM).

Taller “Literatura y Filosofía”, mar–abr 2020.

De Lucas, Emma

Graduada en Psicología (UAM).

Taller “Relatos de la literatura universal”, mar–abr 2016.

Taller “Mujeres escritoras I”, oct–nov 2016.

Taller “Mujeres escritoras II”, mar–abr 2017.

Taller “Relatos de ayer, hoy y siempre”, oct–nov 2017.

Taller “Relatos a ambas orillas del Atlántico”, mar–abr 2018.

Taller “Cuentos fantásticos del XIX y XX”, oct–nov 2018.

García Tavernelli, Guadalupe

Taller “Llegir és escollir” (Biblioteca J. Fuster), mar–abr 2020.

Ibáñez, Adrià

Grado en Estudios Literarios (UB).

Taller “Mujeres escritoras I”, oct–nov 2020.

Taller “Mujeres escritoras II”, mar–abr 2020.

Martínez Valera, Pablo

Taller “Llegir és escollir” (Biblioteca J. Fuster), mar–abr 2020.

Nolla, Clara

Grado en Filosofía (UAM).

Taller “Cuentos fantásticos del XIX y XX”, oct–nov 2018.

Sanz, David (y tres ayudantes de lujo: Mireia, Laia y Biel).

PAS en Vicerectorat de Personal docent i investigador (UB).

Taller “Mujeres escritoras II”, mar–abr 2020.

